

MI GUARDAESPALDAS



Carolina Paz

Mi Guardaespaldas

Carolina Paz

“Mi guardaespaldas”

Autor: Carolina Paz

Todos los derechos reservados ©CopyRigh

Año de publicación: 2018

Diseño de portada: Catalina Salvo

“El amor no puedes ocultarlo cuando existe, ni puedes fingirlo cuando no existe.”

Alejandro Jodorowsky

Uno

Nicole

Por fin estoy dentro del auto. El Range Rover de papá es conducido por su chofer y nos lleva de vuelta a casa.

Ahora las cosas son así. Desde hace seis años son así, para ser más exacta desde la muerte de mi madre. Yo acompaño a mi padre a los eventos públicos donde necesite una acompañante.

Le he dicho muchas veces que siga adelante con su vida, que se busque una novia, y sé que no se ha mantenido célibe todo este tiempo, pero él no quiere tener a una nueva esposa en casa. A veces pienso que él debe sentir que, de volverse a enamorar, estaría engañando a mamá.

Ya vamos casi a medio camino de vuelta a casa y se me escapa un bostezo que no pasa desapercibido para mi padre.

—¿Tienes mucho sueño, hija? —me pregunta él mientras me da unas leves palmaditas en la rodilla— ¿No te gustó la ópera?

—No, papá. Sabes que la ópera me encanta, es solo que estos días he estado haciendo muchas cosas. Estoy terminando con los detalles y la decoración de los dos departamentos que compré y eso me tiene un poco cansada.

—Hija, sabes que no tienes que trabajar...

Yo muevo la cabeza negativamente. No quiero tener esta conversación otra vez. No quiero decirle que no quiero su dinero, que me gusta trabajar y ganarme el mío. Que me encanta lo que hago y que, si no me he mudado a vivir sola, es porque no quiero dejarlo solo en la masión, que me preocupo por él, que es todo lo que tengo en esta vida.

—Papá —digo en tono de reprimenda—, ya tuvimos esta conversación

y sabes muy bien lo que pienso.

—Sí, hija, lo sé, pero es que yo creo que...

De pronto un sonido sordo pega en el auto. Un vehículo, un poco más pequeño que el nuestro, se pone justo al lado de nosotros y trata de sacarnos del camino.

George, el chofer de papá, se mantiene firme al volante, mira por el espejo retrovisor y puedo notar en sus ojos que él tampoco entiende lo que pasa.

—¡Maldición! —suelta mi padre mientras me toma fuertemente una mano— ¿Qué le pasa a ese loco?

George aumenta la velocidad para ver si deja atrás al auto, pero este también aumenta la suya y vuelve a embestir nuestro auto.

De pronto escucho un sonido extraño para mí y veo cómo algo se incrusta en el vidrio... ¡Balas!

—¡Papá! ¡¿Qué pasa?! —grito asustada al ver que nos disparan y doy gracias al cielo que el auto de mi padre sea blindado.

—No te detengas, George. No te detengas hasta que lleguemos a casa —dice mi padre y George vuelve a aumentar un poco más la velocidad.

Yo estoy pegada a mi asiento, estoy muy asustada y comienzo a hiperventilar. Solo pido llegar luego a casa, solo pido que no tengamos un accidente, porque a la velocidad que vamos, es muy probable que algo acabe mal.

A lo lejos puedo escuchar las sirenas de la policía. De seguro han sido alertadas de que dos vehículos van a exceso de velocidad en plena ciudad.

El auto que, hace solo unos instantes nos atacaba con todo, ahora se separa y aumenta mucho la velocidad para desaparecer de nuestra vista. Veo que un par de patrullas nos siguen, George no ha bajado la velocidad.

Los policías se acercan y le hacen señas al chofer para que este baje la velocidad, se detenga y baje del auto. ¿Qué ha sido todo eso? No puedo imaginar qué hubiera sido de nosotros si el auto de papá no tuviera tanta seguridad.

—George, detén el auto —dice mi padre y George hace lo que él le pide.

Un par de oficiales se acercan a ver qué pasa, llegan apuntando con sus armas a George. Mi padre abre la puerta y el oficial le dice que se baje con las manos en alto. Todo esto es un gran mal entendido.

Yo me bajo detrás de mi padre y, con los nervios y la adrenalina que están corriendo por mis venas, les grito a los policías:

—¿Qué hacen?! ¿Por qué nos detienen?! ¿Es que no ven que estuvieron a punto de matarnos?!

—Nicole... tranquila —dice mi padre con cautela.

—No, papá, pero es que ellos nos detienen, nos apuntan con un arma como si fuéramos delincuentes, cuando nosotros hemos sido las víctimas.

—Señorita, cálmese —me dice uno de los policías al que fulmino con mi mirada.

—¿Cómo me puede pedir calma luego de lo que nos ha pasado! ¡Casi morimos!

—Oficial... —dice mi padre calmadamente— Soy Gustav Cross y ella es mi hija, y como ella ha dicho, fuimos atacados por un auto. —El oficial mira al otro y bajan las armas.

—Señor Cross —dice el oficial que se acerca a mi padre—, disculpe, pero es que recibimos el llamado de que un auto corría a exceso de velocidad y tenemos que actuar de esta manera.

—Lo entiendo, no se preocupe —dice mi padre y yo resoplo fuertemente. ¿Cómo es que puede ser tan comprensivo con un par de ineptos?—. Como le acabo de decir, fuimos atacados por un auto que nos quería sacar del camino y han disparado a las ventanillas.

El oficial mira las balas incrustadas y traga en seco. Sé que ha pensado lo mismo que yo. Si el cristal no fuera blindado, estas balas estarían ahora en nuestras cabezas.

—Ahora, oficial, le pido que nos escolte a nuestra casa y podremos hablar ahí del tema. No quiero que esto se llene de curiosos y mañana salir en los noticiarios.

—Claro, señor. Los escoltaremos hasta su casa —dice el oficial quien se dirige a hablar con sus compañeros.

Yo estoy parada en la calle, y aunque no hace frío, tiemblo como una hoja al viento mientras me abrazo a mí misma. Mis nervios están mal ahora que ya ha bajado la adrenalina y la realidad se hace cargo de mí.

Pienso y pienso en quién podría ser capaz de cometer este ataque, pero nada acude a mi cabeza, no soy de mucha ayuda en el estado en el que me encuentro.

Mi padre se quita su chaqueta y me cubre los hombros con ella,

pensando que tal vez, mis temblores son por el frío. Yo dejo que me cubra, no le dejo saber que estoy muerta de miedo por lo que acabamos de pasar.

Entramos en el auto y George nos lleva rumbo a casa, pero ahora vamos escoltados por dos patrullas policiales.

Soy la primera en salir del auto y camino hacia la casa con toda la rapidez que me permiten mis tacones. Entro y Helen, el ama de llaves, me recibe con cara de preocupación.

—Nicole, ¿estás bien? —pregunta acercándose a mí con la angustia marcada en su cara—. Estás blanca como un fantasma. ¿Qué ha pasado, hija?

—Helen, sufrimos un ataque mientras veníamos a casa —digo mientras camino hasta el salón y me siento de golpe y sin ninguna delicadeza en el sofá.

—¿Un ataque? ¿Qué clase de ataque? ¿Estás bien? ¿Y tu padre?

—Estamos bien, gracias al cielo. Papá está afuera hablando con la policía...

—¡La policía aquí! Entonces fue algo muy grave. Te traeré una tila para que te calmes y...

—No, Helen, mejor será que me traigas un whisky y doble, por favor.

Helen desaparece por una puerta para traerme lo que le pido y es en ese momento cuando mi padre entra seguido de dos oficiales de policía y nuestro chofer.

—Señor Cross, ¿tiene alguna idea de quién podría haber realizado este ataque?

—No —responde mi padre y sé que por su cabeza están pasando miles de pensamientos buscando quién podría quererlo muerto.

—Está claro que este ataque fue planeado. Haremos las pericias pertinentes a su vehículo y, si se le ocurre algún nombre, si recuerda algo, lo que sea, no dude en informárnoslo. De momento le sugiero que ande con cuidado y con resguardo.

—Bien —dice mi padre con toda la calma del mundo, como si lo que acabara de pasar fuera algo común de cada día.

Los oficiales le dejan un teléfono directo con el cual conectarse en caso de que surja algo y nos quedamos solos en el salón.

Helen entra con una bandeja y dos vasos de whisky. Yo me tomo el licor como si fuera agua, y aunque quema en la garganta, siento que me tranquiliza un poco.

—Papá, ¿de verdad que no tienes idea de quién pudo haber sido el que

hizo esto? —le pregunto mientras él le da un sorbo al whisky de su vaso.

—La verdad es que no, hija. No logro imaginar quién puede querer hacerme mal.

Mi padre es un conocido hombre de negocios. Dueño de varias marcas y compañías, un hombre influyente en el país, claro que debe tener enemigos, pero nunca pensé que pudiera tener uno tan peligroso que nos llegara a atacar.

Veo la preocupación en sus ojos. Debe estar pensando, al igual que yo, quién podría ser el infeliz que nos quería muertos esta noche.

—Papá, ¿estás bien? —pregunto aunque sé que la respuesta es obvia. Él no me dirá que está mal para no preocuparme.

—Sí, hija. Estoy bien. Ahora es mejor que te vayas a dormir, mañana pensaremos en qué medidas tomar.

—¿Medidas? ¿Qué medidas? —pregunto y me acerco a él.

—Lo primero es contratar más seguridad. Hasta que esto no se aclare debemos ser más cautelosos, y lo segundo, es cambiar tu automóvil por uno blindado.

—¡Papá! —digo con un poco de protesta.

—No, hija. No vas a salir de esta casa en tu antiguo automóvil.

—Pero papá...

—No discutas, Nicole. —Él se levanta del sofá y queda a mi altura, me mira fijo a los ojos y me dice—: Tú estarás más segura y yo estaré un poco más tranquilo.

—Pero, pero...

—Ahora vete a dormir, hija. Trata de descansar.

Me besa la frente y así zanja la conversación. Se gira para dirigirse hasta la biblioteca dejándome sola en el salón.

Lo miro alejarse y luego decido irme hasta mi habitación. Tomo un baño de tina que me relaje un poco antes de dormir.

No quiero estar intimidada, me niego a darle a algún mal nacido ese poder sobre mí, pero con tal de que mi padre esté tranquilo, dejaré de protestar y acataré lo que él decida.

DOS

—Nicole... Nicole despierta.

La voz de Helen me despierta de repente. Me incorporo en la cama y la veo a ella que trae una bandeja con comida entre sus manos.

—No sabía si hacerte el desayuno o traerte el almuerzo —dice medio en broma y medio en forma de regaño.

—¿El almuerzo? ¿Qué hora es? —pregunto mientras me paso una mano restregando uno de mis ojos.

—Ya pasa del medio día. Tienes que levantarte, tu padre quiere que bajes a la biblioteca. Al Parecer tiene algo muy importante que decirte.

—¿Medio día? ¿Y por qué nadie me vino a despertar antes?

—Tu padre pidió que nadie te molestara. Que de seguro, con lo sucedido anoche, no estarías de ganas para levantarte temprano, pero ahora te necesita abajo de forma urgente.

Tomo el vaso de jugo que está en la bandeja y le doy un largo sorbo. Me bajo de la cama, no como nada más. Voy de prisa hasta la ducha y me meto bajo el chorro de agua helada la cual me despabila enseguida.

Me visto con rapidez con unas lycras y una sudadera deportiva. Trato de secar un poco mi cabello, pero lo dejo un poco húmedo. Si me pongo a secarlo como debería voy a demorar un poco más y no quiero que mi padre me mande a llamar otra vez.

Salgo de mi habitación, bajo corriendo las escaleras y me dirijo a la biblioteca que es donde mi padre se encuentra.

La puerta está cerrada, doy dos golpes y escucho su voz que me pide que entre. Abro la puerta y doy un paso dentro de la habitación.

—Helen me dijo que querías hablar conmigo.

De pronto reparo en que, sentado frente al escritorio de mi padre, hay

un hombre joven que va vestido de impecable traje negro.

—Sí, hija, pasa. Quiero que conozcas a alguien.

Me acerco al escritorio mientras que el extraño se pone de pie frente a mí. Es alto y fornido, de anchas espaldas, cabello rubio corto y unos ojos azules que me escrutan con seriedad.

—¿Pasa algo, papá? —pregunto apartando la vista del hombre frente a mí y fijándola en mi padre.

—Sí, hija —dice mi padre de forma pausada y tranquila—. El señor es Lukas Parker. Él será tu guardaespaldas.

Yo abro la boca sorprendida por lo que acabo de escuchar y ahora vuelvo a mirar a aquel hombre.

—Es un placer, Señorita Cross —dice muy formal y hace una pequeña reverencia con su cabeza.

—¿Qué es esto, papá? ¿Ahora voy a tener una niñera siguiéndome todo el tiempo? —protesto mientras me cruzo de brazos.

—Nicole, te recuerdo que ayer alguien nos quería muertos —dice él mientras se levanta de su asiento—. Sí, tendrás un guardaespaldas.

—¿Y si no quiero?

—Entonces no saldrás de casa.

—Pero, papá. Ya hablamos del auto blindado, no es necesario también tener a este hombre siguiéndome los pasos, por favor.

—Por favor, nada. El señor Parker se ocupará de tu seguridad te guste o no. No voy a arriesgarme a que algo te pueda pasar. Así que tú decides, o tienes guardaespaldas o no sales de casa.

—Ya soy mayor de edad, no puedes mantenerme encerrada —digo y veo cómo el hombre que mi padre me ha asignado como guardaespaldas frunce el seño y tensa la mandíbula. De seguro que quiere decir algo, pero sabe que no lo puede hacer.

Los segundos pasan y yo paso mi mirada de un hombre a otro. No quiero que este hombre me siga todo el día. Aunque entiendo que mi padre está muy preocupado y no quiere que nada malo me pase.

Al final me doy por vencida. Sé que mi padre es capaz de cerrar la puerta de mi habitación bajo cinco cerraduras si fuera necesario, así es que al final suelto un suspiro cansino y le digo:

—Está bien, papá. Aunque no estoy de acuerdo con todo esto, acepto.

—Muy bien, hija. Ya sabes que es por tu seguridad y mi tranquilidad.

—Lo sé. ¿Me puedo retirar? —Mi padre asiente, yo me comienzo a girar, doy dos pasos para salir de la habitación, pero me detengo y vuelvo a girar sobre mis talones—. Señor Parker... —digo al hombre y él me mira elevando una de sus cejas— Si va a ser mi guardaespaldas prefiero que lo haga con ropa común, no con traje, ¿está bien?

Él se mira el traje como si tuviera algo malo, luego vuelve sus ojos azules hacia mí y me mira fijamente y me dice:

—Está bien, señorita Cross —dice entre dientes y sé que en este momento por su mente pasa la idea de ahorcarme con sus propias manos.

—Bien, no se hable más —dice mi padre—. Lo espero mañana temprano, señor Parker.

—Claro, señor Cross. —El hombre estrecha la mano de mi padre y luego se dirige en mi dirección— Hasta mañana, señorita.

Al tenerlo más cerca noto el aroma de su perfume y no puedo evitar sonrojarme. Yo no digo nada y él pasa por mi lado y veo su ancha espalda salir por la puerta de la biblioteca.

Yo giro para hacer lo mismo, pero escucho la voz de mi padre que me dice:

—No le hagas la vida difícil a este hombre, por favor —me pide acercándose a mí y poniendo una de sus manos en mi hombro—. Es el mejor hombre que podríamos haber conseguido, no quiero que renuncie el primer día.

—¿Y qué lo hace tan especial? ¿Es que acaso es algo así como un súper héroe?

—Casi, hija, casi.

—¿Casi?

—Sí. —dice y yo le pido con los ojos que me cuente más—. Lukas Parker es un SWAT

—¿Un SWAT? ¿Y qué es lo que hace aquí?

—Al parecer se está tomando un descanso del trabajo. Tengo a un conocido en la policía y él me lo recomendó. Así que hija, trata de no sacarlo de sus casillas, ¿quieres?

—Bueno, trataré de no hacerlo, padre —le digo con una sonrisa pícaro de niña traviesa, le beso la mejilla y salgo de la biblioteca.

Camino de vuelta a mi habitación y comienzo a pensar en lo que ha dicho mi padre. Mi guardaespaldas es un SWAT y se está tomando un descanso

de su trabajo, pero de inmediato pienso que eso está muy raro. ¿Por qué un SWAT se tomaría un descanso en su trabajo, pero vendría a trabajar con nosotros?

Esto no me huele del todo bien, pero bueno ya tendré ocasión de averiguar todo sobre Lukas Parker.

Tres

Lukas

Me suelto el nudo de la corbata con desesperación. Acabo de salir de la casa de Gustav Cross y tengo muchas ganas de ahorcar a alguien con mis manos o con esta corbata.

Me pongo el casco y me subo a mi moto para salir de la propiedad del señor Cross lo más rápido posible. Acabo de conocer a la que será mi protegida y creo que me hará el trabajo muy difícil.

La señorita Cross es la típica chica con dinero que cree que todos tienen que besar el piso por donde ella pone sus pies. Es engreída y mal criada.

Si cuando la tuve frente a mí, tan altanera, me entraron unas tremendas ganas de sentarla sobre mis piernas y darle de nalgadas hasta que cambiara esa mirada de superioridad con la que me miraba.

No sé en qué estaba pensando cuando acepté este trabajo. Bueno, la verdad es que no estaba pensando en nada y acepté de inmediato.

Ahora tendré que cuidarle la espalda a esta mocosa caprichosa que de seguro me va a traer de tienda en tienda gastando el dinero de su papi.

Acelero un poco la motocicleta para poder descargar en ella un poco la rabia que tengo. Si no fuera porque mi superior en la unidad SWAT me pidió este favor casi suplicándome de rodillas, jamás hubiera llegado a la mansión Cross.

Pero ya estoy metido en este lío y no soy hombre que no cumpla con sus compromisos una vez que da su palabra, así es que tendré que aguantar a la princesa.

Llego a casa de mi madre. Dejo la motocicleta estacionada frente al pórtico de la casa y camino hacia el patio trasero. Ya pasa del medio día y de

seguro que ella está en la cocina preparando el almuerzo.

Miro por la ventana y no me equivoco. Ella está ahí, concentrada en lo que está preparando.

Mi madre es una mujer hermosa. Tiene un poco más de cincuenta años y es demasiado joven para haber quedado viuda tan pronto.

Abro la puerta y entro en la cocina. Ella levanta la vista de la cacerola que tiene en la estufa y me sonrío ampliamente.

—¡Hijo! ¡Qué alegría verte! —dice y me acerco a besarle una mejilla.

—Hola, mamá. Qué bien huele eso —digo mientras veo el interior de la olla— ¿Crees que habrá un poco para mí?

—Siempre, hijo. Siempre.

Le doy otro beso, ahora en la frente y voy hasta el lavaplatos a lavarme las manos antes de sentarme a la mesa para degustar de la exquisita preparación de mi madre.

—Y bien, hijo ¿Qué me cuentas? ¿Volviste al trabajo?

—No —respondo seco y cortante.

—¿Y por qué no, Lukas? Ya ha pasado un buen tiempo, no puedes seguir culpándote por lo que pasó.

—Lo sé, mamá. Es solo que... —hago una pausa, no quiero hablar de aquel incómodo tema con ella, así es que cambio de conversación—. Bueno, pero ahora tengo otro trabajo.

—¿De verdad? ¿Y dónde sería eso?

—Bueno, mañana comienzo como guardaespaldas.

—¿Guardaespaldas? ¿Lukas, es enserio?

—Sí, mamá. Mira, la paga es buena y me tendrá fuera de casa. ¿Acaso no es eso lo que querías?

—Lo que yo quería era que salieras de casa, sí, pero que volvieras al SWAT.

—Mamá, por favor, no quiero hablar de eso —le pido suplicante—. Mejor sírveme algo de lo que estás preparando porque tu hijo muere de hambre.

Ella me mira achicando los ojos y se gira para buscar un plato y servirme lo que ha cocinado. Deja el plato frente a mí y luego busca otro para servirse ella. Se sienta frente a mí y me mira mientras que yo cierro los ojos al momento de inhalar el aroma de la comida.

—Gracias —le digo mientras le guiño un ojo ya que este plato es mi

preferido de toda la vida y dudo que exista alguien en el mundo que lo pueda cocinar igual que ella.

—Y bien, cuéntame de tu nuevo trabajo —dice ella mientras yo sigo tragando la deliciosa comida— ¿Para quién trabajarás ahora?

—Para Gustav Cross —digo hablando con la boca llena y ella me regaña negando con la cabeza.

—¿Ese no es el magnate de la construcción y no sé qué más?

—Ese mismo.

—Así que serás su guardaespaldas.

—No.

—¿Cómo de que no? Si me acabas de decir que trabajarás para Gustav Cross.

—Sí, él me contrató, pero seré el guardaespaldas de su hija.

Ella abre los ojos desmesuradamente y no me dice nada inmediatamente. Come un poco de su plato, bebe algo de agua y luego vuelve a la carga con las preguntas.

—¿Y ya la conociste? ¿Cómo es? ¿Es linda?

Me pongo a pensar en las preguntas de mi madre y en si la chica es linda o no. La verdad es que ella es bella. De largo cabello castaño claro y unos ojos con vetas verdes que esconden tras de ellos un fuego oculto.

—Sí, mamá, es linda, pero tiene un carácter que hace que te olvides de todo eso... Y además, eso no viene al caso —digo enojado por haber reconocido ante mi madre que la chica es guapa—. Yo estoy ahí para hacer mi trabajo. Da lo mismo si ella es guapa o no.

—Yo digo... Porque si es guapa, el trabajo se hace más llevadero, ¿no? —dice mi madre y sonrío por lo bajo.

—Mamá... —le digo a modo de reprimenda, pero solo hace que ella sonría más.

—Ya, hijo. No seas tan grave, es solo una broma.

Así paso la tarde en casa de mi madre hasta que ya considero que es tiempo de ir a mi casa y prepararme para el día que me espera mañana.

Llego a mi casa, y apenas abro la puerta, con lo primero que me encuentro es con Marte, mi perro.

Marte es un Rottweiler de un año y lleva ese nombre en honor al dios de la guerra, aunque él, que por fuera da un miedo tremendo, es el animal más dócil de la creación.

—Hola, amigo —le digo y él sale a mi encuentro parándose en dos patas y ladrando de felicidad al verme—. Lo sé, lo sé. Iremos a dar un paseo.

Le pongo la correa y lo saco a pasear un par de cuadras. Él va muy calmado, olfateando toda la calle a su paso. Luego que termina el paseo volvemos a la casa. Le dejo agua fresca y algo de comida en su plato a Marte y yo me voy a la cama.

Pienso en cómo será el día de mañana. Solo espero que la señorita Cross no me haga la vida difícil, porque presiento que tendré que usar con ella toda la paciencia y concentración que mis maestros de artes marciales me han enseñado.

Cuatro

Nicole

Estoy desayunando junto a mi padre y esperando a mi guardaespaldas cuando vemos que mi tío Alan hace su aparición en el comedor.

—Tío —digo y voy a su encuentro para abrazarlo.

—Hola, pequeña. ¿Estás bien? —pregunta tomando mi cara entre sus manos y mirándome directo a los ojos—. Acabo de volver de Australia y me enteré de lo sucedido.

—Sí, tío, estamos bien.

—¿Y tú, Gustav? ¿Todo bien? ¿Sabes quién fue capaz de cometer ese acto tan ruin?

—No, hermano, no sabemos nada aún. Todo está bajo investigación, pero no hablemos de eso. Mejor ven, siéntate a la mesa y desayuna con nosotros.

Alan Cross es el hermano menor de mi padre. Ya ronda los cuarenta y cinco años, está soltero y debo decir que es mi tío favorito. Le gusta viajar por el mundo, y cuando yo era niña, siempre me traía un regalo del lugar que visitaba.

Nunca he tenido muy claro en qué trabaja mi tío. Sé que hubo un tiempo en que estuvo en quiebra por hacer malos negocios y que mi padre lo ayudó a salir del hoyo. Ahora sé que viaja mucho fuera del país viendo inversiones con las cuales pueda darle el palo al gato.

Mi tío nos pregunta todo sobre el atentado. Que si vimos algo que nos indicara quién pudo haber sido. Si la policía tiene datos y más y más preguntas de las cuales ya no quiero saber más.

Sé que estoy actuando como si lo que nos sucedió no fuera de

importancia, pero es que no quiero pensar en eso. No me gusta el miedo que me hace sentir el recordar que pudimos haber muerto si es que el auto de papá no llegaba a ser blindado. No puedo creer que en el mundo exista alguien que quiera ver muerto a otro.

Helen entra en el comedor y se acerca hasta nosotros y dice:

—El señor Parker ya está aquí.

—Bien —digo mientras me levanto de la silla—. Voy a buscar mi bolso y salgo —digo mientras me despido de mi tío con un beso en la mejilla y luego voy a darle otro beso a mi padre.

—Nicole, por favor. Trata de...

—Lo sé papá, no te preocupes, no mataré de los nervios al guardaespaldas. Adiós, te quiero.

Voy por mi bolso y salgo al pórtico de la casa donde me encuentro a George, el chofer de papá, conversando con un hombre muy guapo. El hombre está de espaldas a mí, mirando el Mercedes Benz blindado color gris plata que acaba de llegar de la automotora.

Va vestido con unos jeans oscuros, botas tipo militar negras acordonadas y veo que una camisa blanca asoma por debajo de su chaqueta de cuero marrón oscuro. Cuando se gira lo veo sonreír a algo que George le ha dicho. Es impresionante, esa sonrisa de dientes blancos y perfectos me deja sin reacción por un segundo.

Él me mira y se pone serio de inmediato. Yo doy un paso y trago el nudo que se ha formado en mi garganta.

—Buenos días, señorita Cross —dice Lukas Parker cuando me acerco más a él y de inmediato pienso que tal vez fue un error decirle que no usara traje cuando estuviera conmigo.

—¿Todo bien con el auto? —pregunto esquivando mi mirada de sus profundos ojos claros y mirando el Mercedes como si de verdad fuera una fanática de los automóviles.

—Todo perfecto —dice con un tono marcial, casi como si estuviera en el ejército.

—Entonces, si todo está bien, podemos irnos. —Él asiente con la cabeza y camina muy rápido delante de mí hasta llegar a la puerta del piloto. La abre para mí y al hacer ese movimiento deja al descubierto una pistola que lleva pegada a su cuerpo.

Nuestras miradas se vuelven a cruzar. No le digo que le tengo terror a

las armas, que no me gusta que estén cerca de mí, solo entro en el auto. Él cierra la puerta y camina con rapidez hasta la puerta del copiloto para luego también entrar en el auto.

Tomo el volante con mis manos y cierro los ojos cuando el aroma a cuero nuevo del automóvil inunda mis sentidos. Noto que Lukas se está poniendo el cinturón de seguridad y yo lo imito.

—¿Te molesta si pongo algo de música? —le pregunto mientras el motor del auto comienza a ronronear.

—Claro que no, señorita. Puede hacer lo que mejor a usted le parezca —dice mirando al frente.

—Bien, pero antes dejemos algo en claro. —Ahora él vuelve su rostro hacia mí y nuestras miradas se encuentran otra vez—. No quiero que me trates de usted.

—No creo que eso sea correcto, señorita...

—¿Qué edad tienes, Lukas? —inquiero levantando una ceja y mirando con detenimiento su varonil rostro.

—Veintiocho.

—Y yo voy a cumplir veinticinco. No me hagas sentir vieja tratándome de usted, ¿está bien?

—Pero resulta que...

—Nada de peros —digo sin dejarlo terminar lo que quería decir y cierra su boca. Esa boca que tiene el labio inferior más carnoso que el de arriba y... ¿Qué estoy pensando? ¿Qué voy a hacer con este hombre pegado a mi lado todo el día? Me pregunto si mi padre quería protegerme o torturarme cuando lo contrató.

—Está bien, como tú digas —dice al fin y yo sonrío.

Pongo el auto en marcha y en la radio comienza a sonar *Imagine Dragons* y el tema *Thunder*. Salimos a la carretera y mientras yo tarareo la canción noto que Lukas lleva el ritmo con su mano que está sobre uno de sus muslos.

Pasamos por el centro de la ciudad. En todo lo que ha durado nuestro viaje él no ha abierto la boca. Está concentrado en el camino, más que yo que soy la que va conduciendo.

Pasamos por todo el caos que es la ciudad y llegamos hasta una colina donde se encuentran unos condominios privados. Saludo al portero y entro para luego estacionar frente a una casa estilo mediterráneo.

Lukas baja con rapidez, me abre la puerta y vuelvo a ver la pistola junto a su cuerpo. Mi espalda se eriza con un escalofrío que me recorre por completo.

—¿Vienes a visitar a alguien? —pregunta él de pronto y agradezco que haya terminado el incómodo silencio que había entre nosotros.

—No —digo y sonrió antes de darle más información—. Vengo a trabajar.

Paso por su lado y comienzo caminar hacia una casa. Escucho sus pasos en la gravilla que me siguen. Abro la puerta de la casa y entro en ella, él entra tras de mí.

—Bueno, Lukas, bienvenido a mi trabajo.

Él mira todo con curiosidad. La casa está vacía. Todo es paredes y más paredes blancas, solo una gran pizarra llena de recortes y apuntes resalta entre tanta pulcritud.

—¿Y qué se supone que haces aquí? —pregunta mientras gira sobre sus talones observando todo el espacio vacío.

—Este es mi último proyecto —digo alzando mi mentón con orgullo—. Compré esta casa hace unos meses. Se refaccionó completa por dentro. Decidí botar algunas murallas, agrandar la sala y el cuarto de baño. Ya está lista la pintura y ahora viene la parte que más me encanta... La decoración.

Él no dice nada. Veo que su cabeza trata de procesar lo que le estoy diciendo. De seguro piensa que le estoy gastando una broma o algo parecido.

—Tu proyecto...

—Sí, Lukas. ¿Quién pensabas que era? ¿Una niña mimada de papi que solo se la pasaba todo el día limándose las uñas?

Él se sonroja, es justo eso lo que pensaba de mí solo hace unos minutos atrás y no puedo culparlo. Muchas personas piensan igual que él, nadie me conoce en verdad y solo ven el exterior de mí y de mi vida.

—La verdad es que yo... —dice Lukas tratando de dar una explicación creíble. Lo miro elevando una ceja, pidiéndole con mis ojos que se atreva y me diga la verdad—. Sí, lo pensé. Pensé que eras una niña rica que solo vivía con la tarjeta de su padre paseando de tienda en tienda.

Niego con la cabeza mientras sonrío satisfecha por su sinceridad. Él eleva una de las comisuras de su boca en una media sonrisa avergonzada y que es adorable... Ay, Nicole, qué acabas de decir.

—Bien —digo mientras aparto con rapidez mi mirada de su rostro y

camino hasta la pizarra donde tengo los apuntes de las cosas que tengo que hacer hoy—, voy a seguir trabajando. Si quieres algo la cocina está equipada con refrescos, agua y comida. Además, hay una cafetera por si quieres café.

—¿Quieres que te traiga algo? —pregunta antes de caminar hacia la cocina.

—Un café, por favor —pido para luego verlo desaparecer en dirección hacia la cocina.

Trato de concentrarme en mi trabajo. Este día tengo que elegir algunos muebles en la tienda de decoración para terminar y cumplir con la fecha de entrega de esta casa, pero me cuesta concentrarme.

Cierro mis ojos y lo primero que aparece es la imagen de la sonrisa de Lukas. Niego con la cabeza para que ese pensamiento se aleje de mi mente y así seguir con lo que he venido a hacer a este lugar.

—Aquí tienes —dice Lukas dejando la taza con café sobre una mesa que hace las veces de escritorio.

—Gracias.

Él se pone a beber de su café mientras veo cómo observa todo el lugar con detención. Está concentrado, no sé si mirando la arquitectura del lugar o está buscando algo sospechoso a su alrededor. Probablemente lo segundo, ya que se nota que siempre está en alerta como el buen SWAT que me imagino que debe ser. Y de pronto dentro de mí, nace la curiosidad de saber por qué este hombre está aquí conmigo y no en su equipo salvando alguna vida.

—Mi padre dijo que eras un SWAT —digo mientras él mira fijo por la ventana hacia el exterior y puedo notar la tensión en su mandíbula que me dice que la mía es una pregunta más que inoportuna.

—Sí, lo soy —dice luego de un momento.

—¿Y puedo saber qué haces aquí jugando al guardaespaldas conmigo en vez de estar salvando vidas?

—Es algo que prefiero no comentar —dice seco, cortante y sin dejar duda alguna de que no quiere tocar este tema.

—Bien —digo calmada, él sigue mirando hacia el jardín—, pero sabes que te voy a seguir preguntando, ¿verdad?

—Lo sé. Pero tú debes saber que yo me seguiré negando a contarte.

—¿Tan malo fue? —Vuelvo a la carga con mis preguntas, ahora más intrigada que nunca.

—Señorita Cross —dice y con esas dos palabras vuelve a poner

distancia entre nosotros—, estoy aquí para cuidar de usted, no para ser su amigo. Espero que lo entienda.

—Lo entiendo, no te seguiré preguntando más —de momento me digo mentalmente—, pero no te pongas pesado y no me trates de usted, ¿está bien?

—Bien —dice y gira sobre sus talones para volver a desaparecer en la cocina.

Sé que fui impertinente. Que no puedo esperar que, una persona que apenas conozco, me cuente toda su vida solo en un par de horas, pero es que yo soy así, impulsiva y sin nada que esconder y sé que no puedo esperar que todos sean iguales.

Pasan varios minutos hasta que Lukas vuelve a estar en la misma habitación que yo. De seguro aún está molesto por mi curiosidad, lo puedo notar en lo serio de su mirada y en el surco que se ha formado en su entrecejo.

Tomo mi agenda, algunos apuntes desde la pizarra, mi bolso y me pongo frente a él.

—Listo. Ya he terminado aquí por hoy.

—¿Y ahora? —pregunta mientras pone sus manos en su cintura.

—Voy de compras. —Veo que él resopla por lo bajo lo que me causa gracia—. Tranquilo, no te llevaré de tienda en tienda. Iremos a una tienda de antigüedades, necesito de tu opinión.

—¿Mi opinión? —pregunta mientras yo comienzo a salir de la casa y oigo sus pasos siguiéndome.

—Sí. La persona que compró esta casa es un hombre joven que vive solo, creo que tú me podrías ayudar a buscar algo para el refugio de un hombre.

—¿Quién te dijo que vivo solo?

Algo de lo que acabo de escuchar es esta oración no me gusta. Algo me molesta en el interior y no descifro muy bien qué es.

Él no vive solo... ¡Claro! ¿Cómo llegué a pensar que un hombre tan guapo como él podría estar solo? Es obvio que le deben llover las mujeres, bueno según lo que dijo ya vive con alguien, es decir que es algo serio.

—Bueno, no importa —digo tratando de distender la conversación y de que no note que lo que ha dicho me ha desconcertado un poco—, eres hombre y necesito de un gusto masculino para mi compra.

Entramos nuevamente en el auto y manejo con dirección a la tienda de decoración.

Cinco

Entramos en la tienda y somos recibidos por su dueña. Ella me saluda con alegría como siempre que voy a buscar cosas para mis proyectos.

Le presento a Lukas, pero lo hago como un amigo, no como mi guardaespaldas, no quiero que sepan que tengo que cuidar mi vida de algún loco que nos quiere hacer daño.

—¿Qué te parece esta lámpara, Lukas? —le pregunto y él mira con atención una sencilla lámpara que me parece perfecta para poner en la sala de la casa.

—Me parece bien —dice casi con desgano.

—Lukas... Necesito que seas sincero. No me sirve que me digas que sí a todo.

—Pero es que esto no es lo mío, no te voy a ser de mucha ayuda, nunca me ha preocupado de que mis cortinas combinen con el tapiz del sofá.

—Si hubiera querido a un experto lo hubiera conseguido, ¿no crees? Solo quiero tu más sincera opinión.

—Está bien —dice al fin—. Esa lámpara es horrible.

Yo suelto una carcajada. Eso es lo que quería, que él fuera totalmente sincero y que me dijera lo que piensa.

Seguimos en la tienda tratando de escoger cosas. Lukas resultó ser un comprador muy quisquilloso. No quisiera tenerlo como mi cliente.

La vendedora nos mira y nos sonrío de vez en cuando. De seguro debe pensar que somos una pareja de novios que está amoblando su nuevo hogar. Al pensar en eso no puedo evitar que a mi mente vuelvan las palabras que dijera Lukas... “¿Quién te dijo que vivo solo?” y pienso en cómo será la mujer que logró entrar en su vida. De seguro es una tan dura como él. Tal vez alguna compañera de su trabajo.

Por fin, y luego de tres horas, hemos terminado en la tienda de decoración.

Salimos de la tienda y le pido a Lukas que vayamos almorzar. Tengo unas enormes ganas de comer algo o creo que en cualquier momento me podría desmayar.

Caminamos por la calle que está llena de tiendas de muebles y otras que son especializadas en antigüedades, hasta que llegamos al restaurante.

Lukas mira la carta con concentración. Este restaurante es especialista en carnes. Yo ya he venido antes a este lugar y sé que quiero comer el filete que aquí se prepara.

—Te aconsejo que pidas el filete. Aquí lo preparan deliciosamente bien —le digo a mi acompañante de mesa y él baja el menú para mirarme.

—La verdad es que no sé por cuál plato debería decidirme. Te juro que en este momento quisiera comer todo lo que muestra este menú.

—Confía en mí —digo acercándome un poco a él como si estuviéramos compartiendo un secreto—, no te arrepentirás de pedir el filete.

—Entonces será el filete —dice al fin cerrando la carta y en ese instante un mesero se acerca a tomar nuestra orden.

Él bebe un poco de agua mientras mira todo a su alrededor y sé que está vigilando. Pasa su mirada discretamente haciendo un barrido por cada comensal de las mesas vecinas, atento a cada uno de sus movimientos.

—Gracias por tu ayuda en la tienda —digo como para hacer algo de conversación.

—De nada. La verdad creo que hasta me divertí un poco.

—¿Solo un poco? —le pregunto sonriendo pícaro.

—Sí, solo un poco, no te emociones —dice y se pone serio mientras se endereza en su asiento.

—Eres muy difícil, Lukas. Muy difícil —suspiro cansina para dar un poco de dramatismo a mi frase.

No alcanza a replicar nada ya que el sonido de mi teléfono móvil nos interrumpe. Miro la pantalla y veo el nombre de Jack que ilumina el aparato.

“Idiota” murmuro por lo bajo y corto la llamada, pero al instante el móvil vuelve a sonar otra vez.

—Deberías contestar, puede ser importante —me aconseja Lukas, pero yo vuelvo a cortar la llamada.

—No, nada que merezca que mi hora de almuerzo sea interrumpida.

La comida llega y el teléfono vuelve a sonar, esta vez soy más drástica y lo apago. Espero que Jack entienda la indirecta que no quiero hablar con él.

Jack Litman es hijo del gobernador de la ciudad y hace solo un par de semanas salía con él.

Nuestra relación nunca avanzó hacia nada serio y no porque yo no quisiera, si no porque él es un soltero empedernido que odia estar siempre con la misma mujer.

Debo reconocer que lo de nosotros fue una estupidez. Todo el mundo decía que nos veíamos bien juntos, que hacíamos una pareja perfecta, pero la verdad es que nunca hubo una pareja como tal.

Salíamos de fiesta, nos divertíamos, nos hacíamos compañía, pero no había interés por parte de Jack en que diéramos el siguiente paso en nuestra relación. Se podría decir que solo fuimos amigos con ciertos derechos y nada más.

Hace unos días decidí que no quería seguir con ese tonto juego, yo quiero algo más en mi vida, un hombre que de verdad me ame y al cual amar con toda mi alma.

Luego de poner fin a esto, ahora Jack me llama para decirme que no puede vivir sin mí, que me necesita junto a él, que se ha dado cuenta de que soy el amor de su vida... Sí y de seguro él piensa que yo puedo llegar a creer eso.

El mesero llega con nuestro pedido, la carne que ponen en la mesa luce deliciosa y es más deliciosa cuando la pruebo.

—Esto... esto está muy bueno —dice Lukas mientras corta con rapidez otro pedazo de jugosa carne.

—Te lo dije —le digo con una sonrisa triunfante en mis labios—. Deberías confiar más en mí, Lukas, sobre todo ahora que vamos a pasar mucho tiempo juntos y yo te estoy confiando mi vida.

Él me mira y noto cómo algo cambia en su mirada, aunque no logro descifrar qué es. Toma un sorbo de agua y me dice:

—Tienes razón.

—¿En qué?

—No soy muy confiado, ¿sabes? —Baja la mirada por un segundo y luego vuelve a mirar fijamente hacia mí—. Fui entrenado para eso, para mirar con desconfianza, para descubrir quién es el malo o el bueno, pero lo que dices es verdad. Tú no me conoces, no sabes nada de mí y me estás confiando

tu vida.

El silencio se abre paso entre nosotros, tenso y pesado. Yo bebo un sorbo de agua, de pronto me siento muy extraña. Ambos nos sumimos en nuestros pensamientos y el almuerzo sigue de aquella forma tan incómoda.

Una vez que termina el almuerzo decido que ya es hora de volver a casa. Lo que tengo que hacer puedo hacerlo desde el computador de mi habitación, así es que manejo a casa y luego le daré el resto del día libre a Lukas.

Llegamos a casa, detengo el auto y él se apresura a bajarse para abrir mi puerta y ayudarme a bajar. Me tiende la mano y yo la acepto para salir del auto. El suave roce de su mano hace que un calor se aloje en mi cara, de seguro que estoy sonrojada como una idiota. Qué rabia me da sentirme así. Qué rabia me da que Lukas sea el causante de todo esto.

—Bien, Lukas, agradezco mucho tu ayuda el día de hoy. Puedes irte a casa, nos vemos mañana.

—Pero... —quiere replicar algo pero lo detengo negando con la cabeza.

—Lukas, no pienso salir de casa en lo que resta del día, así es que te libero y puedes ir a descansar. Hasta mañana.

—Hasta mañana —me dice y se queda parado al lado del auto hasta que yo entro en casa.

Llego a mi habitación y me tiro en la cama. Trato de entender a este hombre. Trato de entenderme a mí misma y a estas extrañas sensaciones que tengo cuando él está a mi lado.

Lukas Parker es un gran misterio que estoy dispuesta a resolver.

Seis

Lukas

Ya estoy en casa y estoy viendo un partido de fútbol frente al televisor, tirado despreocupadamente sobre el sofá con Marte haciéndome compañía.

Hoy fue mi primer día como guardaespaldas de Nicole Cross y no ha ido tan mal.

En mi mente hago un repaso de todo lo que he pasado junto a ella este día y la verdad es que fue mucho mejor de lo que me habría imaginado.

Resulta que había juzgado mal a la señorita Cross. No era la típica niña mimada como pensé la primera vez que la vi, si no que resultó ser toda una empresaria de la decoración y eso, debo reconocer, me sorprendió por completo.

Sonrío al recordarla y al ver que es tan curiosa como un niño pequeño. Quiere saber por qué estoy cuidando de su vida y he dejado el SWAT, pero aunque me mate a preguntas, no estoy dispuesto a contarle nada de mi vida a ella. Soy su guardaespaldas, soy un empujado de su padre, no soy su amigo ni confidente y eso tiene que quedarle muy claro, aunque no sé muy bien cómo lo haré ya que me estoy dando cuenta de que puede llegar a ser una mujer muy tozuda.

Para dejar de pensar en ella saco a Marte a dar un paseo. Camino con mi perro por la calles sin ninguna prisa, luego hacemos un poco de trote y, cuando ambos estamos cansados, volvemos a casa.

Cuando llego a mi hogar me doy una ducha y veo con sorpresa en mi reloj que ya es tarde. El día se me ha pasado como si nada, lo mejor será que me vaya a la cama, mañana me espera otro día con la señorita Cross.

Son las ocho de la mañana y ya estoy en la mansión Cross. Aparco mi

motocicleta donde no pueda interferir con nadie y luego me bajo de ella.

—Buenos días, señor Parker. —La voz de Helen, el ama de llaves de esta mansión, me da la bienvenida— ¿Gusta tomar un café?

—Me encantaría —digo dedicándole la mejor de mis sonrisas.

—Entonces sígame.

Hago como ella me pide y la sigo hasta la cocina y entro en aquella parte de la casa.

Dentro de la cocina hay dos mujeres que están moviéndose de un lado a otro, una preparando algo en la estufa y la otra arreglando una bandeja que de seguro pronto estará en la mesa de su patrón.

—Buenos días, señoritas —saludo haciendo una reverencia con mi cabeza y ellas me sonríen coquetas.

—¿Cómo le gusta el café, señor Parker? —pregunta Helen.

—Lukas, llámeme Lukas, por favor y el café me gusta negro y sin azúcar.

—Yo se lo sirvo —dice una de las mujeres que se acerca hasta la cafetera.

—Mejor se lo preparo yo —dice la otra mujer que camina también hasta la cafetera—. A ti nunca te ha quedado bien el café.

—Ya, chicas —interviene Helen —, van a asustar a Lukas. Yo le serviré el café, ustedes sigan con sus tareas y dense prisa que el señor Cross ya está por bajar a desayunar.

Helen me sirve una taza de café recién colado. Huelo su aroma antes de darle el primer sorbo al café, esto es justo lo que necesitaba para empezar bien mi día y estar alerta.

Termino el café, le doy las gracias a Helen y salgo de la cocina para seguir con lo mío.

Voy hasta los estacionamientos y reviso el Mercedes Benz de Nicole. Este es un auto precioso, me encantaría poder manejarlo alguna vez, pero sé que a ella le gusta manejar su auto, creo que con suerte me permitiría poner las manos sobre el volante.

Sigo mirando el auto. Revisando los neumáticos y las luces, viendo que todo esté en orden.

—Buenos días, Parker. —Giro y veo a Gustav Cross que se acerca a su camioneta Range Rover.

—Buenos días, señor Cross.

—¿Todo bien con el auto de mi hija?

—Todo perfecto, señor.

—Y con Nicole, ¿todo bien? Espero y no le haya dado mucho trabajo. Verá, mi hija es una persona a la que no le gusta que la cuiden, no le gusta la vigilancia y ella piensa que exagero con esto de la seguridad, pero yo sinceramente no lo creo.

—Claro que no exagera, señor —digo porque estoy muy de acuerdo con el señor en tomar medidas extras de seguridad—. Y no se preocupe, toda va muy bien hasta el momento.

—Excelente y espero que siga así. —Él suelta un suspiro que parecía haber estado reteniendo—. Entonces me voy más tranquilo a trabajar. Que tenga un buen día, Parker.

Le deseo un buen día y él sube a su auto junto a su chofer y dos guardaespaldas. Salen del estacionamiento y luego por la gran reja de entrada hasta que ya están fuera de la propiedad.

Me quedo mirando la camioneta hasta que esta se pierde en el horizonte. Luego comienzo a caminar de un lado a otro esperando a que Nicole se digne a salir.

—Pareces un león enjaulado —escucho la voz divertida de Nicole y detengo de inmediato mi caminata—. Hola, Lukas.

Ella se detiene a solo un metro de mí. Hoy va vestida muy informal, con jeans desgastados, una camiseta negra que lleva estampado el nombre de *Van Halen* y en sus pies, lleva puestas zapatillas de lona negra. Pareciera que hoy va a un concierto de rock.

Se ve tan fresca, con su cabello un poco húmedo cayendo sobre sus hombros y sin nada de maquillaje. Así, al natural, puedo decir que ella es la mujer más bella que he visto en mi corta vida.

—Buenos días —digo aclarando un poco mi garganta— ¿Lista para irnos?

—Claro. Deja que vaya por mi bolso... Y toma —veo que lanza algo en mi dirección y yo lo atrapo en el aire. Para mi sorpresa veo que son las llaves del Mercedes—. Hoy conduces tú —dice sonriendo, se gira y vuelve a entrar en su casa.

Miro las llaves en mi mano y, si pudiera, daría saltos triples de alegría. Mi deseo de manejar esta maravilla de máquina que es el Benz hoy se hará realidad.

Estoy ansioso por poner mis manos sobre el volante del auto, realmente estoy muy feliz, casi como un niño con juguete nuevo.

De pronto veo que, por el camino de gravilla, viene caminando un chico que

viste una casaca de un servicio de mensajería. Sigue caminando hasta que llega a quedar frente a mí.

—Hola. Traigo una entrega para la señorita Nicole Cross.

—¿De parte de quién? —pregunto de inmediato. El SWAT que llevo dentro hace que reaccione con sospecha y mirando cada reacción en la cara del chico.

—Bueno, la verdad...

—Ya estoy lista. ¿Y esto? —En ese instante sale Nicole y se encuentra con el mensajero que sostiene un paquete de tamaño mediano.

—Es una entrega para la señorita Nicole Cross —vuelve a repetir el chico— ¿Es usted?

—Sí, soy yo.

—Bien, entonces firme aquí para que pueda hacer mi entrega. —El chico le entrega a Nicole una tablet donde ella firma y luego él le entrega el paquete—. Bien, que tenga un buen día, señorita.

—Gracias —responde ella y se da a la tarea de abrir el paquete y lo hace con impaciencia.

Mi vista sigue fija en el mensajero que ahora comienza a caminar a paso normal por el camino que lo lleva a la salida.

—¡Lukas! —grita Nicole que deja caer el paquete al suelo y se aferra a mí con toda su fuerza. Está temblando de miedo.

—¿Qué pasa, Nicole?

—La caja... Las odio... Siempre me han dado mucho miedo... La caja —dice cosas sin sentido mientras se va hundiendo más y más contra mi pecho y comienza a llorar.

—¿Qué cosa, Nicole? ¿De qué estás hablando? —le pregunto y la separo de mí para verla al rostro para que me responda qué es lo que le ha causado tanto miedo.

—La rata... La odio... No me gustan... La caja tiene una rata muerta —dice y ahora comienza a llorar con más ganas.

Me acerco a la caja y miro su interior. Dentro hay una rata muerta y ensangrentada. Me levanto y camino con rapidez por el camino de gravilla y veo al mensajero que está a punto de salir por la reja.

—¡Deténgalo! ¡Que no salga! —le grito a los hombres de seguridad que hay en la puerta.

Ellos lo hacen y enseguida toman al chico por un hombro y lo obligan a que se

detenga.

Llego hasta el mensajero, el chico me mira con sus ojos muy abiertos con el temor marcado en ellos.

—¿Quién te mandó a traer ese paquete? —pregunto acercándome de forma intimidante mientras que él da un paso atrás.

—Yo... no... yo no sé de qué me habla, señor.

—El paquete que acabas de traer, ¿quién te lo entregó?

—Nadie, señor. Bueno me lo pasaron en la empresa, es mi ruta y lo traje...

—¿Estás seguro o me estás mintiendo? ¿Dime quién te entregó el paquete?

—le digo calmadamente pero con la voz brusca y tomándolo por las solapas de su chaqueta.

—No lo sé, señor, de verdad que no lo sé —dice el chico que se ve claramente asustado.

—¡Lukas! —giro mi cabeza y veo a Nicole que está a unos metros de mí. El color ha desaparecido de su cara y se abraza con ambas manos como si necesitara entrar en calor.

—No lo dejen salir —digo a los hombres de la puerta—. Llamaré a la policía para que vean todo esto.

Los hombres asienten afirmativamente y mantienen al chico a su lado. Yo camino con rapidez hasta Nicole y la tomo por un brazo para llevarla hasta el interior de la casa. La siento en el sofá mientras llamo a la policía y, pido al detective que está a cargo del caso Cross, que venga para que esté al tanto del incidente que acaba de ocurrir.

Le pido a Helen que le traiga un té de hierbas a Nicole porque de verdad está afectada. Su rostro ahora es blanquecino, tiembla de miedo, yo me paro frente a ella y me dice:

—Yo las odio, ¿sabes? Tengo una fobia a las ratas. ¿Quién podría haber sido tan ruin de enviarme una?

—No lo sé, pero la policía viene en camino y de seguro van a averiguar algo. Se llevaran el paquete y buscaran huellas.

—Eso espero, Lukas, no quiero vivir con miedo. No lo soporto.

Nicole esconde su rostro entre sus manos y comienza a llorar otra vez. No puedo verla así, ahora parece una niña indefensa que no tiene a nadie en el mundo.

Me siento a su lado y paso mi brazo sobre sus hombros, le ofrezco un lugar donde llorar y ella lo acepta enseguida.

Se apoya en mi pecho y llora desconsolada. Mi mano, como si tuviera vida propia, comienza a acariciarle la cabeza, tratando con eso de calmarla un poco. Así nos encuentra Helen cuando entra en el salón.

Me remuevo un poco y comienzo a quitar lentamente mi mano ante la atenta mirada de Helen que de seguro no ha aprobado mi actuar con tanta confianza. Pero Nicole no me suelta, si yo me muevo ella se mueve también buscando mi cuerpo.

—Nicole, te traje un té para que te calmes —dice Helen y Nicole se separa de mí al escucharla.

Me levanto del sofá de inmediato, aunque lo que en realidad quisiera es seguir consolándola. Ella es una chica fuerte, por lo poco que la conozco, pero ahora el terror ha hecho presa de ella.

Le cuento a Helen lo ocurrido y ella está igualmente sorprendida por el acto de maldad hacia Nicole.

La policía aparece y en ese instante mi móvil suena y veo que es el señor Cross quien llama. Me pide que le explique todo lo que sucede, le cuento todo y puedo notar en su voz lo afectado que está. Es a su hija a la que iba dirigido ese paquete y de seguro se está imaginando mil cosas que le pudieran suceder a Nicole.

—Estoy en una reunión, no puedo dejar esto a medias...

—Señor Cross, aquí todo está bajo control —digo calmadamente para que él deje un poco la preocupación, aunque sé que no será así—. La policía acaba de llegar, investigaran todo.

—Bien, termino aquí y voy de inmediato a casa.

—Muy bien, señor.

El hombre corta la llamada y ahora me toca hablar con el detective que está investigando el ataque a los Cross. Le cuento todo tal como sucedió, interroga a Nicole y le pregunta si tiene alguna idea de quién pudo haberle mandado tan “lindo” presente.

El detective dice que tal vez se trate de una broma pesada. De alguna ex amiga o algún ex novio, pero ella niega a todo lo que él le dice.

Luego de que la policía hace todo su trabajo se retiran y cuando vuelvo a entrar al salón encuentro a Nicole en el sofá, hecha una especie de ovillo abrazándose las rodillas.

De verdad que tiene miedo. Me acerco hasta quedar frente a ella.

—No entiendo cómo la gente puede ser tan mala —dice y sé por su voz que

está a punto de llorar—. Primero nos atacan en el auto, ahora lo de la rata, ¿qué mal hemos hecho?

Mi padre es una buena persona, y no lo digo porque sea su hija, si no porque es verdad, no entiendo quién quiere verlo muerto.

No sé qué decirle, no sé cómo explicarle que en el mundo hay locos de mierda que hacen daño a la gente, pero en este caso no es tan fácil. Presiento que detrás de todo esto hay algo más, algo que quiero descubrir, pero que no sé por dónde empezar.

—¿Quieres subir a tu habitación y, no sé, dormir un poco tal vez?

—No —dice ella sorbiendo la nariz.

—Bien, entonces, ¿te quedarás aquí en el sofá?

—Quiero ir a la playa —dice y se levanta del sofá

—Nicole, creo que no deberíamos salir, además, tu padre viene en camino...

—Si no quieres venir no me importa, puedo ir sola —dice y comienza a caminar hasta la puerta de salida.

—Nicole —digo. Ella se detiene y se gira para mirarme—. Te hará falta esto para poder salir— le muestro las llaves del Mercedes que están en mi mano.

—Dámelas —dice acercándose a mí, yo elevo mi brazo y ella se sonroja de rabia al no poder alcanzar las llaves—. Lukas, dame las llaves, quiero salir de aquí.

—Te dije que no. Ahora siéntate en el sofá o sube a tu cuarto, tu padre debe estar por llegar.

—Grrr —suelta como un animal enfurecido—. Bien, si no me quieres dar las llaves, me voy a pie.

La veo salir a paso firme por la puerta, yo suelto una maldición por lo bajo y la sigo.

Cuando llego a la puerta de entrada, Nicole ya ha recorrido más de la mitad del camino de gravilla. ¿Cómo es que una mujer tan diminuta puede caminar tan rápido? Corro hasta llegar a su lado y la tomo por un brazo.

—Nicole, detente. —Ella me mira, eleva una ceja y se suelta de mi agarre. La vuelvo a tomar por el brazo y le digo—: Está bien, vamos, te llevaré a la playa.

Siete

Nos subimos al auto y salimos de la casa. En mi mente voy pensando alguna excusa que darle al señor Cross cuando me regañe por llegar a su casa y no encontrar a su hija ahí.

Conduzco callado, ella mira por la ventana la carretera, de pronto el móvil de Nicole comienza a sonar.

—Papá... No, deja que te explique. No, no quiero estar en casa, le pedí a Lukas que me lleve a la playa.

Puedo oír cómo la voz del señor Cross resuena a través del teléfono, de seguro está hecho una furia.

—No, papá, no te preocupes. Lukas estará conmigo todo el tiempo. Solo será un par de horas, no quiero estar en casa, necesitaba salir de ahí, entiende, por favor.

Al parecer el señor Cross cede ante la petición de su hija porque ella se despide con un “te quiero, papá” y corta la llamada.

Ya falta poco para llegar hasta la playa. Desde la llamada del padre de Nicole que no hemos dicho ni media palabra.

Estaciono en la playa y ella se quita las zapatillas de lona dentro del auto, se arremanga los jeans y sale a toda velocidad hacia el mar.

—Condenada chiquilla —rezongo por lo bajo. Me quito los zapatos con una rapidez digna de un récord güines y la sigo. No puedo separarme de su lado, menos si de verdad corre peligro.

—Siempre me ha gustado el mar, ¿sabes? —dice mientras camina por la orilla de la playa y una ola le moja los pies.

—Sí, se nota —le digo siguiéndola a una distancia donde el agua no me toque. Ella sigue así por un buen rato, jugueteando con cada ola que llega a sus pies. Se ve feliz y mucho más tranquila que hace una hora atrás cuando se encontraba en su casa.

Abre los brazos y sonrío ampliamente elevando su rostro al cielo, como si

quisiera que el sol la besara, yo sonrío ante su actitud. Nunca había visto a alguien que disfrutara tanto de un día de playa más que a los niños pequeños que llegan por aquí en pleno verano.

De pronto, siento que el agua me salpica. Nicole ha pateado agua en mi dirección y me ha llegado hasta la cara.

—Nicole... —digo con voz de reprimenda.

—Era para que espabilaras, parecías muy distraído —dice sonriendo traviesa y vuelve a dar pequeños saltos hacia el agua alejándose de mí.

Al verla como sigue jugueteando, me digo mentalmente que sí estaba distraído, la estaba mirando a ella y una alarma comienza a sonar en mi cabeza. Estoy trabajando y no puedo permitirme una distracción. Siempre debo estar observando todo a mí alrededor, siempre atento, por ella.

Me regaño mentalmente y el pensamiento de “fue una muy mala idea aceptar este trabajo” cruza fugazmente por mi cabeza.

Veo que Nicole camina de vuelta y se detiene frente a mí.

—¿Ya te cansaste? —pregunto con un poco de ironía.

—No, podría estar todo el día aquí, el mar me tranquiliza, pero lamentablemente me dio hambre. ¿Me llevas a comer algo, por favor? —me pide juntando las manos a modo de ruego y con sus labios formando un sensual puchero.

—Está bien, te llevaré a comer, pero esta vez yo elijo el lugar. ¿Aceptas?

—Acepto —me responde con rapidez y estira su mano que yo estrecho para cerrar el trato.

Caminamos hasta el auto, me limpio la arena que tengo en los pies y me pongo las botas, Nicole hace lo propio con sus zapatillas de lona.

—¿Y se puede saber a dónde me vas a llevar? ¿Es un sitio donde puedo ir con camiseta y calzado deportivo?

—No te preocupes, así como estás vas perfecta para el lugar al que vamos.

Cierro la puerta del lado del piloto, Nicole aún sigue adentro, esperando a que la lleve a algún lugar en el auto, mirándome con cara de pregunta.

—¿No vamos en el auto?

—No. A donde vamos podemos ir caminando.

—Bien —dice saliendo del auto—, entonces vamos.

Comenzamos a caminar uno al lado del otro y, a unos metros de donde hemos dejado estacionado el auto, me detengo y ella también lo hace.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando ve que no me muevo.

—Ya hemos llegado —digo mientras le indico con mi mano el camión de comida que está frente a nosotros.

—¿Es aquí? —pregunta sorprendida mas no enfadada— ¿Me has traído a un camión de comida?

—Sí —le digo sonriendo—. Y te puedo apostar cien dólares a que nunca has venido a comer a un camión como este.

—Bueno... la verdad... No, nunca en mi vida.

—No tienes idea de lo que te has perdido. Aquí preparan los mejores hot dogs del mundo.

—Pero no lo encuentro justo. Yo te llevé a comer filete y tú me traes a comer hot dog, más te vale que sean los mejores como dices.

—No te arrepentirás, lo juro —digo haciendo con mi mano una cruz sobre mi corazón y ella sonríe.

Pido un hot dog normal para Nicole y otro especial con picante para mí. Veo que ella mira el pan, de seguro no sabe por dónde comenzar a comérselo. Yo sonrío por lo bajo, he traído a una niña rica de Los Ángeles a un camión de comida rápida, donde ni siquiera hay cubiertos.

—Mmm... esto está genial —dice Nicole hablando con la boca llena y comiendo con premura.

—Te lo dije —sonrío con suficiencia—. Es la mejor comida que podrás encontrar a lo largo de la playa.

—Quiero otro —dice antes de meterse el último trozo de pan a la boca.

—Bien, pidamos otro —le digo y pido al hombre que nos atiende otro hot dog para cada uno, esta vez con un aderezo diferente.

Veo cómo ella disfruta de la comida y también veo cómo come a la par conmigo. Luego del quinto hot dog ella dice que ya está satisfecha.

—Ya no puedo más —dice para luego dar un sorbo a su refresco.

—Puedo darme cuenta —digo sonriéndole— ¿Lista para irnos?

—Sí, ya estoy lista.

Caminamos de vuelta al auto y vuelvo a sentarme al volante. Nicole se ve mucho más serena que cuando la traje a la playa.

Llegamos a la mansión Cross y estaciono el auto y luego ayudo a que Nicole baje del auto.

—¿Estás bien? —pregunto cuando veo que toma una honda respiración.

—Sí, mucho mejor.

—Bien, entonces supongo que irás a descansar.

—Sí, eso haré. Nos vemos mañana, Lukas.

Se despide con la mano y una sonrisa y veo cómo comienza a caminar hacia la entrada de la mansión. Me quedo parado mirando cada paso que da, cuando a mitad de camino, ella gira y camina rápidamente de vuelta hacia mí.

—¿Nicole? —pregunto cuando la veo a mi lado. Ella se lanza a mi cuello y me da un gran abrazo.

Yo quedo sorprendido sin saber muy bien qué hacer, mis manos suben lentamente y se cierran en su cintura.

—Gracias por todo, Lukas. Gracias por estar hoy conmigo —dice ella apoyando su cabeza en mi pecho.

Se separa un poco y suelta su agarre sin quitarme sus ojos verdosos de los míos y sorprendiéndome nuevamente en un rápido movimiento, me besa la mejilla, sonrío y gira sobre sus talones para salir casi corriendo y así la pierdo de vista cuando entra por la puerta de la mansión.

Algo dentro de mí se remece, algo extraño y nuevo para mí. Con mi mano toco la mejilla que besó Nicole y así es como una parte de mí siente algo que no logro explicar, mientras que otra parte me dice que deje de pensar en tonterías y de soñar con imposibles.

Ocho

Nicole

—Qué bien que llegas, hija. —No alcanzo a poner ni un pie dentro de casa cuando papá ya está frente a mí con una mirada que es entre preocupación y reprimenda.

—Hola, papá —lo saludo y me acerco a besarle la mejilla.

—¿Estás bien? —me pregunta con la mirada llena de preocupación

—Sí, estoy mucho mejor. Fui a la playa y ya sabes que eso me relaja... Me hace muy bien.

—Lo sé... Igual que a tu madre —dice y baja la mirada al recordar a mi difunta madre—. Solo quiero saber por qué no te quedaste en casa luego de lo sucedido.

—Papá... no quería estar aquí, además de seguro que esa rata es alguna broma de alguien que no tiene nada mejor que hacer con su vida. —Le tomo una mano para que vea que el asunto ya pasó y que de verdad estoy bien.

—¿Y si no hubiera sido una rata? ¿Y si hubiera sido una bomba? Nicole, necesito que obedezcas...

—Pero fui con Lukas. No estuve sola en ningún momento.

—Sí, lo sé, y él debería haberte amarrado a tu cama para que no salieras de casa. Ya tendré una seria conversación con Parker.

—Papá, no le digas nada. Él no quería que saliera, pero yo salí sin él, Lukas solo me siguió cumpliendo con su deber. Tú sabes que puedo llegar a ser un poco intransigente a veces.

—Lo sé —dice rodando los ojos—, pero insisto en que tu guardaespaldas tiene que ser más duro contigo.

Espero que mi padre no regañe a Lukas por llevarme a la playa. Él solo tuvo que hacer lo que le pedí, no le dejé más alternativa y me sentiría muy culpable

si él llega a perder su trabajo por mi culpa.

—Papá, puedes estar tranquilo. Prometo no hacer nada imprudente otra vez.

—Eso espero, hija. Eso espero.

Él suelta un suspiro cansino como si se diera por vencido conmigo, pero la verdad es que yo estoy dispuesta a no ser un problema para él y no hacerlo enojar en estos momentos que todos estamos demasiado tensos.

Estoy cansada, quiero ir a mi cama y le digo a mi papá que me voy a ir a mi habitación. Él me dice que tengo que comer algo, pero le respondo que ya he comido afuera... Y vaya que comí.

Al recordar los hot dogs que Lukas me llevó a comer una sonrisa se instala en mi boca. Mi padre me mira, de seguro a notado algo en mi cara, y como no quiero que comience a interrogarme, me despido con un beso en la mejilla y subo corriendo hasta mi cuarto.

Me lanzo a la cama, los ojos me pesan, en cualquier momento se me cierran y duermo de corrido.

Estoy recordando mi día en la playa y es imposible no pensar en la cara de Lukas. De seguro la playa no es lo suyo y estaba más que molesto a mi lado.

Al cerrar mis ojos puedo ver su rostro. Es tan guapo, tan misterioso y tan comprometido, porque así como me acuerdo de él, también me acuerdo de que no vive solo.

El sonido de mi móvil me saca de los pensamientos, miro la pantalla, otra vez es Jack que no se da por vencido.

—¡Deja de llamar, Jack! —le digo al teléfono y corto la llamada, pero al segundo vuelve a sonar y es él nuevamente, al final decido apagar el teléfono.

Me pongo el pijama y me meto en la cama. Hablo con mi madre, como cada noche. Le pido que me cuide y que me ayude desde donde sea que esté, y al terminar de decir la última palabra, caigo en un sueño muy plácido.

No sé qué hora es, solo que un rayo de sol da en mi cara y eso me ha despertado. Busco mi teléfono y lo enciendo, y al hacerlo, este empieza a sonar como endemoniado.

Tengo varias llamadas perdidas de Jack y otro montón de mensajes. De verdad que este hombre no sabe leer las señales.

Me incorporo en la cama y me estiro con ganas soltando un bostezo. Ya es hora de que me levante y continúe con mi proyecto. Salgo de la cama y me voy a la ducha, luego me visto rápidamente y bajo a desayunar, de seguro que mi

padre ya está por irse a su trabajo.

Llego hasta el comedor y él se encuentra leyendo el periódico mientras bebe de su taza de café.

—Buenos días —saludo y le beso la coronilla de la cabeza, luego me siento a su derecha y Helen me comienza a servir el desayuno.

—Ya iba a mandar a Helen a que te despertara. Supongo que dormiste bien.

—De maravillas, papá.

Él sigue leyendo y yo comienzo a atacar la comida que está frente a mí. Mentalmente comienzo a repasar todo lo que tengo que hacer el día de hoy. Solo falta escoger una par de cortinas y ver si los muebles que pedí ya llegaron a la casa.

Mi padre termina de desayunar y se despide de mí para marcharse a trabajar. Helen se acerca para retirar su plato y yo le pregunto:

—¿Lukas ya llegó?

—El señor Parker llegó hace casi una hora. Está esperando fuera.

—Gracias.

Termino mi desayuno y busco mi bolso y mi agenda para salir de la casa. Cuando estoy en el pórtico lo veo... Lukas está ahí caminado de un lado a otro esperándome impaciente.

Un suave cosquilleo se aloja en mi bajo vientre al verlo. Tiene el ceño un poco fruncido, la mandíbula tensa y camina cinco pasos de ida y cinco pasos de vuelta. Sonríe al verlo en ese estado.

—Esperar no es lo tuyo, ¿verdad? —Él detiene su andar y me mira fijamente.

—No, realmente no es lo mío —dice y agradezco que sea tan sincero en su respuesta.

—Bien, ya estoy aquí, así que podemos irnos.

Él asiente con la cabeza, le vuelvo a entregar las llaves de mi auto y le indico que vamos a la casa en remodelación.

El camino lo hacemos sin hablar, solo escuchamos la música que suena en el reproductor del auto. Llegamos a destino y veo para mi alegría que las cosas que elegimos en la tienda de decoración ya están aquí.

Lukas me ofrece un café y yo acepto. Mientras quedo sola mi teléfono móvil suena y presiento que es Jack. Miro la pantalla y no me equivoco, es él.

Miro el aparato que tengo en mi mano debatiéndome entre contestar o no. Al final decido contestar y así dejarle en claro de una buena vez a Jack que no quiero que me moleste más.

—Jack —digo secamente para que él entienda, y espero que lo haga, que su llamada no me agrada.

—Nicole, cariño, no me cortes, por favor. He estado llamándote todos estos días, necesito hablar contigo.

—¿Hablar? Jack, no tenemos nada de qué hablar.

—Nicole, sé que fui un tonto contigo, ahora me doy cuenta de lo mal que actué en todo el tiempo que estuvimos juntos.

—No, Jack, no fuiste tonto, lo de nosotros nunca fue nada y lo mejor es que lo dejemos donde se quedó.

—Pero es que yo no quiero, Nicole —dice con voz de niño suplicante— ¿Podemos vernos? Sé que si hablamos todo esto se solucionará.

—No, no hay nada de qué hablar y ahora te voy a dejar porque tengo mucho trabajo que hacer. —En ese instante Lukas vuelve de la cocina con dos tazas de café en sus manos.

—Cariño, no nos hagas esto...

—Adiós, Jack —y corto la llamada.

Suelto un suspiro cansino y luego tomo la taza de café que Lukas ha dejado frente a mí en mi mesa de trabajo.

—¿Todo bien? —pregunta al ver mi cara de molestia.

—Sí, todo bien, solo dejando las cosas claras.

—¿Novio?

—Algo así, pero ya lo he dejado... Y lo mejor —digo aclarando mi garganta porque este no es un tema que quiera conversar con Lukas—, es seguir trabajando. Dentro de poco tengo que ir a elegir las cortinas y todo esto estará listo en unos días.

—Bien —dice él y bebe de su café para luego alejarse de mí y caminar hasta la ventana que da al jardín.

Termino con la revisión en la casa y ya es hora de ir a la tienda por las cortinas. Lukas me lleva al centro de la ciudad hasta mi destino.

Entramos en la tienda y yo comienzo a buscar la tela perfecta para las cortinas de mi proyecto. Lukas mira todo a su alrededor con atención, otra vez buscando, vigilando.

—¿Te gusta este color? —le pregunto mostrándole un trozo de tela. Él le da una rápida mirada y luego vuelve a vigilar a cada persona que entra en la tienda.

—Está bien —dice sin ganas.

—Está bien... —murmuro por lo bajo— ¿Y esta otra?

—¿No es la misma?

—No. La primera es azul y la segunda es azul piedra.

—Para mí es lo mismo, solo hay un azul —dice y me dan ganas de estrangularlo. ¿Es que acaso no sabe que hay muchos tonos de azul?

—No, Lukas, uno es azul y el otro es azul piedra, hay una gran diferencia.

Él se acerca a mí, toma entre sus manos ambas muestras y luego me mira como si yo estuviera más que loca.

—Es el mismo azul. Para mí no hay diferencia.

—Sí que la hay, mira. —Le muestro las telas y le hablo como si lo estuviera haciendo con un niño pequeño— Este azul tiene más tonos de verde, ¿entiendes?

—En la mente del hombre solo hay un color... azul. Las mujeres son las que inventaron un sinnúmero de nuevos colores que, al final de todo, lo único que hace es complicarles la vida porque no saben cuál elegir —dice un poco enfurruñado.

No puedo hacer otra cosa más que reír, reír a carcajadas. Él ha defendido con tanta vehemencia su punto de vista que no puedo hacer nada más que darle la razón.

—Te estás riendo de mí —asevera mientras rota los ojos.

—Sí —digo en medio de una carcajada.

—Pero es verdad, todo sería más sencillo para ustedes las mujeres si solo usaran la gama primaria de los colores.

—Bien, tengo que darte la razón en eso, pero es que a nosotras nos encanta complicarnos la vida.

—Ni que lo digas —dice ahora sonriendo, contagiándose con mi risa.

—Bien, entonces entre el azul y el azul, elijo el azul —digo tomando una de las muestras y llevándola hasta una vendedora que me toma el pedido para manufacturar las cortinas.

—Listo —digo cuando ya he terminado con todo— ¿Vamos a almorzar?

—Claro.

Nos dirigimos al auto y él abre mi puerta, su chaqueta se abre y vuelo a ver el arma que lleva consigo. Un sudor helado me recorre y un nudo se instala en mi estómago.

—No sé cómo puedes andar con esa cosa pegada a ti como si nada —digo cuando él sube al auto y se está poniendo el cinturón de seguridad.

—¿Qué cosa?

—El arma.

—Bueno, creo que es cosa de costumbre.

—Yo les tengo terror, ojalá no tuvieras que usarla cuando estás conmigo.

—Pero tengo que hacerlo.

—Lo sé —digo removiéndome incómoda en mi asiento.

Lukas pone en marcha el auto y le indico a qué lugar iremos. Yo estoy con la mirada fija hacia delante. Nerviosa al recordar que él lleva un arma en el auto.

—Tal vez... si aprendieras a usarlas, no les tendrías tanto miedo.

—¿Qué?! —Le digo y lo miro como si le hubiera salido otra cabeza— Te digo que les tengo terror y tú me sales con eso.

—Nicole, lo miedos hay que afrontarlos. Yo aprendí a disparar a los trece años, mi padre me enseñó. Yo, al igual que tú, les tenía un miedo enorme a las armas, pero una vez que las supe manejar, ese miedo desapareció.

—Tu padre es un loco. Cómo se le ocurre enseñarle a un niño a disparar.

—Era, Nicole, era —dice con tristeza y entiendo con eso que su padre está muerto y lamento mucho haberlo tratado de loco.

—Lo siento —digo bajando la mirada a mis manos que están en mi regazo, sintiéndome la peor persona del mundo en este momento.

En ese instante llegamos al restaurante y la conversación acaba. Quería preguntarle cómo murió su padre, si su relación era cercana o no, si lo trataba bien y miles de cosas que quiero saber de él, pero sé que Lukas no me contará nada más de lo que él quiera contarme.

Estaciona el auto, nos bajamos y entramos en el restaurante. Pedimos una mesa y, cuando vamos camino hacia ella, siento que desde un lado alguien tira de mi mano haciéndome dar un paso al lado. Lukas reacciona con rapidez y, con una llave de arte marcial que es muy complicada, reduce a quien me ha tocado y lo deja tirado en el piso y con la rodilla en su cara.

—Ni... Ni... Nicole.

Miro a quien dice mi nombre de forma tan aterradora en ese momento y no lo puedo creer. El hombre que está en el suelo magistralmente inmovilizado por Lukas es Jack Litman.

Nueve

—¡Jack! —digo cuando lo veo en el suelo medio morado, asfixiado por la maniobra que Lukas le está haciendo —¡Lukas, no!

—¿Lo conoces? —me pregunta Lukas a lo que yo asiento afirmativamente con mi cabeza y él lo suelta de inmediato, da unos pasos y se queda tras de mí.

—¿De dónde sacaste a este gorila? —dice Jack mientras se pasa la mano por el cuello que de seguro tiene muy adolorido—. Casi me mata.

—¿Qué quieres, Jack? —No respondo a su pregunta sobre la identidad de Lukas y él pasa su mirada de uno a otro.

—Quiero hablar contigo, cariño.

—Creí que eso habíamos hecho por teléfono.

—Pero, Nicole...

—Jack, que no se hable más del tema y quedemos como amigos, ¿quieres?

—Pero es que yo quería que fueras mi pareja en el baile del gobernador... Como amigos.

El baile del gobernador. ¡Claro, ahora es que me cae la teja! No es que Jack se haya dado cuenta de repente que de verdad me quiere, si no que al baile de su padre no puede ir con cualquiera de “sus amigas”. Ese baile es una especie de vitrina donde se miden influencias y favores y necesita una buena pareja con la cual mostrarse ante todos... Una pareja como la hija de un millonario influyente.

—El baile... Lo siento Jack, pero ya tengo pareja —digo girando mi cabeza y mirando a Lukas.

—Pero... pero, Nicole.

—Adiós, Jack. Ojalá encuentres una pareja para el baile. ¿Nos vamos? —le pregunto a Lukas y él asiente con un movimiento de cabeza.

Salimos a la calle y pienso en el canalla de Jack y en la mala suerte

que tengo con los hombres. Jack es guapo y divertido, pero es un don Juan que no se toma en serio una relación y mi mente me traiciona y pienso en Lukas que va caminando a mi lado, callado y serio, otro hombre por el que me siento atraída, pero que tiene una relación.

—Siento lo de tu amigo —dice Lukas interrumpiendo el silencio—. Fue un acto reflejo.

—Lo entiendo, no te preocupes y agradezco que no hayas sacado tu arma —digo sonriendo para quitarle el peso a lo sucedido.

Caminamos hacia otro restaurante y pedimos algo de comer. Lukas pide pasta y yo me decanto por una ensalada. La verdad es que el encuentro con Jack me ha quitado un poco el apetito.

Miro a mi acompañante en la mesa y recuerdo lo que le he dicho a Jack sobre que ya tenía acompañante para el baile del gobernador. Me pregunto si Lukas aceptaría ser mi pareja en ese baile y como dice mi padre, “al mal paso darle prisa”, de la nada le pregunto:

—¿Me acompañarías al baile del gobernador como mi pareja? —Él me mira con el rostro desencajado y puedo ver que traga en seco.

—¿Qué? ¿Qué tú quieres que yo qué?

—Lo que acabas de escuchar, Lukas. Quiero que seas mi pareja en esa fiesta. Di que sí, por favor —digo haciendo mi mejor puchero con los labios.

—Nicole, eso es imposible... Yo... tú... sabes que eso no puede ser —dice con un dejo que tristeza al final de la frase.

—¿Por qué no es posible?

Él quiere responder algo, pero abre la boca y la cierra de inmediato. Lo miro a los ojos, ahora lucen de un azul tormentoso. Trato de rogarle con la mirada para que me dé el sí a mi invitación.

—No, Nicole. Imagina qué va a decir tu padre... Además, ¿no tendrías que ir como pareja de él?

—Tendría, pero él estará al otro lado del país cerrando un negocio muy importante, yo iré en su representación. Y bueno, eres mi guardaespaldas, tendrás que estar ahí de todas formas, pero yo prefiero ir de tu brazo a que tú vayas detrás de mí.

Él me mira con una especie de chispa en sus ojos, no logro descifrar que está pensando.

—Y bien, ¿qué me dices? —pregunto otra vez volviendo a la carga con mi petición.

—Si te digo que no, vas a seguir insistiendo, ¿verdad? —dice soltando una especie de gruñido.

—Creo que me estás comenzando a conocer, Lukas —le digo mientras sonrío con suficiencia.

Él se aprieta el puente de la nariz con su dedo índice y pulgar. Respira hondo y luego abre los ojos para fijarlos en mí. Abre la boca, pero al instante la vuelve a cerrar, dejando que un largo silencio se haga entre nosotros.

—¿Y bien? —digo y él toma un sorbo de agua de la copa que está frente a él.

—Y tienes el descaro de preguntar cuando ambos sabemos que no tengo alternativa —dice enfurruñado, cruzándose de brazos y echándose hacia atrás en su silla.

Sonrío al verlo de aquella manera, como un niño enojado al que le han dicho que no puede salir a jugar.

—Sonríe, Lukas, lo pasaremos de maravilla en ese baile.

Él dice algo por lo bajo, yo solo puedo sonreír ante mi victoria en esta pequeña batalla que hemos sostenido. Y de pronto algo dentro de mí se estremece y pienso que me encanta discutir con él, me encanta hacerlo enojar... Me encanta estar con Lukas.

DIEZ

Lukas

Luego de dejar a Nicole en la puerta de la mansión, voy a estacionar el Mercedes. Lo dejo en su lugar y le paso la llaves a Helen quien se despide amablemente de mí no sin antes ofrecerme algo de comer, pero yo quiero salir pronto de ahí, quiero ir hasta mi casa y beber una cerveza frente al televisor y pensar en cómo es que me he dejado convencer por la mujer que ahora debe estar yendo rumbo a su habitación.

Ella me hizo aceptar acompañarla al baile del gobernador como su pareja y me hizo trampa. Sabe que la tengo que tener vigilada una vez esté fuera de su casa y se valió de eso para dejarme sin opción a negarme.

Voy caminado hasta mi motocicleta cuando el teléfono móvil en mi bolsillo vibra. Lo saco y veo que es Rick Sullivan, mi amigo y compañero en el SAWT.

—Hola, amigo —saludo a Rick con alegría, hace días que no hablamos.

—¿Qué tal, Lukas? ¿Todo bien?

—Sí, todo muy bien —digo porque sé que me llama preocupado—. Y ese milagro que me llamas.

—Amigo, he estado muy ocupado, ya sabes, con lo de la acreditación SWA.T, pero... mejor por qué no vienes al bar y te lo cuento todo en vivo y en directo, hace mucho que no hablamos.

Creo que es una buena idea. Tomar un par de copas con Rick me haría muy bien y me distraería de pensar en Nicole y en su bendito baile al que tengo que ir como su pareja.

—Claro. En una media hora estoy por ahí.

—Acá te espero. Adiós.

Me subo a mi moto, me pongo el casco y siento la enorme necesidad de mirar

hacia la mansión, como si algo o alguien me estuviera llamando.

Miro hacia arriba y veo a Nicole que está parada en la ventana que supongo es la de su cuarto. Me mira fijo, inmóvil y yo me quedo ahí, paralizado mirándola también.

Trago en seco el nudo que se ha formado en mi garganta, siento algo así como una especie de temblor que ha subido desde mis pies hasta mi cabeza, no logro explicar muy bien qué es ni por qué lo he sentido.

Sigo con la vista fija en ella, pero una parte de mí me dice que lo mejor es que me largue lo más rápido que pueda.

Bajo la visera del casco, pongo en marcha la moto y salgo con mucha rapidez por el camino de gravilla hasta llegar a estar fuera de la propiedad.

Entro en el bar. Este lugar es muy conocido para mí. En este lugar es donde suelen venir los policías luego de su turno. En mi camino voy saludando a muchos conocidos hasta que llego a una mesa donde esta mi buen amigo Rick. Él se levanta de su silla al verme, me sonrío ampliamente y nos saludamos con un fraternal abrazo.

—¡Lukas! Me alegra que vinieras. ¿Quieres una cerveza?

—Por favor —digo y me siento frente a él mientras pide a una mesera que traiga dos cervezas.

—¿Dónde has estado metido, amigo? Lo último que supe es que estabas jugando a ser un puto *Kevin Costener*. Por favor, dime que no es verdad.

—Es verdad, Rick.

Él suelta una gran carcajada, tan grande que muchas de las personas que se encuentran en el bar a esa hora se nos queda mirando.

—No lo puedo creer... Lukas Parker, el mejor negociador del SWAT de Los Ángeles, ahora está jugando a ser guardaespaldas. ¿Por qué no te dejas de payasadas y vuelves al equipo?

No digo nada y en ese momento llega la mesera con las cervezas. Tomo la mía y le doy un largo sorbo como si tratara de apagar el incendio que tengo dentro de mí y que se ha formado cuando he escuchado la pregunta de Rick.

—Amigo, no quiero hablar de eso... —le digo para dejar en claro que no quiero tocar ese tema en este momento.

—Pero, Lukas, no creo que te guste estar cuidando a un ricachón más que el SWAT.

—No es eso y lo sabes, solo que no quiero volver. De momento —digo porque

la verdad es que el SWAT es mi vida, pero luego de lo que pasó, no creo que deba estar en el equipo. No lo merezco.

—Amigo...

—No, Rick... y no vine hasta aquí para hablar de lo que pasó, mejor cuéntame cómo te está yendo a ti.

—No, por qué mejor no me cuentas cómo te está yendo a ti en tu trabajo. Muero por saber cómo estás manejando todo ese asunto.

Vuelvo a dar otro sorbo de cerveza, Rick me mira atento a que empiece con mi relato de cómo he pasado mis días como guardaespaldas, pero no sé por dónde empezar porque sé que el muy cretino solo quiere burlarse de mí y de mi estado.

—Ha estado bien —digo en voz baja—. Mejor de lo habría imaginado.

—Ja, ese cuento díselo a tu mamá, yo no te creo nada. ¿Cómo es la persona a la cuidas? Supe que estás en la misión Cross. ¿Te da mucho trabajo el señor?

—No... bueno... la verdad... es que... —le estoy dando muchas vueltas al asunto y no sé por qué— No es él, si no ella...

—¿A su esposa? Ay, amigo, las esposas de los magnates son horribles, se lo pasan de compras y...

—Su esposa no... su hija. —Él eleva una ceja tratando de ver algo en mi rostro que revele algo más sobre mi protegida, pero trato de poner mi mejor cara de póker, aunque sé que con Rick no tendré mucho éxito.

—Su hija... Y supongo que no es una niña pequeña —me dice mientras eleva una de sus oscuras cejas.

—No... no es una niña —no sé por qué me pongo tan incómodo con esta conversación, no debería ser así, es mi trabajo... nada más que eso.

—¿Y cómo es? ¿Está buena por lo menos?

—Rick... —digo enojado y él se ríe en mi cara. ¡Maldito, lo odio!

—Así que le estás cuidando el culo... Perdón, perdón... Le estás cuidando la espalda a la hija del señor Cross. De seguro que es una niña mimada, ¿no?

—No, amigo —digo dando otro sorbo a la cerveza—. Nada más alejado de la realidad.

—Vaya —dice él bebiendo también de su botella y mirándome el rostro, yo le esquivo la mirada y sé que eso es un error—. Así que mi querido amigo está protegiendo a una chica linda, millonaria y que además le gusta.

—¿Qué?! —digo casi ofendido.

—A mí no me puedes mentir, Lukas. Esa chica te gusta, lo noto por tus gestos.

Ya sabes... estudios de sicología y lenguaje corporal, siempre supe que me servirían para algo.

Suelto una grosería por lo bajo y él sigue riéndose de mí. No sé cómo ha llegado a esa estúpida conclusión. ¿Qué Nicole me gusta? ¿De dónde saca eso este bruto?

—Te equivocas, amigo. Yo que tú demando a la universidad donde tomaste esa clase de sicología y no sé qué más —digo hablando de corrido—. Ella es muy bella, sí, pero yo soy su empleado y sé ubicarme.

—Te gusta más de lo que quieres admitir y además te jode que sea tu protegida, porque eres un profesional y no quieres juntar trabajo y placer —asevera él y yo me quedo pensando en sus palabras—. No sé qué haces ahí. Solo te digo una cosa, si no quieres salir mal parado de todo esto es mejor que dejes ese trabajo y vuelvas al SWAT.

Pienso en lo que me dice Rick... dejar a Nicole. Me reprendo mentalmente con todas las groserías que conozco. No puedo pensar en ella, no de esta forma. Es solo un trabajo, ella es mi jefa, solo eso.

La noche sigue, Rick quiere que le cuente más sobre Nicole, pero yo me niego con rotundidad. No quiero que su nombre esté en la boca de mi amigo, no quiero que hable de ella o de mí con ella. Al final, luego de otra cerveza, le digo que me marchó a casa.

—Está bien, amigo —dice el abrazándome otra vez—. Recuerda que te estamos esperando en el equipo. Serás bienvenido cuando quieras.

—Gracias. Adiós, Rick.

Salgo del bar y me monto en mi motocicleta para ir de vuelta a casa, a ver si puedo dormir luego de haber mantenido tan incómoda conversación con Rick.

Marte me está aguardando, como siempre a la espera de que lo saque a dar una vuelta. Me cambio rápidamente mi ropa por ropa deportiva y a él le pongo su correa y salimos a trotar un poco.

Al volver me ducho y entro en mi habitación donde me paro frente al armario de pared a pared que está frente a mí.

Corro una de las puertas y busco en su interior una bolsa con marca de diseñador donde se encuentra un smoking que mi madre me insistió en que compara hace un tiempo cuando una de mis primas se casó.

Lo mantenía guardado, olvidado dentro de ese armario y esperando no sacarlo más. Pero ahora es el tiempo de usarlo. Ese traje es el que llevaré al baile al cual acompañaré a Nicole.

Once

Ya estoy en la mansión Cross bebiendo el exquisito café al que me está mal acostumbrando Helen y esperando a que Nicole baje.

Anoche no dormí bien y se nota en mi cara, Helen ya me lo hizo saber. La culpa la tiene Rick y la estúpida conversación que mantuvimos anoche. Sus palabras daban vueltas y vueltas en mi cabeza junto con la imagen de Nicole que me sonreía pícaro como acostumbra a hacer.

Gracias al cielo que el café bien negro me despabila un poco y puedo decir que ahora sí estoy listo para comenzar mi día laboral.

Llego al auto y lo reviso como cada día. A los pocos minutos escucho la voz de ella que me hace sobresaltar, como si estuviera haciendo algo malo.

—Vaya... sí que te gusta ese auto. Creo que si pudieras te casarías con él —dice mientras yo solo puedo mirarla embobado.

Hoy se ha vestido para confundirme más aún. Está vestida para provocar y me dan unas enormes ganas de pedirle que vuelva a su habitación y se cambie ya que no quiero que nadie la mire más de lo justo y necesario.

—¿Pasa algo malo? —pregunta de seguro sabedora de lo que ha provocado en mí.

—N... no. ¿Por qué?

—No lo sé —dice mientras se muerde el labio inferior y me mira fijamente con esos ojos verdosos que se esconden tras un espeso flequillo—. Estás sonrojado y con la mandíbula tensa. ¿Seguro te encuentras bien? Si no es así, yo puedo pedirle a uno de los hombres de la puerta que me acompañen y así te tomas el día libre.

—Estoy bien. Estoy bien —digo alto, más que para ella, para convencerme a mí mismo de que estoy bien.

—Ok. Entonces vámonos.

Ella pasa por delante de mí. Lleva puesta una minifalda de cuero negra, una camiseta blanca muy ceñida a su cuerpo y unos zapatos bajos en color rojo.

Le abro la puerta y ella se mete en el auto y se sienta. Yo subo al auto también y no puedo evitar que mis ojos se desvíen hasta sus piernas. A sus muy, torneadas y espectaculares piernas.

No puedo evitar imaginármelas alrededor de mi cintura y tengo que sacudir la cabeza un poco para que ese pensamiento no continúe o mi pantalón mostrará la evidencia de lo que estoy sintiendo y de mis pensamientos libidinosos.

—¿A la casa en remodelación? —pregunto mientras me aclaro la garganta y fijo mi vista al frente.

—Sí, por favor. Necesito pasar a ver si ya está todo listo. Y luego iremos de compras.

—¿De compras? —pregunto mientras enciendo el auto y trato de no ceder ante la tentación de girar mi cara para mirar sus piernas.

—Sí. ¿Se te olvida que tenemos a una gala a la cual asistir? —yo niego con la cabeza—. Bien, pues necesito un vestido.

En mi mente me pregunto si de verdad esta chica necesita comprarse un vestido para usar solo una noche, ya que de seguro tendrá un armario repleto de vestidos los cuales solo se ha puesto una sola vez. Pero al parecer así son las mujeres de la alta sociedad, no pueden repetir un vestido en otra fiesta, para ellas sería un escándalo de aquellos.

Llegamos a la casa y ella camina con paso rápido delante de mí que me deleito al ver como esa bendita falda se amolda a su trasero y al vaivén de sus caderas. Suelto la respiración que había estado conteniendo desde que ella bajo del auto y aprieto fuerte mi mano en un puño, porque juro que, cuando pasó por mi lado, tuve la tentación de darle una nalgada a ese trasero respingón.

—Concéntrate, imbécil. Estás en tu trabajo, ella es tu jefa. —Al final la cachetada me la pego yo mismo en la cara para dejar de pensar en imposibles y volver a la tierra y a mi trabajo.

Entro tras ella en la casa luego de tomar un par de hondas respiraciones para calmar un poco la agitación de la cual estoy siendo presa. Nicole está en la sala hablando con un tipo, lo he visto antes por aquí, sé por ella que es del equipo de decoración.

Me mantengo alejado y veo cómo este hombre tiene el descaro de mirar a Nicole de pies a cabeza. Me dan unas enormes ganas de correr hasta él y darle

un buen par de golpes de puño... No, mejor aún, desde mi distancia sé que no fallaría si le doy un disparo.

Pero qué diablos... ¿Qué son estos pensamientos? Muevo mi cuello de un lado a otro para soltar la tensión que se ha acumulado de pronto en ese lugar y paso mi dedo índice por mi camiseta, como si esta fuera la camisa de un traje y la corbata me estuviera estrangulando. Nunca había deseado que un día pasara tan rápido.

Nicole sigue ultimando detalles con el hombre al que cada vez miro con más desconfianza. Me molesta la manera en que mira o le sonrío a ella. Nicole sonrío, de esa forma tan encantadora que puede hacer que hasta el corazón más frío se derrita.

Yo estoy mal, lo confieso. Acabo de darme cuenta que Nicole me gusta, que es el tipo de mujer que me encantaría tener a mi lado y en mi cama. Pero así como sé eso, también sé que ella no es para mí, que nuestros caminos jamás se cruzaran más allá que en el trabajo donde ella es mi jefa y yo su empleado.

—Estoy lista. ¿Nos vamos? —escucho que ella me habla, pero yo tardo en comprender bien lo que me dice — ¿Lukas?

—Sí... perdón... claro...

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, por supuesto —respondo y me paro más derecho frente a ella.

—Bueno. Te decía que ya estoy lista y que podemos irnos.

—Por supuesto.

Le abro la puerta y dejo que ella salga primero de la casa. La sigo con miles de pensamientos rondando mi cabeza, unos más libidinosos que otros, pero doy gracias al cielo que la voz de la cordura vuelve a mí y puedo calmar todo lo que siento y continuar como si nada.

Nos subimos al auto y ella me dice la dirección de la boutique a la que quiere ir. No hay mucho tráfico, así es que en media hora nos encontramos afuera de la tienda. Una elegante tienda de diseñador cuya entrada es adornada por cuatro grandes columnas de mármol.

Entramos a la boutique y, si por fuera el lugar era hermoso, el interior hace que mi mandíbula quede desencajada.

El lugar es elegantísimo, todo adornado con un gusto exquisito, se ve que todo es costoso, si hasta me da miedo dar un paso más y arruinar algo.

Una mujer sale al encuentro de Nicole y le besa ambas mejillas para saludarla.

—¡Nicole, qué bueno es verte otra vez por aquí! —La mujer sonrío

ampliamente, de seguro sabe que Nicole se gastará una mini fortuna en su tienda.

—Sí, bueno, te llamé porque necesito un vestido para el baile del gobernador.

—Claro, querida y tengo unos cuantos preparados que te esperan en el probador. Supongo que no se los mostrarás a tu novio, ¿verdad? —dice la mujer y me mira fijamente mientras me sonrío. Yo voy a abrir la boca para negarlo todo, pero Nicole se me adelanta.

—Claro que no. Pero él me tiene que esperar aquí, así es que si lo pudieras llevar a la salita del café...

La mujer llama a una chica que aparece de la nada ante mí y me pide que vaya con ella para beber algo mientras Nicole se mide los vestidos.

Lanzo un suspiro cansino, se nota que hoy no es mi día. Aquí estoy, sentado en un elegante sofá, en una elegante tienda, bebiendo un caro café, esperando y rogando porque Nicole no se demore más de la cuenta.

Me tomo la primera taza de café, y la chica que me ha llevado hasta el otro lado de la tienda, me dice si quiero probar champaña o un jugo, pero la verdad es que nada se me antoja, solo se me antojan las enormes ganas que tengo de salir de este lugar, pero para no ser descortés con la mujer que, no tiene la culpa de cómo me siento, le pido otro café.

Ya voy por la mitad de la segunda taza cuando veo que una sonriente Nicole se acerca hacia mí. La chica le ofrece algo y ella pide un jugo.

—No me digas que no te gustó nada aquí y que ahora nos vamos a otra tienda —digo de manera resignada, ella suelta una carcajada.

—No, Lukas. Para tu conocimiento, y para tu salud mental, ya he terminado. Estoy esperando a que me entreguen mis cosas y nos vamos.

—¿De verdad? —pregunto asombrado por lo poco que se ha demorado— ¿No estás bromeando?

—Nop

—¿Y ya podemos irnos?

—Sí —responde de forma graciosa—. Pero antes me voy a beber el jugo y luego nos vamos.

Ella se bebe el jugo casi de un sorbo y luego volvemos con la primera mujer que nos ha recibido.

—Nicole, te verás espectacular —dice ella y le entrega a Nicole unas bolsas grandes con el logo de la tienda—. Espero verte pronto, querida. Y de seguro serán la pareja más guapa del baile.

Dice ella mirándome a mí. Nicole ríe por lo bajo y yo hago como que no he escuchado nada y me despido rápidamente de la mujer. Ambos salimos de la tienda, yo cargando las bolsas y llegamos hasta el Mercedes.

—¿Tienes hambre? —pregunta Nicole mientras yo meto las bolsas en el maletero del auto.

—Un poco.

—Vamos a comer algo por ahí —dice ella mientras yo le abro la puerta del copiloto— ¿Qué te parece hot dog en el camión de comida de la playa?

—¿Qué? —le pregunto sorprendido por su propuesta— ¿Estás segura de que quieres ir hasta allá?

—Segurísima.

—Bien, por mí no hay problema.

Me subo al auto y pongo en marcha el Mercedes. Ella se adueña del sistema de sonido y comienzo a escuchar los primeros acordes de *Be the one* de Dua Lipa. Ella sonrío, me mira y comienza a cantar.

*Veo la luna, Veo la luna, Veo la luna
Oh, cuando estás mirando el sol
No soy tonta, No soy tonta, No soy tonta
No, no estás engañando a nadie
Oh, pero cuando te vas, Cuando te vas, Cuando te vas
Oh, cariño, todas las luces se apagan
Pensando en eso, cariño
Estaba equivocada, Estaba equivocada, Estaba equivocada
Vuelve a mí, cariño podemos resolver esto
Oh cariño vamos déjame llegar a conocerte
Solo otra oportunidad para que te pueda mostrar
Que no te decepcionaré y huiré
No, no te decepcionaré y huiré
Porque yo puedo ser la indicada.
Puedo ser la indicada
Puedo ser la indicada.*

Ella sigue cantando con tanto entusiasmo, como si estuviera en un concierto y

lo dejara todo en el escenario y no puedo evitar que la letra de la canción haga ruido en mi cabeza... “Puedo ser la indicada” Trato de negarlo, pero sé que ella podría ser la indicada... Claro... si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias y no fuéramos quienes somos.

Llegamos a la playa y salimos del auto para caminar hasta el camión de comida. Nicole se me adelanta y pide un hot dog que trae de todo, yo pido uno simple. Ella come con ganas, como si no hubiera comido hace días y luego ya está pidiendo que le preparen otro. La verdad es que no sé dónde puede meter tanto esta chica tan menuda.

Estoy seguro que, si se metiera a uno de concursos de comer hots dogs, ella ganaría por paliza. No puedo evitar sonreír al pensar en eso y ella me mira con curiosidad.

—Espera... —dice, yo me quedo quieto al escucharla, ella acerca su mano y pasa su dedo pulgar por la comisura de mi boca—. Es que tienes un poco de salsa.

Con mi mano tomo su muñeca, sus ojos me miran de una manera provocadora lo que me hace querer llevar su mano hasta mi boca y chupar su dedo pulgar. Juro que en este instante puedo sentir cómo la sangre corre con mucha rapidez por mis venas... Esto está mal, esto está muy mal.

—Gracias —digo soltándole la mano y tomando la bebida que tengo frente a mí bebiendo un largo sorbo, tratando de que no se note mi nerviosismo.

Ella habla como si nada, sonrío y habla de un sinfín de cosas. La verdad es que yo no estoy prestando demasiada atención a lo que dice, pero si al movimiento de su boca, a esos labios carnosos que se abren y cierran y a los cuales, en este preciso instante, me lanzaría a besar sin piedad.

¡Maldita sea! Me digo mentalmente y vuelvo al presente, regañándome, tratándome de la peor forma en la que puedo hacerlo, pero es que realmente me estoy muriendo de deseo por esta chica y es verdad eso de que dicen que se desea lo que no se puede tener.

Pido otra bebida bien helada y la bebo de golpe. Nicole dice que ya quiere volver a casa y dentro de mí agradezco que mi día junto a ella esté por terminar. Nos subimos al auto y manejo de vuelta a la mansión.

Una vez en nuestro destino me bajo a abrirle la puerta y luego voy hasta el maletero para entregarle sus compras.

Veo que Gustav Cross viene saliendo de la mansión. Su chofer carga un par de maletas y Nicole se acerca corriendo hasta llegar a su padre.

—Papá —dice Nicole lanzándose a abrazar a su progenitor— ¿Ya te vas?

—Sí, hija. Tengo que salir dentro de un par de horas. Y tú, veo que andabas de compras —pregunta él cuando me ve cargando las bolsas de la boutique.

—Sí, fui por el vestido para el baile del gobernador. ¿Recuerdas que esta semana es el baile?

—Sí, hija y lamento no estar aquí para poder ir contigo.

—No te preocupes, estaré muy bien —dice ella y le besa la mejilla a su padre a modo de despedida. Luego se gira hacia mí, toma las bolsas, me despide y entra en la casa.

Yo la veo desaparecer y luego muevo mis ojos para encontrarme con la especulativa mirada del señor Cross. Trago en seco cuando veo cómo me fulmina con los ojos, yo aclaro mi garganta.

—Parker... me gustaría hablar un segundo con usted —dice para luego comenzar a caminar hasta su auto.

—Claro, señor. Usted dirá —digo y trago el nudo que se ha comenzado a formar en mi garganta.

—Mi hija me ha dicho que usted será su pareja en el baile del gobernador— dice de forma seria, casi con un poco de desagrado se podría decir.

—Sí, señor... bueno... yo no... no...

—No tuvo otra opción. Lo sé, Parker. Sé cómo de insistente puede ser mi hija y de seguro no le ha dejado otra salida.

—Señor Cross, la verdad...

—No quiero que diga nada, solo quiero que escuche con atención lo que le voy a decir —se acerca un poco más a mí y casi en un susurro entre dientes dice—: Solo espero que no se confunda, Parker, solo eso. Sé que es un hombre muy inteligente y entenderá lo que le digo.

—Claro, señor —digo y me cuadro derecho, como si fuera un militar que está frente a su general.

—Bien, hijo. Espero que no pase nada malo en mi ausencia. Le confío a mi hija, cuídela mucho, ¿quiere?

—Por supuesto, señor Cross. La cuidaré muy bien, no se preocupe por eso.

Él asiente con la cabeza y sube al auto que, luego de un par de segundos, se pone en marcha y sale de la propiedad.

Me quedo parado en el mismo lugar donde me ha dejado el señor Cross, pensando en la advertencia velada que me acaba de lanzar. “*Solo espero que no se confunda*” me ha dicho y sé que con eso se refiere a que ni se me pase

por la cabeza mirar de más a su hija.

Suelto un gruñido de rabia, porque siento que en cualquier momento voy a explotar. Camino hasta mi motocicleta y me digo que me tengo que controlar, que soy un profesional, el mejor negociador del SWAT en los últimos años, como dice mi amigo Rick, no puedo mezclar el trabajo con lo que siento.

Me subo a la moto y vuelvo a mirar hacia arriba, a la ventana de Nicole y ella está ahí. Me despide con su mano y yo me la quedo mirando. Luego me pongo el casco, bajo la visera y salgo como alma que lleva el diablo de la propiedad.

Paso a toda velocidad por la ciudad hasta llegar a casa. Marte me recibe como siempre, lanzándome un par de fuertes ladridos y saltando de alegría por verme.

Voy hasta la cocina, le doy un poco de comida a mi amigo perruno y luego saco una cerveza desde el refrigerador.

Me voy a la sala, busco algo que ver en la televisión, algo que me distraiga de lo que mi mente está pensando, algo que no me deje pensar en Nicole.

Marte llega a mi lado y apoya su gran cabeza en mi pierna. Lo acaricio con la mano, él me mira como si intuyera lo que me pasa. Suelto un suspiro cansino y le digo a mi perro:

—Estoy jodido, Marte. Estoy realmente jodido.

Doce

Nicole

Veo cómo Lukas sale a toda velocidad de la mansión sobre su moto. Vi que mi padre hablaba con él, solo espero que no haya sido muy pesado.

Ayer le comenté que Lukas sería mi pareja en el baile del gobernador y a él no le pareció una buena idea.

Al final no tuvo caso que siguiera diciéndome cosas, sabe que no voy de dar mi brazo a torcer tan fácilmente, así es que no le quedó otra que aceptar mi deseo.

Solo quiero que llegue el día del baile. Solo quiero estar una noche con Lukas como una pareja normal, aunque sé que no lo somos, pero quiero fantasear que es así.

Miro el vestido de fiesta que está sobre la cama, es tan bello, creo que no pude haber hecho una mejor elección. Lo tomo y lo guardo en el armario esperando el día para ser usado.

Me meto al baño y lleno la tina de agua, quiero mimarme y darme un baño de espuma. Cuando el agua ya está lista me meto en ella, cierro los ojos y no puedo evitar pensar en que me gustaría compartir con alguien esta tina. Para ser más exacta, me encantaría estar con Lukas en este momento.

Siento que un calor sube desde mi entre pierna hasta mi cuello secándome la garganta. Abro los ojos mientras siento cómo mi corazón late con más rapidez amenazando con salirse de mi pecho.

Nunca antes me había sentido así por un hombre. Y así como deseo que él esté junto a mí, mi mente me dice que eso no va a pasar, que él tiene pareja y, aunque nunca hable de ella, debe ser alguien muy especial en su vida.

Salgo del agua un poco más relajada de cuerpo, pero con mi mente pensando

en un montón de cosas. Dos golpes suenan en mi puerta, sé que es Helen y le pido que entre.

—¿Estás bien, Nicole? —me pregunta nada más entra a mi habitación cargando una bandeja con comida.

—Sí, Helen, estoy muy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por tu cara, querida. Parece que acabas de recibir una mala noticia.

Cómo se nota lo bien que me conoce esta mujer. Si con solo mirar mi rostro sabe lo que sucede en mi interior, pero no puedo decirle nada de lo que siento. No puedo decirle que me gusta mi guardaespaldas.

—No es nada, Helen, solo estoy un poco cansada —digo, pero sé que no me ha creído ni media palabra.

—Te traje algo de comer y un té de hierbas para que duermas muy bien.

—Gracias —le digo y me levanto de la cama para abrazarla y besarle una mejilla.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí, ya te lo dije. Estoy bien.

—Bueno, te dejo para que descanses.

Ella se despide y sale de mi cuarto. Me tomo el té de hierbas a ver si estas son tan milagrosas como dice Helen y me hacen dormir de un tirón.

Me meto en la cama, reviso algunos mensajes en mi móvil y luego lo apago. Quiero dormir y no quiero que nadie me interrumpa. Luego de una media hora mis parpados pesan, creo que el té de Helen sí es bueno y ha empezado a hacer su efecto y entro en un sueño agradable.

El día del baile del gobernador ya está aquí. Le he dicho a Lukas que no venga a casa hasta la noche y tuve que prometerle que no saldría de la casa en todo el día para que me hiciera caso.

Me estoy maquillando frente al espejo del baño, quiero un maquillaje muy sutil, nada recargado.

He decidido llevar mi cabello recogido en un moño suelto a la altura de la nuca para lucir la espalda del vestido.

Me pongo unas sandalias de tiras en color plata y luego me pongo el vestido. Es un hermoso diseño de *Zac Posen* en tono nude, bordado delicadamente con lentejuelas plateadas. Tiene un generoso escote que está a unos tres dedos sobre el ombligo, además del escote en la espalda.

Frente al espejo me miro por todos lados para ver que todo esté perfecto.

Tomo el pequeño bolso plateado que hace combinación con el vestido y meto ahí mi móvil y una barra de pintalabios.

Helen llega hasta mi habitación para avisarme que Lukas ya está esperando por mí abajo. Ella me dice lo bien que me veo, pero yo me vuelvo a mirar al espejo solo para constatar de que todo esté perfecto.

Salgo del cuarto y llego a la escalera. Estoy arriba y veo a Lukas que está a los pies de esta, de espaldas a mí, vestido con un traje negro y lustrosos zapatos de charol.

Aún no se ha percatado de mi presencia, así es que me quedo un poco más admirando su ancha espalda y lo bien que luce en ese traje.

Paso mi vista de arriba abajo y me tengo que morder el labio inferior para no soltar un gemido. Bajo un escalón, luego otro y le dedico un silbido a modo de piropo, él gira y se queda mirándome fijamente mientras yo bajo. Se arregla la corbata de moño, se la mueve otra vez, de seguro le molesta demasiado, y es así que consigue dejarla torcida.

—¡Qué guapo estás, Lukas! —Me acerco hasta él y estiro mi mano para arreglarle la corbata. Él da un paso atrás como si lo fuera a atacar o algo—. Quédate quieto, tienes la corbata mal puesta.

Él se queda quieto, me vuelvo a acercar y ahora sí puedo poner la corbata en su lugar. Él inspira hondo y nervioso, lo puedo notar por como abre sus fosas nasales.

—Gracias —dice casi en un susurro y baja la cabeza.

—¿Y bien? ¿No dirás nada sobre mi vestido? —digo girando graciosamente sobre mis pies.

—Luces... luces muy bien. —Es todo lo que dice luego de aclararse la garganta.

—¿Solo bien? ¡Oh, qué mal! —digo haciendo un puchero— Bueno, pero ni al caso, ¿no?

—Nicole, bueno... tú sabes... luces bien... Quiero decir, más que bien... tú sabes... luces espectacular —dice luego de darle muchas vueltas al asunto.

—Gracias, Lukas —digo sonriéndole ampliamente— ¿Nos vamos?

—Por supuesto —dice y me ofrece su brazo para salir de casa.

Al pasar mi mano por su brazo y quedar un poco más pegada a él, siento la dureza del arma que lleva consigo. No puedo evitar sentir un escalofrío y aprieto más mi mano en su antebrazo.

—¿Tenías que traerla hoy, Lukas? —Él me mira sin saber a qué me refiero—

La pistola... ¿Era necesario que la trajeras?

—Nicole, hoy soy tu pareja en este baile, pero también soy tu guardaespaldas, no olvides eso.

—Lo sé, disculpa.

Entramos en el auto y él conduce hasta el salón donde, año a año, se celebra el baile del gobernador.

Llegamos y vemos que hay mucha gente vestida con sus mejores galas. La prensa también está ahí tratando de obtener la mejor foto de celebridades y de gente importante del gobierno. Los flashes me ciegan por un momento y Lukas es el que me guía hasta que ya estamos dentro del salón.

El salón está casi repleto de gente y solo se puede oír como si se estuviera dentro de un panal de abejas. Voy saludando a gente que conozco, hasta que llegamos al centro del baile.

Hay un escenario donde una banda toca una suave melodía para amenizar la velada, ahí mismo se encuentra el estrado donde el senador Litman dará un discurso de bienvenida al baile dentro de poco.

Un mesero cargando una bandeja con copas de champaña pasa por mi lado y yo tomo dos copas y le alcanzo una a Lukas.

—Estoy de servicio, ¿recuerdas? Se supone que no beba nada.

—¡Qué aburrido! No creo que por beber solo una copa tus súper poderes desaparezcan.

Él me mira y veo que una de sus comisuras se levanta aunque él lo trate de evitar. Está sonriendo y yo le sonrío de vuelta. Él toma la copa y sin decir nada, ambos la alzamos brindando por esta noche.

Seguimos caminando y nos acercamos al bufet donde comemos algo. De reojo noto como varias de las mujeres presentes miran a Lukas descaradamente. Yo resoplo y me dan ganas de decirles, *atrás brujas, él es mío*. Pero sé que no es así, vuelvo a la realidad de golpe y no me gusta como eso me hace sentir.

A lo lejos puedo ver al senador y su esposa y su lado a Jack. Está solo, no sé si se habrá encontrado alguna acompañante, pero la verdad es que no me interesa en lo más mínimo.

Anuncian al gobernador, y él y toda su familia, suben al escenario. Él agradece los aplausos y da la bienvenida al baile.

Jack me encuentra con la mirada entre la gente y se queda mirándome fijo. Yo, en un acto reflejo, me acerco más a Lukas y me ciño fuertemente a su brazo.

—¿Todo bien? —me susurra al oído de seguro sorprendido de mi agarre.

—Sí, todo bien —digo y quito mi vista de Jack para mirar a Lukas.

El discurso termina, los aplausos son más fuertes y el baile se da por inaugurado.

La banda comienza a tocar algo de jazz. Si mi padre estuviera esta noche conmigo ya estaríamos en la pista de baile. Él adora estos temas antiguos, siempre lo veía bailando con mamá en el salón de casa. Escuchaba la música y bajada desde mi cuarto para escabullirme entre las cortinas para que nadie me viera y me quedaba mirando como ellos bailaban con gracia, se miraban con amor y dulzura, se sonreían cómplices, eso me encantaba, y me pregunto si alguna vez yo podré experimentar un amor así.

Bebo otra copa de champaña, Lukas me advierte que vaya lento, pero yo hago como que no lo escucho. La banda toca otra canción y esta me encanta y quiero bailarla.

Tomo la mano de Lukas que me mira a los ojos y luego a su mano y tiro de él hasta la pista.

—¿Qué haces? —dice mientras me sigue el paso.

—Quiero bailar. Vamos, solo es un baile.

—Es que yo... no... Nicole —escucho su protesta, pero ya es tarde, ya estamos en el medio de la pista.

Trece

Tomo su mano y la pongo en mi cintura, deslizo mi mano sobre su hombro y tomo su otra mano. Él está descolocado, puedo sentir que su mano tiembla un poco en mi cintura. Me acerco más a él.

—Parece que estoy bailando con una estatua, relájate.

—Es lo que traté de decirte cuando me tirabas hasta aquí. No sé bailar, Nicole.

—Solo sígueme, no es tan difícil —digo y veo cómo traga en seco cuando me acerco mucho más a su cuerpo.

La música sigue y nos mecemos con suavidad. Gracias al cielo que Lukas aprende rápido y lo mejor de todo, no me ha pisado los pies ni una sola vez.

Estando tan cerca vuelvo a notar el arma bajo su traje y algo que él me ha dicho antes llega a mi mente.

—¿Sabes? Creo que tienes razón —digo separándome un poco para mirarlo a la cara.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de enfrentar mis miedos. Tú dijiste que debía enfrentar el miedo que tengo por las armas de fuego. Y también me dijiste que me podías enseñar y creo que debería aceptar. Así es que, quiero que me enseñes a disparar.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —digo con convicción.

—Bien, entonces cuando quieras te llevaré al polígono de tiro que usamos en el SWAT.

—Bien —digo y espero que la valentía no me abandone llegado el día—. Pasado mañana. Será pasado mañana.

—Bien.

La canción termina y empieza otra, pero creo que ya es hora de dejar de

torturar a mi acompañante. Volvemos a la mesa del bufet y ahora tomo una soda y como algún bocadillo.

—Nicole, hija, qué bueno es verte por acá —giro al escuchar la familiar voz que me saluda.

—¡Tío! —saludo y lo abrazo con cariño— Qué alegría verte.

—Sí, Nicole. —Él mira fijo a Lukas que se ha puesto a mi lado y yo, en un acto reflejo, me prendo de su antebrazo—Y vienes acompañada de tu...

—De mi amigo, tío Alan. Lukas Parker, el es mi tío Alan Cross.

—Señor Cross —saluda Lukas estirando la mano que es estrechada por mi tío.

—Bien, supongo que a tu acompañante no le importará si te robo por unos minutos para ir hasta la pista de baile.

Lukas me deja libre y hace una especie de reverencia con su cabeza. Ahora me cuelgo del brazo de mi tío y caminamos hasta el gentío en la pista de baile.

—¿Con tu guardaespaldas? ¿De verdad, Nicole?

—Hoy no es mi guardaespaldas, es mi pareja.

—¿Y tu padre lo sabe?

—¡Claro que sí! —digo un poco enfadada por la forma en que me mira, como si yo estuviera haciendo algo muy malo.

—Está bien, está bien —dice ahora con tono pausado tratando de calmar la situación—. Es solo que no me parece que un empleado se tome tanta confianza con su jefa.

Yo dejo de bailar. Me está jodiendo de sobremanera el modo en que mi tío se está refiriendo a Lukas.

—Yo le pedí que me acompañara, él aceptó, no veo nada de malo en eso, tío.

—Nicole, no te enfades conmigo, yo solo digo que...

—No quiero oírte, lo mejor será que me vaya. Adiós, tío.

Le beso la mejilla a mi tío y salgo de la pista donde me vuelvo a encontrar con Lukas que me mira y de inmediato sabe que algo anda mal conmigo. Pero antes de que hable levanto mi mano y con eso le pido que no pregunte nada.

—Quiero irme de aquí.

—Está bien, vamos. —Él me toma de la mano y me saca del salón hasta llegar a la calle donde pide el auto.

—Sé que no quieres que pregunte, pero ¿estás bien?

—Sí, Lukas, estoy bien.

Él asiente con la cabeza y nos quedamos esperando el auto que tarda un poco en llegar. No quería que esta noche terminara así, no quiero alejarme de Lukas,

necesito estar junto a él por un par de horas más.

—¿Tienes hambre? —pregunta una vez que ya estamos dentro del auto.

—Siempre —le digo sonriendo y él sonríe también lo que hace que me olvide del incidente con mi tío.

—Bueno, ya que estamos tan elegantemente vestidos... ¿Qué te parece que vayamos a cenar a algún lado? ¿Quieres ir a un lugar especial?

—Suena genial.

—Bien. ¿Comida China? —me pregunta.

—Por favor —digo y aplaudo con mis manos como una pequeña niña emocionada.

Vamos a un restaurante de comida china y pedimos para llevar. Nos subimos al auto y Lukas comienza a manejar y no sé a dónde es que me lleva.

Hasta que llegamos a un mirador y no puedo más que contener el aire ante lo que veo. Él llega hasta mi puerta, la abre y me estira su mano para ayudarme a salir.

—Bienvenida a la ciudad del billón de luces —dice haciendo una reverencia como un caballero antiguo.

Estamos en lo alto de la ciudad. A nuestros pies la ciudad de Los Ángeles brilla en todo su esplendor, como si miles de pequeñas velas hubieran sido encendidas para nosotros.

—Esto es bellísimo —digo sobrecogida por el bello paisaje que tengo ante mí.

Siento que Lukas pone sobre mis hombros su chaqueta y deja sus manos por unos segundos ahí y yo quisiera que me abrazara para sentir el calor de su cuerpo, pero eso no sucede. Él se aparta con rapidez y entra en el auto para sacar la comida que hemos comparado.

Me siento en el capot del auto y Lukas me hace compañía. Noto que ha tenido la deferencia de quitarse la pistolera para que no esté intranquila.

—¿Cómo encontraste este lugar? —pregunto mientras tomo un poco de comida con los palillos chinos.

—Un día tomé mi motocicleta y salí de la ciudad. Comencé a dar vueltas hasta que llegué aquí. Este se ha convertido en mi lugar favorito. Siempre que puedo vengo ya sea para escapar un poco del bullicio o para pensar.

Seguimos comiendo en silencio y no pudo evitar que una pregunta que hace días ronda mi cabeza salga de mi boca.

—Lukas, ¿por qué no estás en el SWAT? —Su mandíbula se tensa al escuchar

mi pregunta, pero no dice nada—. Bueno, digo, sé que soy un amor de persona, pero, ¿por qué venir a trabajar aquí si eres un SWAT? Mi padre dijo que eras uno de los mejores.

—Nicole —dice bajándose del capot—, ese tema no es algo de lo que quiera hablar, menos contigo.

—Pero... pero, tengo curiosidad...

—Y yo no diré nada para saciarla. Así es que lo mejor es que terminemos con el tema, ¿quieres?

—Lukas...

—No, Nicole —dice enojado y con el ceño fruncido—. Ahora sube al auto.

Él ya se encuentra dentro del Mercedes y lo enciende antes de que yo entre en él. Me pongo el cinturón de seguridad y él sale a toda prisa desde el mirador.

El camino hasta la mansión lo hacemos en total y frío silencio. Quisiera saber qué fue lo que le molestó tanto de mi pregunta. Qué de malo tiene que quiera saber por qué está aquí conmigo en vez de estar en su unidad. ¿Tan malo fue lo que sucedió que él no quiere ni siquiera que le mencionen el tema?

Ya puedo ver la mansión a lo lejos. Nos queda poco tiempo juntos, no esperaba que la noche terminara de esta manera.

Llegamos a la mansión y él detiene el auto en la puerta de casa. Se baja con rapidez y llega hasta la puerta del copiloto para abrirla y para ayudarme a bajar. Toma mi mano y yo siento la tibieza de su piel. Me lo quedo mirando directo a los ojos pidiendo alguna explicación, pero él baja la mirada y se vuelve a cerrar en banda ante mí.

—No te olvides que pasado mañana me llevarás al polígono de tiro —digo para hacer algo de conversación y acabar con aquel momento tan tenso entre los dos.

—Por supuesto —dice cortante y yo me quito lentamente su chaqueta para devolvérsela—. Buenas noches.

—Buenas noches —digo y giro sobre mis talones para entrar en la casa, pero no alcanzo a dar tres pasos, giro otra vez y veo que continua parado en el mismo lugar.

Si no lo hago voy a morir, me digo mentalmente. Si no lo hago, sé que me arrepentiré el resto de mi vida. Quiero hacerlo, necesito hacerlo.

Tomo el ruedo de mi vestido y doy una corta carrera hasta llegar al lado de Lukas que me mira con los ojos muy abiertos y yo, sin dar más rodeos, me cuelgo de su cuello y me lanzo a su boca. Lo beso y él abre la boca para

recibir mi lengua.

Es así como esperaba terminar mi noche, con la boca de Lukas besando la mía como lo está haciendo en este momento.

Siento algo tan exquisito dentro de mí y no quisiera despegarme nunca de sus labios, pero debo hacerlo. Terminó el beso y le doy un suave tirón a su grueso labio inferior.

Cuando me separo, él aún continúa con la boca entre abierta y los ojos cerrados. Es un pecado dejarlo así, pero creo que por hoy fue suficiente para ambos.

—Buenas noches —digo y ahora, sin mirar atrás, corro hasta el interior de la mansión y subo a toda prisa por las escaleras hasta mi habitación.

Lo besé, no me pude contener. Lo besé y no me arrepiento de haberlo hecho. Solo espero que esto no cambie de golpe las cosas entre los dos. Pero a quién quiero engañar... Esto lo ha cambiado todo.

Catorce

Lukas

No puedo creer lo que acaba de suceder. Aún estoy parado como una estatua en el portal de la mansión Cross tal cual como Nicole me dejara luego de que me besara.

No sé en qué estaba pensando ella cuando se lanzó a mi boca, pero tengo que reconocer que, así como me ha dejado sorprendido, también me ha gustado mucho... Demasiado.

Mis pies se niegan a moverse, es como si estuviera anclado a este lugar. Mi primer impulso luego del beso fue querer seguir a Nicole hasta el interior de la mansión y seguirla besando, pero sé que no es correcto.

Estaciono el Mercedes en su lugar y luego tomo mi moto y salgo con más rapidez que nunca de ese lugar. Solo quiero llegar a casa, solo quiero no pensar en ella, pero me es imposible.

Si antes ya era difícil, ahora, luego de probar sus labios, creo que será imposible sacarla de mi cabeza.

Sabía que hacer de su pareja en este día era una muy mala idea. Sabía que trabajar para ella podría llegar a ser mi perdición. Pero ya está hecho, ella me besó y no puedo huir de mi trabajo como un cobarde.

Mañana no la veré, mañana será un día de descanso y de pensar en qué hacer con Nicole y con esto que estoy sintiendo por ella y que cada día que pasa se va haciendo más fuerte.

Llego a casa y me saco la maldita corbata que parece que en este momento me quiere ahorcar. Me voy al baño y me quito el traje para meterme en la ducha. Bajo el chorro de agua vuelvo a pensar en ella, en el dulce sabor de sus labios, en su cuerpo pegado al mío, en su lengua jugando con la mía.

Pongo la frente en la fría baldosa de la ducha y trato de respirar hondo una, dos, tres veces, a ver si así, ella desaparece de mi mente, pero es en vano, ella sigue instalada ahí a todo color.

Maldición... Esto se me escapa de las manos. Yo no estoy para mantener una relación en secreto, no me gustan esas cosas. No soy un crío de primaria que tenga que andar escondiéndose para besarse con la chica que le gusta. No, eso no va conmigo.

Tendré que hablar con ella y hacerle ver el enorme error que cometió y que lo mejor será que no se hable más del tema.

Una parte de mí se siente triste porque ella me gusta, me gusta de verdad y me hubiera encantado haberla conocido en otra circunstancia y realidad.

Estamos tan cerca y tan lejos a la vez que me desespera y de pronto mi mente sopesa dejar el trabajo. Tal vez deba renunciar y buscar otra cosa que hacer o... debería volver al SWAT.

Sacudo mi cabeza y la vuelvo a meter bajo el agua a ver si esta me aclara los pensamientos. Me quedo así por un minuto y luego decido salir de la ducha. Me ato una toalla a la cintura y voy hasta la cocina donde Marte ya me espera para que lo alimente.

Le doy comida a mi perro y yo busco en un mueble de la cocina una botella de licor que tengo guardada en caso de emergencia. Y creo que esto califica como una emergencia.

Saco la botella de *Grey Goose* y me sirvo un vaso del tanpreciado vodka y me lo bebo de golpe. Siento que quema, pero no lo suficiente así es que me sirvo otro y repito el mismo proceso.

Me llevo la botella hasta la sala y me siento en el sofá. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos tratando de que el licor haga pronto su efecto y me deje sin pensamientos, eso es lo único que quiero en este momento.

Creo que ya solo me queda un vaso en la botella, no sabía que tenía tanto aguante para beber, pero ya puedo notar que estoy algo lento, ya estoy borracho.

Todo a mi alrededor da vueltas, me levanto y vuelvo a caer en el sofá, pero no me doy por vencido y ahora gateando, me voy hasta mi habitación.

Marte cree que esta es una especie de juego y trata de impedirme el paso. Lo regaño, pero no me hace el menor caso. Por fin llego hasta mi habitación y logro subir a mi cama. Me tiro como un cadáver, ya no puedo abrir los ojos.

—Nicole... —Es lo último que recuerdo que sale de mi boca antes de que todo se vuelva negro.

Despierto sobresaltado por el sonido del teléfono de casa, pero no me puedo ni mover desde donde estoy, así es que dejo que el maldito aparato siga sonando mientras yo meto la cabeza bajo la almohada a ver si así logro mitigar un poco el molesto ruido.

El sonido cesa, pero ahora es mi móvil el que empieza a sonar. No tengo ganas de hablar con nadie, me duele la cabeza y no tengo ganas de nada. El móvil se detiene y ahora vuelve a sonar el teléfono de casa... ¡Esto es un martirio!

Me incorporo a duras penas en la cama, la botella de *Grey Goose* que bebí anoche me está pasando la cuenta hoy.

El teléfono para y ahora vuelve a sonar el móvil. Estiro mi mano hasta la mesa de noche y a penas si logro enfocar el nombre de quien me llama con tanta insistencia. Hasta que al fin logro ver el nombre de mi madre.

—Nooo —digo casi en un lamento, pero le contesto.

—Lukas, ¿estás bien? —me pregunta ella preocupada.

—Sí, mamá. Estoy bien —le respondo desanimado. Lo único que quiero en este día es morirme, porque me siento fatal.

—¿Seguro, hijo? Porque te oyes muy raro. Y como no atendías el teléfono, pensé que te había sucedido algo malo.

—No me ha sucedido nada, todo bien, mamá.

—¿Y vendrás a almorzar hoy? —dice y yo cierro los ojos y tengo todas las ganas de decirle que no—. Estoy preparando tu plato favorito... Lasaña.

Mi madre sí que sabe de chantaje. Se supone que el negociador experto aquí soy yo, pero creo que ella me lleva la delantera hoy.

—Mamá... —digo pero no alcanzo a terminar la frase para negarme.

—No vas a decir que no. Te espero aquí para almorzar. De seguro aún estás acostado. Levántate, ya pasa del medio día.

Y me corta la llamada, y con eso, quiere decir que es una orden que no puedo desobedecer.

Me levanto de la cama. Anoche me quedé dormido sobre ella, semi desnudo solo con la toalla que estaba atada a mi cintura. Siento que la cabeza me va a explotar y voy hasta el baño para tomar algún analgésico y aprovecho para meterme bajo la ducha de agua fría, a ver si así, esta maldita resaca me deja libre aunque sea un poco.

Me visto con jeans y camiseta y luego voy a la cocina por un poco de café,

pero antes me bebo una botella de un litro de agua casi de golpe.

Tomo el café y ya me siento un poco mejor. Si No fuera porque mi madre es capaz de venir hasta mí casa a ver si estoy bien y que además está el hecho de que preparó mi plato favorito, este día lo pasaría tirado en el sofá o en mi cama.

Los recuerdos de la noche anterior vienen a mí como fantasmas torturadores. Aún puedo sentir los labios de Nicole sobre los míos y eso hace que la piel se me ponga de gallina... Nunca pensé en que llegaría a desear tanto a una mujer. Sacudo mi cabeza para apartar a Nicole de mis pensamientos. Me niego a estar todo el día pensando en ella como un tonto enamorado. NO. Esto se acabó aquí, digo para mis adentros. Tomo mi casco, una chaqueta y salgo de casa para ir a la de mi madre.

Siento una gran rabia conmigo mismo y eso me hace acelerar la velocidad de la motocicleta. No debí permitir que las cosas fueran más allá con Nicole. Para empezar nunca debí comenzar a tutearla, debí seguir tratándola de señorita Cross y así recordar quién es ella y quién soy yo.

Llego a casa de mi madre quien me recibe con una amplia sonrisa como siempre. Me besa la mejilla y toma mi cara entre sus dos manos para escrutarla y ver si de verdad me encuentro bien.

—Hola, hijo. Vamos a la cocina, ya está casi lista la lasaña.

Al escucharla decir eso no puedo evitar que la boca se me haga agua. Además, con la resaca que traigo a cuestas, me ha bajado un hambre del demonio.

La sigo hasta la cocina y me siento a la mesada. Ella me pregunta si quiero algo y yo le pido una soda con hielo. Me la sirve y me mira risueña, como si quisiera decirme algo, como si quisiera hacerme una pregunta, pero no se atreve.

Va poniendo los manteles individuales y los cubiertos y sigue con la misma actitud hasta que yo no aguanto más y la encaro.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Qué pasa? Eso es lo que quiero saber yo —me dice sonriendo.

—Es que no sé a qué te refieres y hoy no estoy con la mente tan lúcida como para seguirte el juego.

—Eso lo sé, Lukas —ella camina hacia el otro lado de la cocina y vuelve hasta mí con el periódico entre sus manos—. Mira, hoy saliste en la prensa.

Yo abro los ojos desmesuradamente y una punzada me golpea la sien. Creo que necesito un analgésico más fuerte. Miro el periódico y veo una foto mía junto a

Nicole en el baile del gobernador.

—¡Maldición! —digo por lo bajo.

—Te vez tan guapo, querido. Y ella es una belleza. Me dijiste que era linda, pero es hermosa... y hacen tan linda pareja.

—No, mamá... No te pases películas por la cabeza. Yo anoche estaba trabajando...

—¿Trabajando? Pero si ibas del brazo con ella.

—Sí, pero no... Lo que quiero decir es que ella insistió en que fuera así, pero yo estaba de servicio. Me pidió que fuera su acompañante, no quería llamar la atención con un guardaespaldas pegado a ella toda la noche.

—Mmm —dice ella volviendo a mirar la fotografía y luego me mira a mí—
Pues yo creo...

—Tú no crees nada, mamá, nada. Esto es lo que es. Es mi trabajo y punto. Y ahora quiero comer... en paz, por favor.

Ella se queda callada ante mi actitud, sé que quiere decir un par de cosas más, pero se contiene para evitar una discusión.

Ella comienza a servir la comida y luego derivamos a otros temas como el tiempo, los vecinos y cosas banales y yo de verdad que le agradezco que sea tan atinada y no me meta el dedo en la yaga con lo de Nicole.

Mi madre me pide que la acompañe al supermercado a hacer algunas compras y luego de tomar un café, nos vamos en su auto. Llegamos al supermercado y le ayudo a conseguir todo lo que necesita.

La verdad es que me gusta estar con mi madre, menos cuando se mete en mi vida privada o cuando me trata de conseguir novias o empieza con la cantaleta de que ya es hora de que me case y le dé nietos.

Terminamos las compras y nos vamos hasta una heladería. La heladería de mi niñez para ser más exacto. Cada vez que veníamos de compras, papá y mamá me traían a este lugar y me compraban una gran copa de helado.

—Hijo —comienza a hablar ella cuando ya estamos sentados a una mesa con nuestras copas de helado—, siento haberte preguntado sobre aquella chica. Sé que no debí decirte nada, sé que no te gusta hablar de tu vida privada.

Yo tomo una honda respiración, resignado a que esta conversación continúe, pero tengo que dejarle bien en claro a mi madre que no tengo una relación con la señorita Cross.

—Madre, sé que lo único que deseas en esta vida, aparte de conocer a

George Clooney, es verme con una chica...

—No me puedes culpar por eso, Lukas. Los años pasan, yo me hago vieja y...

—No lo digas —la paro para que no siga hablando y a decir que se va a morir, porque esa idea me desagrada de sobremanera—. Por favor, no lo digas.

—Está bien. Solo diré esto una última vez para que no te molestes más de lo que ya estás. Me gusta esta chica para ti, Lukas.

—¿Pero qué locura estás diciendo, mamá? Nicole... no, ella no puede ser.

—¿Por qué no? Se nota que a ti te gusta y de seguro que a ella también le gustas y...

—Porque ella es hija de Gustav Cross, un magnate, un ricachón, ¿entiendes? Entre ella y yo no puede haber nada más que una relación laboral.

—No pienso que deba ser así. El mundo es otro, ya no vale esa cosa de las clases sociales.

—Mamá, te quiero mucho, pero de verdad, no sigas con el tema, por favor.

Ella asiente con la cabeza y termina de comer su helado. Yo no puedo comer más, toda esta conversación me han quitado las ganas. Cuando ella termina nos vamos de vuelta a su casa le ayudo a acomodar las compras y me despido con un beso para irme a casa.

No quiero pensar en todo lo que me ha dicho mi madre, no quiero volver a pensar en Nicole y en todo lo que es imposible entre nosotros.

Quince

Nicole

Estoy tomando desayuno esperando a que Lukas llegue. Hoy me llevará al polígono de tiro y por primera vez tendré un arma entre mis manos.

Un escalofrió baja por mi espalda solo de pensar en eso. Tal vez debería decirle que cambié de idea y que ya no quiero que me enseñe a disparar.

Pero luego pienso que tengo que enfrentar mis miedos de una vez. Además Lukas estará a mi lado, con él me sentiré mucho más segura.

Helen me avisa que él ha llegado y no puedo evitar sonrojarme. Pienso en lo osada que fui al besarlo la otra noche y creo que debería pedirle una disculpa. No me arrepiento de lo que hice, pero él tiene pareja y no se merecía que yo le hiciera algo así.

Salgo al pórtico y como siempre él está al lado del auto caminando de un lado a otro impaciente. Me causa gracia verlo así de inquieto y llego a su lado.

—Buenos días, Lukas —saludo y puedo notar que sus blancas mejillas se sonrojan un poco y es tan adorable. ¿Cómo me voy a contener de no querer besarlo otra vez?

—Buenos días —me contesta serio y me abre la puerta del copiloto para que yo entre en el automóvil.

Él se sube y pone en marcha el auto y salimos de casa. Vamos en total y hermético silencio, solo escuchando el sonido del motor del auto.

—Lukas, recuerdas que hoy quedaste de llevarme al polígono de tiro, ¿verdad? —digo para cortar el hielo que nos rodea.

—Por supuesto. Allá vamos.

Dice eso sin mirarme siquiera y volvemos al silencio sepulcral. Tengo que

hablar con él, explicarle por qué lo besé la otra noche.

—Lukas, yo quiero decirte algo...

—¿Qué cosa?

—Bueno... yo... la verdad... es que... —Uf, me está costando demasiado armar una frase completa—. Quiero hablar de lo que pasó la otra noche... El beso.

—Nicole, yo...

—No, deja que hable, por favor —digo impidiéndole a que tome la palabra—. Sé que te sorprendí, sé que no debí besarte, sé que tú estás con alguien y que no necesitas problemas...

—Nicole, es que yo...

—No digas nada, quiero decir esto antes de que muera de vergüenza.

—Bien.

—No pude evitarlo, ¿entiendes? Yo... yo me siento atraída hacia ti y sé que tú no, pero tenía que hacerlo, tenía que besarte y lo siento, de verdad que lo siento mucho.

Él no dice nada, sigue con la vista fija en la carretera y eso me hace sentir mal. Algo en mi interior se rompe, estoy decepcionada. ¿Pero qué esperaba? ¿Qué él me dijera te amo, Nicole?

—No hablemos de tema, ¿quieres? Olvidémonos de eso y ya.

Lo que dice es peor. Yo estoy segura que no podré olvidar sus labios y su forma de besar. Está claro que para él no fue más que un beso cualquiera.

Trago en seco el nudo que se ha formado en mi garganta y también aprovecho para guardarme mis sueños tontos con respecto a Lukas.

Llegamos a un lugar que él me dice es el polígono de tiro. La verdad es que con lo que acaba de suceder tengo cada vez menos ganas de entrar en este lugar.

Lukas saluda a un hombre que está en la entrada del lugar y este nos permite ingresar con el auto. Una vez estacionados nos bajamos del auto y Lukas me conduce hasta una especie de galpón gigante. Entro y ahí veo la parte donde practican los tiros, es igual que los que aparecen en las series de policías.

Hay un par de personas con su arma en mano, y al escuchar un disparo, doy en pequeño salto. Lukas sonrío y me pone una de sus manos en mi hombro para tranquilizarme.

Llegamos hasta una especie de cabina. Él carga el arma y la deja frente a mí sobre una especie de baranda. Toma un papel con el dibujo de un cuerpo y lo

pone en un cable, luego aprieta un botón y el papel, o mejor dicho mi blanco, vuela rápidamente hasta el final del galpón.

Estoy nerviosa, las manos me sudan y él me extiende un par de cascos de seguridad para que los ponga en mis oídos.

—Bien —dice él y me entrega la pistola la cual tomo con recelo—, no tengas miedo. Toma el arma entre tus manos, has blanco cerrando un ojo, aprieta el gatillo suavemente y dispara.

Me paro en la cabina con el arma frente a mí mientras él se para a mi espalda. Estoy temblando, de seguro algo saldrá mal. Espero no hacerle daño a nadie. Tomo una respiración, luego otra, cierro los ojos y disparo.

El disparo hace que mis manos salten y que dé un paso hacia tras. Choco con Lukas que me sostiene por la cintura para que no caiga sentada en el suelo.

—No estuvo mal —dice en mi oído quitándome uno de los cascos.

—No te burles de mí. Eso estuvo fatal. Nunca lo lograré —digo con frustración y a punto del llanto.

—Lo vas a lograr —dice él levantando mi mentón con su dedo y veo esos hermosos ojos azul cielo que me dan ánimos—. Inténtalo otra vez.

—Está bien —digo y vuelvo a tomar el arma. Él se para detrás de mí, muy pegado a mi espalda.

—Cuando hagas blanco, no cierres los dos ojos, solo uno. Abre tus piernas y ponte firme. —Con su pierna hace que abra un poco más las mías y pone sus manos en mi cintura. No sé si eso sea muy bueno para concentrarme—. Ahora dobla un poco el codo, pon el dedo en el gatillo y luego dispara.

Hago tal cual él me dice. Cierro solo un ojo y pongo el dedo en el gatillo. Siento el calor de su cuerpo pegado al mío, sus manos aún en mi cintura, tomo una honda respiración y disparo. Esta vez no doy un paso hacia atrás y no cierro los dos ojos.

Me siento confiada y vuelvo a disparar una vez y otra más hasta que el arma queda vacía. Lukas se separa de mí y aprieta el botón para que mi blanco vuelva hacia nosotros.

—Lo has hecho muy bien —dice sonriendo.

—¿Estás seguro? —digo cuando veo que las balas no han dado en ninguna parte mortal de la víctima —Creo que con suerte le disparé en una pierna.

—Bueno, eso es solo cosa de práctica. Lo importante aquí es que entraste a este lugar con un miedo a las armas y ahora has logrado disparar una. Eso es lo que vale.

Asiento con la cabeza y esbozo una sonrisa medio nerviosa. Veo que él pone un nuevo blanco en el cable y lo manda al fondo del galpón. Luego carga el arma, la revisa y me la vuelve a entregar.

—Vamos, otra vez —me dice y se vuelve a colocar tras de mí, pero esta vez no pone sus manos en mi cintura—. Recuerda todo lo que te dije.

Y así lo hago. Separo las piernas, tomo el arma entre mis manos, doblo un poco el codo, pongo el dedo en el gatillo y luego cierro un ojo, hago blanco y disparo. Ya me siento un poco más segura así que sigo disparando hasta que el arma está vacía por completo.

Lukas trae el blanco y ahora sí, las balas han dado en el pecho, casi cerca del corazón.

—Wow, ahora sí que lo mate al pobre.

—Muy bien —dice y creo que lo hace con un poco de orgullo o tal vez yo solo me lo estoy imaginando.

Me propone venir alguna otra vez para que siga practicando y yo acepto encantada. Ya es hora de irnos, tengo que ir a dar mi última revisión a la casa que tengo que entregar a su comprador.

Llegamos al condominio y entramos en la casa. Voy revisando habitación por habitación. Todo está perfecto, tal cual lo imaginaba, estoy muy satisfecha con este trabajo.

—Bien, todo está listo aquí. Hemos terminado en esta casa. Podemos irnos.

Lukas asiente con la cabeza y salimos de la casa y caminamos hasta el auto.

—¿A dónde vamos ahora? —me pregunta mientras se pone el cinturón de seguridad.

—Mmm... No sé, tengo ganas de comer. ¿Vamos a comer algo por ahí?

—Bien —dice él y pone en marcha el auto.

Lukas conduce por el tráfico de la ciudad de Los Ángeles. Es un día bastante soleado, perfecto para ir a la playa. Tal vez luego del almuerzo le pida que me lleve a dar una vuelta y así poder estar frente al mar.

Yo miro las calles, a la gente y su colorido. De pronto miro a Lukas, él está mirando por el espejo retrovisor, tiene el ceño fruncido y noto que acelera un poco el auto.

—¿Pasa algo? —pregunto y miro hacia atrás pero solo veo autos y más autos.

—Nos vienen siguiendo —dice serio, apretando el volante hasta que sus nudillos se vuelven blancos y en una esquina, gira a toda velocidad.

—¡Lukas! —grito asustada por que casi nos llevamos a un auto por delante—

¿Qué autos? ¿De qué hablas?

—Dos Honda Civic negros con los vidrios tintados. Nos han venido siguiendo hace mucho rato.

—¿Estás seguro? —pregunto porque tal vez está un poco paranoico.

—Segurísimo.

Trago en seco y vuelvo a mirar hacia atrás. Ahora veo con más claridad dos autos negros que se nos están acercando a gran velocidad. Lukas acelera otra vez el Mercedes, va esquivando autos y lo único que pasa por mi mente en ese momento es que, este día vamos a morir.

Dieciséis

—Lukas, ¿qué vamos hacer? —trato de no parecer desesperada al preguntar eso, pero sé que no lo he logrado.

—Tranquila, no va a pasar nada. Trataré de perderlos.

Él sigue manejando, esquivando cada auto que se nos cruza en el camino, los Honda hacen lo propio y yo veo que cada vez están más cerca de nosotros.

Lukas mira a un lado, mira a otro y luego al espejo retrovisor. De la nada pega un volantazo y se mete contra el tráfico en una calle. Acelera mucho más y salimos a otra avenida.

Miro hacia atrás y veo que ya no nos siguen, pero él no baja la velocidad. Sigue manejando con rapidez y de pronto veo que se mete a un edificio de estacionamientos.

Subimos los pisos en busca de un lugar. Ya en el cuarto piso encuentra uno y detiene el auto.

—Bájate —dice mientras se quita el cinturón rápidamente y sale del auto.

Yo me quedo adentro, como si estuviera atornillada al asiento. No me puedo mover luego de todo lo que acabamos de vivir. Él llega hasta la puerta del copiloto y la abre.

—Vamos, Nicole, camina. Tenemos que salir de aquí.—Yo solo puedo mirarlo como si no entendiera lo que me está hablando. Es él quien me quita el cinturón de seguridad, tira de mi mano y me saca del auto.

Me toma de una mano y me lleva caminando raudamente hasta las escaleras de emergencia. Trato de seguirle el paso, pero aún estoy un poco conmocionada por lo que acaba de pasar.

Ya estamos en el primer piso, él abre la puerta y salimos a una calle donde hay algunas tiendas. Lukas mira hacia todos lados, con la mano metida en su chaqueta, listo para sacar su arma si es necesario.

Caminamos un poco más, yo trastabillo por tratar de seguirle las largas zancadas que él da.

—Lukas... para... Lukas, por favor. — Él no me escucha, sigue caminando por la calle apretándome fuertemente la mano hasta que llegamos a una tienda de segunda mano y entra y yo obviamente no tengo otra alternativa que seguirlo.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto, pero él no me responde y se pone a dar vueltas por la tienda en busca de algo.

Me suelta la mano y camina hasta un pechero. Saca una sudadera de color negro con capucha, luego va hasta el mostrador y toma dos gorras de baseball. Las paga y luego me dice.

—Toma —me extiende la sudadera—, ponte esto.

Me coloco la sudadera como me pide y luego me pone la gorra sobre la cabeza y la cala hasta mis cejas. Él se pone la suya, paga las cosas que ha tomado y así salimos a la calle.

Me vuelve a tomar de la mano con fuerza, yo tengo miedo, me está comenzando a faltar el aire, creo que en cualquier momento seré presa de un ataque de pánico.

Bajamos por la calle hasta llegar a la avenida. Lukas hace parar un taxi y nos subimos en él. Luego le da una dirección al conductor y este sale al tráfico de la ciudad.

No digo nada, mi cuerpo comienza a temblar como si hiciera un frío glacial. No sé hacia dónde me lleva Lukas, no sé nada, solo que el miedo se ha apoderado de mí y tengo unas enormes ganas de llorar.

El taxi sigue su camino, va hacia alguna parte que no conozco y que la verdad no me importa. No puedo hacer nada, estoy como si fuera una estatua, sin moverme, casi sin respirar.

Llegamos a un suburbio. Una calle con varias casas muy parecidas una a la otra. Lukas paga el taxi y me pide que baje del automóvil. Yo dudo un poco, no quiero salir de la seguridad que en ese momento se significa el taxi.

—Vamos, Nicole. Todo está bien —me dice y logro bajar aunque no sé si mis piernas logran sostener mi peso.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa —dice caminando unos pasos hacia una reja de madrea pintada de blanco.

Yo me lo quedo mirando sin reacción alguna. Me ha traído a su casa... A su

casa. No quiero verle la cara a su novia en este momento, no estoy preparada para esto.

—¿Nicole? —me dice y veo que camina de vuelta hacia mí— ¿Estás bien?

—Yo... —digo en un susurro. Me siento mal, muy mal.

Él toma mi mano y me hace seguirlo. Mis piernas se sienten pesadas y mis pasos se tornan torpes. Él pone la llave en la cerradura de su puerta y de pronto se escuchan los ladridos de un perro. Por lo fuerte y grave de sus ladridos deduzco que debe ser un perro gigante.

—Tranquila — dice al ver que tengo miedo de entrar—, no pasa nada. Es Marte, mi perro.

Entro detrás de él y veo a un perro negro de gran cabeza, un Rottweiler que es todo saltos y alegría para con su dueño. Yo miro a mi alrededor, esperando a que en cualquier momento aparezca la mujer que vive en esta casa con Lukas y su perro.

—No creo que sea una buena idea que esté aquí. ¿No será mejor que me lleves a casa?

—No. De seguro que esos autos nos venían siguiendo desde allí. Llamaré a la mansión por si ven algo y diré que estás conmigo. Aquí estarás más segura de momento.

—Pero Lukas, no quiero que tengas problemas por mi presencia aquí.

—¿Y por qué iba a tener problemas por eso?

—Bueno... por tu novia... Yo... yo no quiero que ella me vea aquí y se enfade contigo y...

Él se acerca hasta mí y queda solo a medio metro de distancia. Yo miro a sus ojos, el azul claro ahora se ha oscurecido un poco. Siento que mis mejillas se calientan y trago en seco.

—Nicole, yo no tengo novia —dice curvando una de sus comisuras.

—Pero tú dijiste que... tú dijiste... dijiste que no vivías solo.

—Sí. Y es verdad.

—¿Entonces? —pregunto confundida ladeando la cabeza.

—Te dije que no vivo solo, porque vivo con Marte, mi perro. Nunca dije que viviera con una mujer, tú lo pensaste así.

Ahora sí que siento que me sonrojo hasta más allá de mi pelo. Me lo quedo mirado y sin más me pongo a llorar. Toda la adrenalina en mi interior mezclada con el miedo y con lo estúpida que me siento ante Lukas, hacen que, el llanto que había estado conteniendo, salga con ganas.

Él se acerca más y me abraza, yo acepto ese abrazo y con mis manos le rodeo la cintura con fuerza y vuelvo a llorar más desconsolada que antes. Él me acaricia la espalda de arriba abajo, tratando con eso hacerme sentir mejor. Siento su fuerte pecho contra mi cara y su perfume inunda mis fosas nasales. Me siento tan bien así, estando entre sus brazos, sería tan fácil acostumbrarme a esto.

Él se separa un poco de mí y con sus pulgares seca las lágrimas que van rodando por mis mejillas.

—Ya, Nicole. Todo estará bien —me dice con voz suave y dulce, como si estuviera hablando con una niña pequeña.

—No, no estará bien —digo en medio de un hipido—. No estará bien hasta que sepamos quién nos quiere ver muertos.

Yo me estremezco solo de pensar en la muerte. Un escalofrío sube por mi columna vertebral y él debe sentirlo porque me vuelve a apretar contra su pecho.

—Verás que sí. Pronto atraparemos a quien les está haciendo esto.

Quiero creer en sus palabras. Quiero creer que pronto todo se descubrirá y sabremos quién nos odia tanto como para hacer todo esto.

Yo sigo entre los brazos de Lukas, entre ellos me siento segura, como si nada malo me fuera a pasar si estoy aquí con él.

—Ven, vamos a la cocina por un poco de agua —me dice y se separa de mí, pero me toma de la mano para guiarme hasta la cocina.

Me quedo parada cerca de la mesada mientras veo que él se mueve por la cocina en busca de una botella de agua. Me la entrega y doy un gran sorbo.

—¿Quieres algo de comer?

—No... no quiero nada —digo y me pongo a llorar otra vez. No puedo evitarlo es más fuerte que yo.

Él me vuelve a abrazar, esta vez con más fuerza y tomo una honda respiración para tratar de calmarme. No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados, pero logro dejar de llorar.

Lukas se separa de mí y me mira fijamente con esos ojos azules que me hacen desear tantas cosas.

Con su pulgar acaricia mi mejilla y nos quedamos así por un par de segundos, con nuestra mirada fija una en la otra. De pronto él toma mi cara entre sus manos y sin mediar palabra alguna me besa.

Es un beso suave, un beso que me transmite seguridad y que a la misma vez me

hace desear más.

En este momento me olvido de lo que hemos vivido, me olvido de que nuestras vidas han corrido peligro y solo quiero quedarme ahí, perdida en esos labios carnosos que besan de maravilla.

Yo lo ciño más a mí por la cintura y meto una mano por debajo de su camiseta. Él gime en mi boca y luego se aparta respirando agitado sobre mis labios.

—Nicole... esto está mal... esto está mal —dice y se separa un poco de mí.

—Lukas... no. Yo lo deseo, tú lo deseas, no hay nada de malo.

Él suelta un gruñido y apoya ambas manos en la mesada. Se nota que está enfadado, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Luego se pasa una de sus manos por la nuca y me mira.

—Está mal, Nicole ¿Es que no lo ves? Eres mi jefa, yo tendría que estar protegiéndote, no tratando de seducirte.

—Pero, Lukas —me acerco a él y pongo una de mis manos sobre su antebrazo—. No lo podemos evitar. La atracción que ambos sentimos no se puede evitar, ¿entiendes?

—Lo sé, es por eso que trato de hacer de todo para mantenerte a raya. Por eso no te dije nada cuando pensabas que vivía con alguien, solo quería que te alejaras de mí.

—Pero yo no me quiero alejar de ti.

—Pero esto no puede ser —dice con un dejo de tristeza.

—Pero hoy puede ser...

Me mira y sus ojos brillan, yo solo quiero que me vuelva a besar, lo deseo más que a nada en este mundo.

—No te voy a mentir, Nicole, te deseo mucho, pero ¿qué va a pasar mañana? Tú vuelves a tu vida en la mansión y yo sigo como tu empleado.

—No tiene porque ser así...

—Es que es así. Me gustas, Nicole y me gustaría estar contigo. Como una pareja normal no a escondidas.

No sé qué responderle, sé que en parte tiene razón, pero yo lo quiero, quiero estar junto a él como sea y contra quien sea.

—Me entiendes, ¿verdad? —me pregunta y me vuelve a tomar la cara entre sus manos. Yo solo asiento afirmativamente, de verdad lo entiendo, pero no quiero darme por vencida tan fácilmente.

Él suelta una maldición entre dientes y vuelve a besarme. Esta vez nuestras lenguas juegan y yo suelto un suspiro, me encanta cómo me besa.

El beso se vuelve más ardoroso y él me toma por la cintura y me sienta en la mesada de la cocina.

—Sé que no debería estar haciendo esto —dice sobre mis labios y luego va hasta mi cuello—, pero si no lo hago sé que me arrepentiré toda mi vida. Me traes mal, Nicole.

Me da un suave tirón al lóbulo de mi oreja y un suave gemido se escapa de mis labios. Él se pone entre mis piernas y me quita la sudadera junto con la gorra. Ambas van a parar al piso de la cocina.

Yo le quito la gorra con rapidez y también la chaqueta. El beso sigue, ahora más exigente, yo aprovecho y le doy un suave tirón a su labio inferior que él responde con un sexy gruñido.

Nos separamos un segundo, él tiene que quitarse la bandolera donde lleva la pistola y la deja sobre la mesada. Con prisa yo meto mis manos bajo su camiseta y luego la voy levantando hasta que se la logro quitar. Lo mismo hace él con mi camiseta.

Y ahí estamos los dos, semi desnudos en la cocina de su casa y con su perro mirándonos.

—Creo que necesitamos más intimidad —dice y pasa ambas manos por mis muslos y me carga llevándome hasta su habitación y cerrando la puerta de una patada.

Diecisiete

Lukas

Juro que traté de resistirme todo lo que pude. Lo juro por lo más sagrado, pero tener a Nicole entre mis brazos pudo conmigo y con toda mi fuerza de voluntad y las barreras que traté de poner entre nosotros.

Besarla es estar en el cielo, nunca antes me había sentido de esta manera, como si necesitara de sus labios para poder respirar, algo arde en el centro de mi pecho cuando lo hago.

La dejo suavemente en mi cama y me tiendo sobre ella tratando de no aplastar demasiado su diminuto cuerpo con el mío. La vuelvo a besar y ella me responde de la misma forma desesperada con la que yo lo hago.

Me separo de su boca y le voy dejando un húmedo camino de besos por su mandíbula hasta el cuello. Aspiro el aroma de su perfume que ahora se ha convertido en mi aroma favorito en todo el mundo.

Ella acaricia de arriba abajo mi espalda con una suavidad erótica que me pone la piel de gallina. La deseo tanto, nunca pensé que se podría desear a alguien de esta manera, como si estuviera al borde de la locura.

Claro que antes me han gustado otras mujeres, pero nunca al extremo de hacer que todo me importe una mierda y querer solo estar con ella y nada más que eso.

Bajo por su cuello y llego hasta el centro de su pecho donde dejo un beso, como si quisiera besarle el corazón.

Con cuidado le bajo uno de los tirantes del brasier y le beso el hombro, luego muerdo suavemente donde antes he besado. Ella solo suspira y se remueve bajo mi cuerpo. Eleva un poco las caderas y se encuentra con mi erección que pide ser liberada pronto.

Le quito el brasier y me quedo admirando sus pechos, son perfectos, con sus pezones duros y erectos que me piden a gritos que les de atención, y así lo hago. Paso mi lengua por el duro botón y ella suelta un sexy gemido que me hace enloquecer. Ahora succiono un poco y luego le doy una suave mordida.

Nicole arquea su espalda, suspira y gime bajo mi cuerpo. Ahora bajo por su pecho hasta su vientre besando cada centímetro de su piel. Me detengo en el botón de sus jeans, me incorporo un poco y lo desabrocho para luego quitarle la prenda junto con su ropa interior.

Está aquí, en mí cama, completamente desnuda para mí, completamente entregada y deseosa, lo que me pone a mil.

Le acaricio las piernas y también voy repartiendo besos que empiezan en su empeine y llegan hasta su muslo.

Me acerco a su centro de placer. Ella levanta la mirada para ver qué pretendo hacer. Le separo un poco las piernas y la beso en el monte de Venus y luego sigo bajando.

Al alcanzar su punto más sensible, veo cómo ella echa su cabeza hacia atrás y gime algo inentendible. Nicole hunde sus manos en mi cabello y me da un suave tirón y yo comienzo un ataque despiadado con mi lengua.

Ella trata de cerrar las piernas, pero se lo impido tomando sus piernas con ambas manos. Disfruto este momento, sin apuro aunque quisiera entrar en ella lo antes posible. Succiono un poco el sensible botón de placer y ella estalla en un orgasmo con un gemido que espero no haya asustado a Marte.

Me incorporo con rapidez estirando mi brazo hasta la mesa de noche en busca de un condón. Me quito los jeans con prisa y de igual forma me pongo el preservativo.

Vuelvo junto a Nicole que aún se está estremeciendo por la sensación del orgasmo. Le beso los labios y ella me responde mordiendo mi labio inferior.

Lentamente voy entrando en ella, disfrutando de aquella exquisita sensación. Nicole vuelve a arquear su espalda para luego dejarse caer sobre la almohada y mirarme fijamente a los ojos. Su mirada es de un verde musgo brillante, me sonrío y vuelvo a atacar su boca.

Me voy moviendo en lento compás, tomo sus manos para entrelazarlas con las mías y las pongo por sobre su cabeza. Beso su cuello y la vena que rápidamente late bajo mis labios. Suelto un susurro que lleva su nombre y comienzo a aumentar el ritmo de mis embestidas.

Ella me sigue el ritmo encontrándome con sus caderas en cada estocada. Ahora enrolla sus piernas alrededor de mi cintura y con eso logro penetrarla más profundo. Cierro mis ojos, no sé si voy a poder aguantar mucho más.

Siento sus labios en mi hombro y puedo notar que ya nos acercamos al final. Ella me muerde y se convulsiona llegando al clímax. Un grito viene subiendo por mi garganta, apuro el ritmo de mis caderas y luego hundo mi cara entre su cuello soltando un gemido que parece un gruñido animal y sintiendo como si mi cuerpo fuera elevado al cielo y se quedara suspendido ahí por un instante.

Me quedo ahí, dentro de ella, con la respiración agitada imposibilitado de abrir los ojos o de moverme. Esta ha sido la mejor experiencia de mi vida.

Nuestras manos siguen unidas y no quisiera tener que soltarla jamás. Me logro recuperar un poco, suelto sus manos y me incorporo sobre mis codos para verle el rostro. Ella esta sonrojada con la piel perlada por el sudor, con sus labios entre abiertos y los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —le pregunto y le chupo el mentón.

—Más que bien, diría yo —abre sus ojos y me sonrío ampliamente—. Eso ha sido alucinante.

No puedo hacer más que sonreír. Mi ego está por las nubes ante tal comentario. Nos quedamos así por un rato. Yo aún dentro de ella, besando sus labios, acariciando su rostro.

—¿Qué he hecho? —dice de pronto abriendo mucho los ojos y tocando mi hombro.

Yo miro de reojo y veo que tengo marcados sus dientes en mi piel. No me ha dolido, pero si me ha dejado una buena marca.

—Creo que me querías comer —le digo bromeando y besando la punta de su nariz.

—Lo siento —dice apenada—. De verdad que lo siento.

—No te preocupes. Son cicatrices de guerra.

Ambos reímos con ganas y seguimos en la cama por un rato más besándonos y acariciándonos hasta que ya es hora de romper el contacto. Le digo que entre en la ducha mientras yo veo qué puedo hacer para que comamos algo.

Me voy a la cocina y busco algo que preparar, pero la verdad no veo nada. Busco en los cajones del mueble de cocina donde he dejado los números de comida a domicilio. El primero que aparece es el de una pizzería.

—Pizza será —digo y marco el número para hacer un pedido.

Marte me mira desde un rincón de la cocina, levanta sus ojos como si supiera

lo que ha estado sucediendo en mi habitación.

—¿Qué? —le digo y él solo hace un sonido como una especie de gruñido y se vuelve a echar en el suelo.

De pronto a mi mente viene que tengo que avisar el porqué Nicole no irá hoy hasta su casa. Busco mi teléfono y marco el número de la mansión. Al tercer tono Helen me atiende la llamada.

Le explico toda la situación. La mujer horrorizada por lo que escucha grita por el teléfono pidiendo más y más información. Le digo que Nicole está bien, que no se preocupe, que está en un lugar seguro obviando la parte de que se encuentra en mi casa. Que al día siguiente la llevaré a la mansión sana y salva. Helen me dice que le avisará al señor Cross lo que acaba de pasar y siento como si un puño se hubiera incrustado en mi estómago cortándome la respiración.

¿Qué pensará Gustav Cross cuando le digan que su hija pasará la noche fuera de casa y nada más y nada menos que con su guardaespaldas? De seguro que no le causará mucha gracia.

La pizza llega y la recibo, camino de vuelta a la cocina y Nicole entra luego. Va vestida con una de mis camisetas, va totalmente desnuda bajo esta, puedo notar cómo sus pezones se marcan bajo la tela.

—¡Wow! ¡Pizza! ¡Qué bien! —dice ella y se acerca para besarme — ¿Este cachorro es peligroso?

Pregunta cuando ve que Marte se levanta y se acerca a ella para comenzar a olfatearla.

—Solo cuando es necesario. Está entrenado, generalmente es un tierno peluche.

Ella se agacha un poco y le acaricia la cabeza a Marte que comienza a mover feliz su cola y se deja mimar por Nicole.

Abro la caja de pizza y Nicole va hasta el refrigerador y saca dos cervezas, se queda quieta mirando la puerta del refrigerador y la foto de mi madre y de mí que tengo pegada en ese lugar.

—¿Quién es? —pregunta mirando con detención la imagen.

—Mi madre.

—Es bellísima —dice y puedo notar algo de melancolía en su voz y en sus ojos cuando vuelve a estar junto a mí—. Debes de quererla mucho, yo hecho tanto de menos a la mía.

Es ahí que recuerdo que Gustav Cross es viudo. No sé si debería preguntare a

Nicole qué ha pasado con su madre, de qué manera es que la ha perdido. Pero ella se me adelanta, como si me hubiera leído el pensamiento y comienza a hablar.

—Yo hecho mucho de menos a la mía, ¿sabes? —dice. Puedo notar la tristeza y la nostalgia por su madre que se mezclan en sus ojos—. No hay día en que no la recuerde.

—Lo siento, Nicole— digo no sabiendo que más decir para hacerla sentir bien.

—Yo igual lo siento. Era una mujer tan joven y bella. Aún no entiendo bien por qué decidió terminar con su vida.

Trago en seco al escuchar lo que Nicole acaba de decir. Su madre se suicidó. Y me pregunto mentalmente, ¿qué pudo llevar a una mujer que lo tenía todo a querer quitarse la vida?

—No sé qué decir, Nicole... —Me acerco y le tomo una mano.

—No digas nada, sé que es algo impactante al oírlo, pero quiero contártelo. Mi madre se quitó la vida hace seis años, fue una sobredosis de tranquilizantes.

La abrazo con fuerza, es lo único que puedo hacer. Ella no llora, solo me abraza de vuelta y suelta un suspiro. No puedo creer que me haya contado algo tan íntimo. Le beso la coronilla y nos mantenemos así, abrazados, por unos minutos hasta que ella se separa y me dice que mejor comamos la pizza antes de que se enfríe.

Comemos hablando de trivialidades, riéndonos de tonterías y siento dentro de mí que esto me gusta. Estar con Nicole en mi casa me gusta mucho, creo que hasta podría acostumbrarme a tenerla revoloteando por aquí.

Mi teléfono móvil suena y me muevo hasta el mueble de la entrada de la cocina donde lo he dejado antes. Miro la pantalla y veo el nombre de Gustav Cross que se muestra ante mis ojos.

Trago en seco y de seguro que mi rostro ha cambiado ya que Nicole me mira extrañada.

—¿Pasa algo malo? —pregunta preocupada.

—Es... es tu padre.

—No contestes —dice ella, pero yo no le hago caso.

Me aclaro la garganta y aprieto la pantalla para contestar la llamada.

—Buenas tardes, señor Cross —digo y trato de que la voz salga lo más serena y profesional posible.

—Parker... Helen me ha dicho lo que les ha sucedido, quiero saber cómo está Nicole. La he estado llamando a su teléfono y no me contesta, dígame dónde están.

—Señor Cross, su hija está bien y en un lugar seguro...

—¿Por qué no está en casa?

—Señor, creo que es más seguro que...

No alcanzo a seguir hablando ya que Nicole me quita el teléfono y camina hasta la sala con él. Yo la sigo y la escucho hablar con su padre.

—Papá, sí... sí, estoy bien, no te preocupes. Lukas cree que es mejor no volver hoy a la mansión, cree que nos pueden haber seguido desde ahí.

Ella se queda callada por unos segundos de seguro su padre le está pidiendo información del lugar en el que se encuentra.

—Tranquilo. Estoy bien, ya te lo dije. Mañana ya estaré en la mansión y te estaré esperando a que vuelvas de tu viaje, ¿está bien?

Se queda callada por un segundo más y luego dice un “te quiero” y corta la llamada. Deja el teléfono sobre la mesa de la sala yo la miro preocupado por saber qué le ha dicho su padre.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto más que curioso.

—Que ya informó a la policía sobre lo sucedido y que tratará de volver mañana a la ciudad, que espera que esté en casa cuando él llegue.

—Nicole... —digo bajando la mirada.

—Lukas, no me arrepiento de nada de lo que ha pasado aquí hoy, ¿tú sí?

—No, claro que no, es solo que...

—No me salgas con que yo soy tu jefa y tú mi guardaespaldas. Somos una mujer y un hombre que se gustan, era inevitable que esto pasara.

Me quedo callado, solo puedo mirarla a los ojos. La tomo por la cintura y la beso con urgencia.

Sé que tal vez nuestra historia no terminará de la mejor manera. Soy realista y sé que tenemos un montón de obstáculos que sortear si decidimos tener una relación.

Me llevo a Nicole hasta la habitación donde la vuelvo a hacer mía. Ya es de noche y ella está entre mis brazos. Acaricio suavemente su espalda de arriba abajo mientras pienso en todo lo que ha pasado durante el día. Mi mente da vueltas y piensa en mil cosas.

Primero en el señor Cross, en cómo debería enfrentarlo llegado el día y luego paso rápidamente a pensar en quién será quien quiere hacerle daño a Nicole y

su padre. ¿Quién será el maldito que está detrás de todo esto?

Me estremezco solo de pensar en eso. Tengo que cuidar a Nicole, me digo mentalmente. No puedo permitir que alguien le haga daño, no puedo perderla. Siento que un escalofrío se apodera de mí y me pongo tenso. Ella debe de sentirlo ya que se incorpora y se pone sobre mi pecho. Me mira a los ojos y me pregunta:

—¿Te concentras bien? —sus ojos buscan alguna respuesta en los míos. No quiero preocuparla con mis malos pensamientos.

—Sí —digo y hasta yo puedo notar el poco convencimiento en mi voz.

—No te creo —dice mientras que con uno de sus dedos va delineando mi labio inferior— ¿Por qué no me dices qué es lo que pasa?

Trago en seco y me la quedo mirando fijo. Ella no desvía la mirada y por un segundo creo que es capaz de entrar en mi mente y leer mis pensamientos.

Niego con la cabeza, no quiero matar el momento con mis preocupaciones, pero sé que ella no se dará por vencida hasta que le diga qué es lo que me molesta y pienso que tal vez, sea mejor decirle lo que pienso y así ella también sería más cuidadosa con lo que haga.

—No te puedo engañar, ¿verdad? —le digo y ella sonrío ampliamente—. Estoy preocupado por lo de hoy. Lo del auto que nos seguía, solo quiero saber quién mierda es y matarlo con mis propias manos.

—Lukas...

—Nicole, no puedo evitar la preocupación. No quiero que nada malo te pase, no quiero perderte. No podría soportarlo, no otra vez.

—¿Otra vez? —pregunta ella seria con el ceño fruncido.

Ahora yo cierro los ojos. No quería hablar de esto con ella. No quería dejar al descubierto mis debilidades y mis miedos, pero ahora que abrí la boca ya no puedo parar.

Ella no me dejará parar. Solo tengo que contarle todo. Es la hora de que le cuente a Nicole mi razón por la que no estoy en el SWAT.

Dieciocho

Me incorporo en la cama y ella me sigue. Ahora estamos ambos sentados frente a frente solo bañados por la luz de la lámpara de la mesa de noche.

—¿De qué estás hablando, Lukas? Explícamelo.

—Si... bueno... verás... ¿Recuerdas cuando me preguntaste por qué estaba contigo y no el SWAT?

—Sí. Y recuerdo que no quisiste hablar del tema.

—Es que es algo delicado para mí. Algo que me ha marcado como profesional y es por eso que no quiero volver al equipo.

Me doy mil y una vueltas sin saber por dónde empezar mi relato, es raro estar hablando con alguien sobre esto.

—Como sabes yo soy un negociador. Mi trabajo consiste en que, en caso de una emergencia donde hayan rehenes, debo negociar con el maleante y sacar a los rehenes sanos y salvos desde donde estén.

Mis jefes decían que yo era el mejor negociador que habían tenido en años en la unidad de Los Ángeles. Mi ego era del porte del Titanic, me creía el mejor de todos.

Hace unos meses salimos a un llamado. Un solitario ladrón había entrado a un banco. El gerente activó las alarmas y el ladrón quedó atrapado dentro junto a siete personas más.

Estaba armado y descontrolado, de seguro estaba drogado y comenzó a exigir mil cosas para no matar a los rehenes.

Traté de negociar con él. Traté de hacerme su amigo, que confiara en mí para que no les hiciera nada a los rehenes, pero él no quería escuchar razones.

El francotirador solo estaba esperando mi orden para dispararle y acabar con todo, pero yo no quería a nadie herido. Al final el hombre se

descontroló de la nada y mató a una mujer, me quedé petrificado. El francotirador lo mató de un solo tiro.

—Lukas —dice ella mientras me acaricia la mejilla con su suave mano.

—Todo fue mi culpa. Si no me hubiera creído invencible, si le hubiera dado la orden al francotirador no hubiera perdido una vida. Nunca podré perdonármelo.

—Sé que tal vez no sirva de mucho, pero creo que no tuviste la culpa, Lukas.

—Sí que la tuve —digo bajando mis ojos a mis manos—. Se supone que para eso estoy entrenado...

—Sí, pero no tenías como saber cómo iba actuar aquel hombre. Creo que te estás culpando demasiado.

Ella toma mi mano y la acaricia con suavidad, como si en esa caricia quisiera infundirme confianza y consuelo.

—¿Volverás al SWAT? —pregunta cortando el silencio que se había hecho entre los dos.

—No lo creo... Por lo menos no de momento.

—Lukas...

—No, Nicole. Te conté lo que pasó y ya está, no quiero seguir hablando del tema —digo mientras le suelto la mano y me levanto de la cama para ir hasta la cocina por un vaso de agua fría.

Ella no me sigue. Entiende que necesito estar solo luego de lo que le he contado. No sé por qué se lo he dicho, solo sé que en mi interior nació aquella necesidad de que ella supiera todo de mí. Qué estúpido he sido.

Saco una botella de agua desde el refrigerador y le doy un largo sorbo para calmar mi ánimo. Tomo una honda respiración y pienso en lo sucedido en el SWAT. Todo eso me pena de sobremanera, todo lo sucedido no me deja vivir en paz y sé que tal vez sean cosas que pasan, sobre todo en este trabajo, pero aún no logro perdonarme a mí mismo por lo que pasó aquel día.

No sé cuánto tiempo he pasado en la cocina pensando en qué hacer y en qué cosas debo olvidar para seguir con mi vida. Veo por la ventana que la luna llena ya está en lo alto del cielo y decido volver a mi habitación.

Entro tratando de no hacer ruido. Veo a Nicole que está acostada de lado y duerme plácidamente. Me siento con cuidado a su lado cosa de no despertarla, solo quiero mirarla, admirar su belleza, sus facciones que tanto me gustan.

Le acaricio suavemente la mejilla, ella se remueve un poco y abre un ojo. Gira su rostro y me mira con sus ojos somnolientos.

—Lo siento, Lukas. No debí insistir en el tema del SWAT...

—No te preocupes, Nicole y sigue durmiendo.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no estás a mi lado. Anda, ven y acuéstate conmigo.

Sonríó ante aquellas palabras, me meto con ella en la cama y la abrazo acercándola a mi pecho.

Puedo sentir su respiración pausada y luego de unos minutos ella vuelve a estar dormida otra vez.

Me encanta tenerla así. Tenerla en mi cama. Y creo que me podría acostumbrar a esto, pero al mismo tiempo algo en mi mente me dice que no sueñe tan alto, que no desee algo que no se puede cumplir.

Le beso la coronilla de la cabeza soltando un suspiro cansino. Odio no tener todo bajo control, odio cuando las cosas se me escapan de las manos, odio no poder tener lo que deseo.

Pensando y pensando en lo que se viene para mí, me quedo dormido a altas horas de la madrugada sin tener nada en claro.

Me despierto sobresaltado, miro a mi lado y Nicole no se encuentra en la cama. Miro para un lado y para otro y el pensamiento de que ella se haya podido salir de la casa me recorre por completo al igual que un escalofrío.

Me levanto de un salto de la cama cuando de pronto oigo una dulce voz que canta desde la ducha. Me acerco a la puerta del baño y suelto el aire que no me había dado cuenta que estaba reteniendo y oigo cómo Nicole canta mientras se da una ducha.

Me encantaría entrar ahí, ver cómo el agua baja por su cuerpo. La idea se cuela fuertemente en mi cabeza y en mi entrepierna que se comienza a endurecer solo de pensar en ella desnuda.

Pongo mi mano en el pomo de la puerta, lo giro y este se abre sin más. Me quedo en el quicio de la puerta sin saber si estoy haciendo bien o mal. Estoy invadiendo su intimidad y tal vez debería volver por donde vine.

Ella sigue tarareando una canción que no me es conocida y miro cómo su silueta desnuda se dibuja en la cortina de la ducha. Me muerdo el labio inferior y doy un paso dentro del baño, luego otro y otro más hasta quedar frente a la ducha.

Me quedo pasmado, y eso sí que es raro en mí, pero es que desde que conocí a Nicole, no sé muy bien cómo debo actuar con ella. Miro fijamente la cortina,

no sé por cuánto tiempo, hasta que ella asoma la cabeza y me dice:

—¿Vas a entrar o vas a seguir parado ahí como una estatua?

Me sonrío pícaro y yo también sonrío ante su invitación. Claro que voy a entrar con ella en la ducha. Me quito la poca ropa que llevo puesta y en solo un par de segundos ya estoy con ella bajo el chorro de agua.

La tomo por la nuca mientras la beso con desesperación, como si ese fuera a ser nuestro último beso. Ella baja una de sus manos hasta mi miembro que ahora, con su roce, se pone más duro y erecto. Nicole juega, sube y baja su mano haciendo que un gemido salga de mi boca y ella lo acalla con otro sensual beso.

Cierro los ojos y me dejo llevar por las sensaciones que ella me provoca. Ahora le quito la mano que está usando en mí y la empujo un poco para que dé un paso atrás y su espalda quede pegada a la muralla de frías baldosas, ella suelta un chillido y luego una risa cuando el frío toca su piel.

La tomo por los muslos y ella enrolla sus piernas en mi cintura. Lentamente voy hundiéndome en ella que suelta un suave gemido en mi oído y pone sus manos en mis hombros, la apoyo contra la muralla otra vez y comienzo a salir y a entrar de ella con un ritmo lento y sin prisa, disfrutando de nuestro contacto.

—Nicole —digo cuando aumento el ritmo y noto cómo su interior se aprieta en torno a mi pene. Eso me hace sentir como si una especie de corriente eléctrica me comenzara a recorrer por la espalda.

Beso su cuello mientras ella jadea con fuerza y de sus labios escapa un balbuceo que lleva mi nombre. Siento que ella se tensa, sus manos aprietan fuertemente mis hombros. Echa la cabeza hacia atrás, noto que traga en seco y luego suelta un fuerte gemido cuando un orgasmo la toma. Yo apuro mis embestidas hasta que la sigo y hundiéndome mi cabeza en su cuello, suelto un grito y llego al clímax.

Nos quedamos por un minuto así, dejando que el agua tibia caiga sobre nuestras cabezas, yo aún dentro de ella, ambos respirando agitados y volviéndonos a besar, esta vez sin prisa.

Salgo de ella y la dejo sobre sus pies para que podamos continuar con la ducha. Yo salgo antes y me seco rápidamente, me visto y me voy a la cocina para preparar algo de desayunar.

Un poco después entra Nicole en la cocina y yo ya tengo la mesa preparada con todo para saciar el estómago del hambre que tenemos.

Comemos entre risas, besos y mimos, hasta que ya es hora de que la burbuja que hemos hecho se rompa y volvamos a la realidad.

—Creo que ya es hora de que te lleve a la mansión —digo serio porque la idea de volver a la realidad no me gusta nada.

—Bien —dice ella bajando la vista. Todo el buen humor de hace solo unos segundos se ha desvanecido.

Pero antes de que salgamos de casa tengo que entregarle algo. Busco en un cajón de mi cómoda y saco lo que quiero que ella se lleve.

—Nicole, quiero darte esto —estiro mi mano y le muestro un sencillo brazalete de cuero color azul que lleva una flecha de acero.

—Lukas... ¿Qué es esto?

—Es un regalo que quiero darte, es importante para mí, prométeme que nunca te lo quitarás.

—Claro —dice ella mientras estira su mano y yo le deslizo la pulsera por su muñeca.

Ella esboza un “gracias” y me da un largo beso antes de que emprendamos el viaje de retorno a la mansión.

Llamo a un taxi y este nos lleva camino a la mansión. Todo lo que dura el viaje ninguno de los dos habla. Nicole mira la carretera por la ventana y yo hago lo mismo por la otra ventana hasta que a lo lejos puedo divisar la mansión Cross. Mi estómago se contrae al pensar que me pueda encontrar con el señor Cross. Llegamos y Helen sale a recibir a Nicole, abrazándola y preguntándole si está bien unas cinco veces. Ella le dice que no se preocupe, que está perfecta y luego gira su cara y me mira fijamente, como si me suplicara que me quedara con ella con la mirada.

—Voy... voy a buscar el auto. Nos vemos dentro de un rato —digo y ella me sonrío y entra en la mansión con Helen colgada de su brazo.

Yo voy en busca del auto. Al llegar al estacionamiento donde lo dejara el día anterior, miro por todos lados, buscando algo sospechoso, no encuentro nada.

Me agacho y reviso que todo esté bien, que a estos hijos de puta no se les haya ocurrido la genial idea de poner una bomba en el auto, pero gracias al cielo todo está muy bien, así es que me subo al Mercedes y voy de vuelta a la mansión.

Entro por el camino de gravilla y llego hasta los estacionamientos para dejar el auto de Nicole bajo techo. Me bajo del auto y cuando me giro choco con algo... o mejor dicho con alguien.

—Nicole —digo casi en un susurro mientras ella se acerca y me aprieta contra el auto.

—Lukas —dice y me acaricia el rostro— No tienes que quedarte, tienes el resto del día libre, eso no me gusta, ¿sabes?

—Nicole, tenemos que tener cuidado ¿Qué pasa si alguien nos ve aquí?

—No me importa.

—Pero a mí sí.

—Bien —dice mirando a un lado y luego al otro. Sé que no hay nadie cerca, pero nunca es malo ser precavido—. Solo quiero un beso, un buen beso antes de que te marches.

No puedo negarme, porque yo también deseo besarla. Sé que no es correcto lo que estamos haciendo, pero no puedo controlarlo.

La tomo por la nuca y la beso apasionadamente. Un beso que le haga recordarme toda la noche. Ella me besa de igual manera, como si me quisiera marcar con sus labios.

El beso se termina y ella me deja un suave adiós sobre la boca. Se separa de mí y desaparece de mi vista.

Me quedo petrificado por unos segundos. Quisiera entrar en la mansión y correr hasta su habitación y hacerla mía como estoy deseando en este momento, pero la realidad me toma de pronto y me dice que eso es imposible. Así es que derrotado, me marchó de la mansión Cross.

Diecinueve

Nicole

Estoy en mi habitación. Lukas se ha marchado, le he dicho que se podía ir luego de todo lo que vivimos el día de ayer. Aunque yo hubiera querido que se quedara conmigo, no es posible, de momento.

Él piensa que lo que estamos haciendo no es lo correcto, pero es que no lo podemos evitar. La atracción que hay entre los dos es tan fuerte que creo que ya todos se dan cuenta de que algo pasa.

Quiero estar con él, aunque me tenga que oponer al mundo entero para poder hacerlo. Nunca antes me había sentido de esta manera tan extraña, con esta necesidad que siento dentro de mí.

Me gustaría que mi madre estuviera en este momento conmigo. Poder hacerle mil preguntas sobre mis sentimientos y al pensar en ella me entristezco un poco. Me tiro sobre la cama y cierro los ojos para apartar esos pensamientos tristes y recordar a Lukas y en todo lo sucedido la noche anterior.

Estoy en eso cuando dos golpes suenan en mi puerta, sé que es Helen así es que le pido que entre.

—Nicole, te traigo algo de comer, de seguro que tienes hambre.

—Gracias, Helen. —Me incorporo en la cama y ella deja la bandeja a mi alcance.

Yo comienzo a comer lo que ella me ha traído sin prestar atención a su presencia. Ella no se mueve un centímetro desde donde está, levanto mis ojos y veo que ella me está mirando fijo con cara de pregunta.

—¿Pasa algo? —le pregunto antes de volver a probar algo de comida.

—Nicole... ¿Dónde pasaste la noche? —pregunta de manera pausada y tranquila

—No te lo puedo decir, Helen. Es un secreto, solo te diré que estaba en un

lugar muy seguro.

—Lukas debió traerte a casa de inmediato...

—Helen, ya Lukas te explicó todo, no quiero seguir con el tema, ¿quieres?

Ella me mira y abre la boca para protestar, pero la cierra enseguida y luego se me queda mirando mientras yo sigo comiendo. Así pasamos unos segundos, yo levanto mi vista y la miro fijo a sus ojos y luego le pregunto.

—¿Qué es lo que pasa, Helen? Vamos, dime qué es lo que te pasa.

—Nicole... a ti... ¿a ti te gusta Lukas?

Sé que me sonrojo de inmediato al escuchar la pregunta de Helen, el calor que siento en mi cara así me lo indica. Doy un sorbo al vaso de jugo que está en la bandeja, ya que de pronto siento que la garganta se me ha secado.

—¿Qué te hace pensar eso, Helen?

Ella se acerca hasta a mí. Se sienta a mi lado en la cama y toma una de mis manos entre las suyas.

—Nicole, hija —dice de forma calmada y dulce—. Puedo notar en tu cara cada mañana cuando ves a Lukas lo mucho que te gusta...

—Es que no es...

—No hables, solo escucha lo que tengo que decirte, por favor.

Asiento con la cabeza ya que me es imposible llevarle la contraria a Helen, sobre todo cuando está en modo de madre sobre protectora. Así es que me quedo callada y escucharé todo lo que tenga que decirme.

—Yo te quiero mucho y tú lo sabes —otro asentimiento de cabeza por mi parte—. Quiero lo mejor del mundo para ti, desde que murió tu madre me siento en la obligación de cuidarte.

Sé que me vas a negar lo de Lukas, pero sabes que te conozco desde pequeña y puedo leerte como la palma de mi mano. Solo quiero que recapacites sobre lo que estás sintiendo por Lukas, que no sigas más allá. ¿Te imaginas lo que pasará si te enamoras de él y él de ti? ¿Sabes cómo se lo tomará tu padre si se llega a enterar?

Mi estómago se aprieta al pensar en cómo reaccionaría mi padre si supiera lo que pasa entre Lukas y yo. De seguro pondrá el grito en el cielo, pero yo estoy dispuesta a pasar por todo con tal de estar con él, aunque eso signifique que mi padre tal vez no me vuelva a hablar nunca más.

—Helen —le digo acariciando sus manos con la mano que tengo libre—, no te preocupes, todo está muy bien, yo estoy muy bien.

Ella no dice nada más, yo termino de beber el jugo y ella toma la bandeja que

ya está vacía. Me mira una última vez, de seguro que quiere decir algo más, pero se contiene y luego sale de mi habitación dejándome sola con miles de pensamientos en mi cabeza.

Miro mi muñeca y acaricio suavemente el brazalete que Lukas me diera antes de salir de su casa. De inmediato vienen a mi mente los recuerdos de la noche vivida con él. Fue una noche perfecta, una noche como nunca antes había vivido.

Cierro mis ojos para que a mi mente venga el rostro de Lukas. Me muerdo el labio inferior al recordar los besos compartidos y mi cuerpo se estremece al recordar el tacto de sus manos sobre mi piel.

Me mantengo así, con los ojos cerrados, con una sonrisa en los labios y ni cuenta me doy y me voy quedando profundamente dormida.

Me despierto sobresaltada cuando siento un suave roce en mi mejilla. No sé cuánto tiempo he estado dormida. Fijo la vista para ver quién se encuentra frente a mí y el rostro de mi padre aparece ante mis ojos.

—¡Papá! —digo mientras me incorporo de golpe sobre la cama y me lanzo a su cuello para abrazarlo.

—Nicole. Hija... ¿estás bien? —se separa de mí y me toma la cara entre sus manos buscando mi mirada.

—Sí, papá. Estoy bien, tranquilo, estoy muy bien.

Él me vuelve a aferrar contra su cuerpo y me besa la sien. Escucho que suelta un suspiro de alivio, de seguro que se ha preocupado demasiado con lo sucedido.

—Papá, tranquilo, no pasó nada.

—Quiero saber por qué Parker no te trajo de inmediato a la mansión. ¿Dónde pasaste la noche, hija?

Trato de no bajar la mirada, siento cómo se sonrojan mis mejillas y tengo que tragar en seco antes de volver a enfrentar el rostro de mi padre.

—Papá, ya te dije que estaba en un lugar seguro. Lukas pensó que tal vez el auto nos había seguido desde aquí y por esa razón pensó que lo mejor sería no volver de inmediato.

—Aún así, creo que no debiste pasar la noche fuera con ese hombre.

—Ese hombre es mi guardaespaldas. ¿Qué mejor cuidada que con él?

Mi padre se queda callado por unos segundos, me mira de manera extraña y luego abre la boca para decir:

—Bien... No seguiré discutiendo contigo de este asunto. Te dejaré para que

sigas descansando, ya mañana tendré la oportunidad de hablar con tu guardaespaldas de todo esto.

—Papá... —le digo abriendo los ojos de par en par. No quiero que regañe a Lukas, o lo que es peor, que lo despida por lo que él cree que es incorrecto—
¿Qué vas a hacer?

—Nada, Nicole. Ahora descansa.

Me besa la frente, se gira y lo veo salir por la puerta de mi habitación y desaparece por completo cerrando la puerta tras él.

¿Qué será lo que irá a hacer mi padre? ¿Sospechará algo? ¿Sospechará que me gusta Lukas? Espero que no, pero si Helen ya se dio cuenta de algo es probable que también él lo haya hecho..

Tengo que ser menos obvia cuando esté cerca de Lukas, aunque sé que me costará la vida lograrlo, si mi corazón late desbocado al solo pensar en él, ansiosa de que ya llegue el siguiente día para volverlo a ver.

Veinte

Me despierto sobresaltada, no sé muy bien qué hora es. Ayer después de ver a mi padre me volví a quedar dormida de corrido.

Miro por la ventana y veo el sol de un nuevo día. Busco mi móvil y veo que es muy temprano, aún ni siquiera mi padre se ha levantado para desayunar.

Doy vueltas en la cama pensando en que pronto Lukas estará en la mansión y podré verle otra vez, besarlo otra vez... Lo necesito.

Me levanto, me meto a la ducha y dejo que el agua golpee en mi cabeza y baje por mi cuerpo. Cierro los ojos y no puedo evitar recordar cada caricia de Lukas. Nunca me había sentido así en mi vida, con esta ansia que siento, con este deseo enorme que me está quemando viva.

Salgo de la ducha y comienzo a vestirme. Una vez lista, salgo de mi habitación y bajo hasta el comedor a desayunar.

Me encuentro con mi padre que está sentado a la cabecera de la mesa leyendo el periódico del día.

—Buen día, papá —lo saludo y le beso la mejilla para luego sentarme a su lado.

—Buen día, hija. ¿Dormiste bien?

—Sí, dormí muy bien.

Helen entra, me saluda y me sirve una taza de café. Mi padre sigue concentrado leyendo mientras yo tomo mi café y solo puedo pensar en que, dentro de poco, estaré con Lukas.

Helen entra otra vez al comedor, se acerca a mi padre y le dice:

—Señor, Lukas acaba de llegar.

—Bien, dígame que venga.

¿Qué? ¿Acaso he escuchado bien? ¿Qué quiere mi padre con Lukas?

Él baja el periódico para luego dar un sorbo a su café y de paso darme una mirada misteriosa. ¿Qué estará tramando Gustav Cross?

De pronto veo que Helen entra secundada por Lukas que me da una mirada de quien no entiende nada y de seguro que la mía es igual que la de él.

—Buenos días —saluda el cuadrándose de hombros delante de mi padre—. Helen me ha dicho que necesita hablar conmigo, señor Cross.

—Sí, señor Parker.

Noto que Lukas traga en seco, está nervioso tanto como yo lo estoy. Mi estómago se contrae como en un nudo y mi pulso se acelera. Solo espero que lo que tiene que hablar mi padre no sea algo malo para Lukas.

—Primero, quiero agradecerle que cuidara de mi hija ante lo sucedido con la persecución de aquel auto.

—No tiene nada que agradecer, señor, es mi trabajo —dice Lukas que tiene las manos tomadas por delante y las piernas un poco abiertas en una postura regia.

—Claro... su trabajo. Qué bien que sepa cuál es su lugar y para qué se le contrató.

Yo miro a Lukas quien tiene cara de póker y no deja ver bien lo que está sintiendo en este momento.

—Bien, como usted ha demostrado que puede hacer muy bien su trabajo, desde hoy será mi guardaespaldas. Necesito a alguien como usted junto a mí.

—¿Qué? ¿Pero papá? ¿Qué hay de mí? —pregunto levantándome de la silla. No puedo creer lo que acabo de escuchar.

—Nicole, Jacob será tu nuevo acompañante.

—No, pero, pero...

—Pero nada, hija. Iremos rotando al personal de seguridad. Quien sabe y el señor Parker vuelve a ser tu guardaespaldas dentro de poco.

—No es justo lo que estás haciendo —digo enojada, enfrentándolo.

—La vida no es justa, hija. Además, Jacob es tan bueno como Lukas, no entiendo a qué viene este berrinche.

Busco la mirada de Lukas que con sus ojos me pide calma. Yo no quiero estar lejos de él, no quiero hacerlo, no luego de lo que ha pasado entre nosotros.

—Bien, Parker, espéreme afuera, termino mi café y nos vamos al trabajo.

—Claro, señor —dice Lukas, hace una especie de pequeña reverencia con la cabeza y sale por la puerta por donde antes ha entrado.

—Papá, ¿por qué esta decisión de cambiar a mi guardaespaldas?

—Ya te lo dije, Nicole, iré rotando al personal.

—No te creo nada —digo indignada y sé que no debería reaccionar así, que con esto solo hago que mi padre se pregunte más y más el porqué no quiero a otro guardaespaldas que no sea Lukas, pero no lo puedo evitar, lo que siento es más fuerte que yo.

—¿Ah, no? —dice elevando una de sus cejas

—No.

—Bueno, cree lo que mejor te parezca. Soy yo quien paga por la seguridad de este hogar y soy yo quien toma las decisiones, así que, si ayer dije que Lukas Parker trabajaba para ti, hoy digo que Jacob será quien te acompañe y punto.

Él se levanta de su silla, me da una última mirada y sale del comedor dejándome sola y frustrada en aquel lugar.

¿Será que él se ha enterado de algo o lo sospecha? ¿Será que he sido tan obvia en mis actitudes hacia Lukas que no le ha quedado duda alguna que pasa algo entre nosotros?

Tengo demasiada rabia en este momento, lo mejor será que me vaya a trabajar y pensar qué hacer para tener a Lukas de vuelta a mi lado.

Salgo de la casa y veo una ancha figura vestida de traje negro parada al lado de mi Mercedes... Jacob.

—Buen día, señorita —saluda Jacob con una media sonrisa que trata de ser cordial, pero solo resulta incómoda.

—Buen día —digo seca y claramente enojada con aquella situación.

Él se acerca hasta la puerta del piloto del auto y me la abre. No voy a dejar que él conduzca mi auto. Jacob se apresura a entrar en el Mercedes mientras yo ya lo pongo en marcha.

Salimos de la propiedad y vamos por el camino que nos llevará hasta la carretera.

—Sé que está enojada, señorita —dice Jacob al ver que piso el acelerador y el auto comienza a aumentar la velocidad— Pero yo no tengo nada que ver con las decisiones que toma el jefe. Entiende eso, ¿verdad?

—Lo sé, Jacob. Sé que no tienes la culpa de nada, es solo que mi padre a veces me deja descolocada con cosas como esta.

—Pero si él tomó la decisión por algo será. Su padre es un hombre muy acertado, un buen jefe, señorita.

Resoplo fuertemente por lo que acabo de escuchar del hombre sentado a mi lado. Yo no comparto la opinión de que mi padre tome decisiones muy acertadas, sobre todo en este día.

Llegamos a la casa que tengo como nuevo proyecto. Jacob es paciente conmigo, sabe que estoy molesta y que no lo quiero a mi lado. Lo veo pasear de un lado a otro, yo trato de concentrarme en lo que he venido a hacer a este lugar, pero no puedo dejar de pensar en Lukas, en imaginarme que, cuando Jacob desaparece de mi vista, es él quien aparece frente a mí.

Nunca pensé que podría extrañarlo tanto, pero lo extraño. No sé qué pasa conmigo, me siento como una colegiala ilusionada, una que acaba de conocer a su primer amor. Esa palabra resuena fuerte en mi cabeza y un escalofrío recorre mi cuerpo por completo.

Sacudo mi cabeza y trato de seguir con mi trabajo. Pero no logro hacerlo bien. Cada vez que avanzo un poco en mi trabajo la imagen de Lukas se cuela en mi mente torturándome un poco más.

¿Qué haré de ahora en adelante? ¿Cómo haré para verlo sin que mi padre se entere? Algo se me tiene que ocurrir y pronto.

Veintiuno

Lukas

Estoy dentro de la Range Rover del señor Cross, sentado en el asiento del copiloto. A mi lado George, su chofer, maneja el vehículo mientras que su jefe va sentado en el asiento de atrás, moviendo papeles de un lado para otro y contestando mensajes que le llegan a su teléfono celular.

Me quedo mirándolo por el espejo retrovisor, su cara no detona expresión alguna, ni enojo, ni ira, solo una extrema concentración en sus papeles que, de vez en cuando, hace que su ceño se frunza.

Vuelvo a fijar la mirada al frente y pienso en Nicole. En qué estará haciendo ella en este preciso instante y en qué llevó al señor Cross a tomar tamaña decisión

¿Será que vio o se enteró de lo que pasa entre su hija y yo? No lo creo, me digo de inmediato tratando de llamarme a la calma.

Llegamos al edificio donde se encuentra la empresa del señor Cross. Un gran edificio de vidrio espejo. Bajamos al subterráneo donde está el estacionamiento y George detiene el auto, yo me bajo con rapidez de este y le abro la puerta a Gustav Cross que me mira de arriba bajo.

—Mañana lo quiero vestido de traje, Lukas, ¿entendido?

—Sí, señor —digo.

Se nota que está enfadado por algo, pero soy lo bastante inteligente como para percibir de que en gran parte ese enojo es conmigo. Al señor Cross no le ha gustado que su hija pasara la noche fuera de su casa y conmigo. De seguro se hizo todo una película en su cabeza, ha pensado lo peor, ¿o ha acertado?

Es por eso que hoy me encuentro aquí con él, para que no pueda perderme de vista, para que no pueda estar con su hija y seducirla, aunque lo que no sabe

este señor es que el seducido aquí he sido yo.

De seguro que este día se me hará eterno. El chofer me ha informado que el señor Cross tiene un par de reuniones y no me necesitará hasta que sea la hora del almuerzo y salga del edificio.

Pienso en Nicole y en cómo lo estará pasando ella con su nuevo guardaespaldas. Tengo unas enormes ganas de llamarla, pero sé que no debo, eso podría empeorar las cosas para ella y lógicamente para mí también.

Sonríó al pensar en ella y en lo difícil que le debe estar haciendo el día a Jacob. Tomo el teléfono móvil tentado a enviarle un mensaje rápido solo para saber cómo está, pero la parte racional de mi cerebro, que en esta ocasión sí está funcionando, me dice que no lo haga, que me detenga y que pare con eso de soñar con la hija del jefe.

Me es imposible no pensar en ella. No puedo olvidar su boca, sus besos o su cuerpo bajo el mío. Me atormento cada vez que los recuerdos de nuestra noche juntos vienen a mi mente y quisiera correr junto a ella para poder repetir aquel momento de pasión.

Pienso que es tan extraño lo que me sucede con Nicole, fui capaz de violar todas las normas por ella, ni yo mismo me reconozco. Dentro de mí hay una alarma, una advertencia con respecto a ella. Una parte de mí la quiere tener otra vez entre mis brazos y la otra parte me pide que me aleje, que deje de pensar en ella de aquel modo, que nuestros caminos no van juntos... Esa es la triste y cruda verdad.

Converso con George que me pone al tanto de los horarios del señor Cross y de sus actividades de costumbre. Estoy en eso hasta que se hace la hora de almorzar y George prepara el auto porque su jefe irá a una reunión a un restaurante. Así es como hacen trato los ricachones, almuerzan mientras hablan de empresas y millones.

Gustav Cross llega hasta el estacionamiento y yo le abro la puerta de su auto. George ya pone en marcha el vehículo y yo me subo con prisa en el asiento del copiloto.

—Al Nebu, George —ordena él y el chofer le responde con un “claro señor” Dentro del auto reina el silencio. Miro por el espejo retrovisor y de pronto me encuentro con la mirada inquisidora del señor Cross, tan parecida a la de su hija y tan distinta a la vez. La de ella es cálida y tierna mientras que la de él es casi un muro que es muy difícil de escalar para descifrar sus emociones.

Desvió la mirada y la vuelvo hacia el frente, a la carretera hasta que llegamos

al dichoso restaurante que ha indicado el señor Cross.

Me bajo con rapidez y le abro la puerta a mi jefe, luego miro para un lado y para otro en busca de algo sospechoso, no veo nada y lo sigo cuando entra al restaurante. Él le dice algo al hombre que lo recibe en el restaurante y luego le pide que lo siga hasta una mesa en la que ya hay un par de personas esperándolo.

Me quedo ahí, parado en la entrada del restaurante, mirando hacia la mesa de Gustav Cross cumpliendo con mi tarea de vigilar todo lo que suceda a su alrededor.

Esto es tedioso, debo reconocerlo. Con Nicole cada día era una aventura, ella me hacía participar en su trabajo, hablaba conmigo como un igual, como un amigo, me encantaba ser su guardaespaldas. En cambio con su padre hasta la idea de volver al SWAT ha cruzado una que otra vez por mi mente durante lo que va del día.

Luego de tres horas, Gustav Cross termina su reunión y sale del restaurante y vamos de vuelta hasta el edificio de su compañía.

Él sigue trabajando y yo esperando cualquier orden que quiera darme. Así se me pasa el día y ya estamos de camino a la mansión.

Un sentimiento extraño se apodera de mí cuando entramos por el camino de grava y veo estacionado el auto de Nicole ¿Dónde estará ella en este preciso momento?

Me bajo del auto y abro la puerta para que el señor Cross salga del Range Rover. El hombre me mira de arriba abajo y luego me dice:

—Puede irse a casa, Parker. Y recuerde, mañana lo quiero vestido de traje.

—Por supuesto, señor —digo y veo cómo el hombre se aleja hasta desaparecer de mi vista dentro de la mansión.

Camino hasta mi moto y antes de montarme en ella elevo mi mirada hasta el segundo piso de la mansión y la veo ahí asomada a la ventana.

Me entran unas enormes ganas de correr y entrar en la mansión y llegar hasta ella para besarla con deseo, con el deseo que me está carcomiendo en el interior. Un deseo difícil de ocultar y de apaciguar.

Nicole me saluda con una mano y luego me lanza un beso, solo espero que nadie más que yo haya estado mirándola. Le devuelvo el saludo, nos quedamos con nuestras miradas prendadas por un par de segundos y luego sé que ya es hora de mi retirada.

Montó mi motocicleta y dejó la mansión con un poco de desazón en mi

corazón. Solo puedo pensar en ella, hago memoria y pienso en que nunca había estado tan jodido por una mujer en mi vida. Y tenía que ser justo ella, la mujer que no puedo tener a mi lado, la mujer que está prohibida para mí.

Llego a mi casa envuelto en muchas emociones distintas conviviendo en mi interior, esto es tan extraño para mí que no sé de qué manera debería actuar.

El sonido de mi teléfono móvil me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla y veo su nombre. Es ella, Nicole me ha llamado y no puedo evitar que en mi boca se forme una alegre sonrisa.

—Hola, Nicole.

—Hola, Lukas, ¿estás bien? —me pregunta ella con la preocupación marcada en su voz.

—Claro que estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Echándote mucho de menos. Y tú, ¿me echaste de menos? —pregunta con voz coqueta y en este preciso instante me gustaría tenerla aquí entre mis brazos y poder besarla.

Sacudo la cabeza para sacar ese pensamiento que solo me hace sufrir por lo que no puedo tener.

—Y cuéntame, ¿cómo se comportó mi padre contigo? ¿Crees que sospecha algo? —Suelto un suspiro cansino antes de responderle

—Creo que sí, aunque no me ha dicho nada directamente.

—No me importa si lo sabe o no. Yo quiero estar contigo, eso es todo lo que importa —dice ella y al escucharla puedo imaginármela que está haciendo un puchero con su bella boca.

—Nicole —digo a modo de reprimenda—, es tu padre, es lógico que si sospecha algo se preocupe por ti. Además, no creo que yo sea el hombre que tiene en mente para que sea el novio de su única hija.

—Pero no me importa, no importa nada de lo que él quiera. Yo soy mayor de edad, él no puede venir a mandar así en mi vida.

—Nicole, tranquila. Tampoco quiero ser el que arme la discordia entre tu padre y tú. Creo que tenemos que andar con cuidado.

—Pero, Lukas, es que yo no quiero. Por mí iría ahora mismo y le diría todo a mi padre a la cara.

—Ni se te ocurra —apenas esas palabras salen de mi boca sé que ha sido una mala idea.

—Lukas, ¿tú quieres estar conmigo?

—Nicole... yo... —No sé por qué me cuesta tanto expresarle mis

sentimientos, pero es que todo lo que estamos viviendo me parece irreal.

—Ya veo. Ahora que se acabó la novedad ya no te intereso en lo más mínimo.

—No digas eso —digo casi en un susurro—. Me importas, Nicole y mucho, solo que todo esto es complicado y hay que tomarlo con calma.

Sé que ella es así, es directa, un alma que le gusta vivir en total libertad y sin ataduras, que si por ella fuera me besaría delante de su padre para que al pobre hombre le diera un ataque al corazón. Pero yo soy más racional, pienso mucho todo antes de hacerlo y tal vez eso sea un defecto y deba dejarme llevar por el huracán Nicole.

—Calma... —repite ella—. Calma es de la que me tuve que armar para aguantar que mi padre te cambiara por Jacob casi sin protestar y gritarle que me gustas. No me pidas que tenga más calma, que no estoy para eso.

—Nicole, por favor. Sabes la situación por la que está pasando tu padre y todo esto de los ataques, no le pongas más presión al hombre, ¿quieres? Ya llegará nuestro tiempo.

Nos sumimos en un tenso silencio. Me gustaría decirle que quisiera tomar mi motocicleta e ir por ella a su casa, que no me importa cuántos guardaespaldas ponga su padre frente a mí porque los enfrentaría a todos con tal de estar con ella, pero no puedo hacerlo, no puedo hacerme una gran película romántica en mi cabeza teniendo todo en contra de esta relación.

—¿Estás ahí? —pregunto ya que no escucho nada al otro lado del teléfono.

—Sí. Quiero verte —dice en forma de ruego—. Sé que soy muy impetuosa y que tú eres más cauto, pero lo siento, es mi personalidad, no puedo cambiarla.

—Lo sé y no quiero que la cambies, solo que vayamos con calma, ¿quieres? Solo eso.

—Bien —dice ella a regañadientes— Trataré de tomármelo con calma, aunque no te puedo asegurar nada.

Dice al final y puedo escuchar la diversión en su voz cuando termina de decir la oración lo que me hace sonreír a mí también.

—Ahora vete a dormir.

—¿Qué? Uf, con un padre tengo más que suficiente. Mejor te dejo, creo que te has contagiado del humor de Gustav Cross.

—Nicole, ve a dormir y descansa, ¿quieres? Ya veremos cómo

solucionamos esto.

—Bien. Buenas noches. Te mando un beso.

—Otro para ti, buenas noches.

Suelto un suspiro cuando la llamada termina. Yo también deseo ver a Nicole, pero tenemos que ser cautos con todo esto.

Paso mi mano por mi nuca como lo hago cuando hay algo que me molesta, algo a lo que no le encuentro la solución.

Me repito una y mil veces que las cosas hay que tomárselas con calma, solo ha pasado un día, solo un día lejos de Nicole y nunca pensé que la echaría tanto de menos.

Veintidós

Los días pasan rápido y ni cuenta me he dado. Sigo siendo el guardaespaldas del señor Cross y apenas si he visto a Nicole en un par de ocasiones y a la pasada cuando se sube a su auto junto a Jacob.

Cada vez que la veo siento que mi corazón late con más rapidez que nunca. Ella pasa por mi lado, me saluda y me brinda una linda sonrisa que es muy rápida antes de que su padre salga de casa y la vea sonreírme de ese modo.

Me tengo que conformar con eso y con las llamadas que hace por la noche. Si parezco un adolescente pegado al teléfono esperando por su llamada. Lo sé... yo estoy muy mal para estar esperando a que una chica me llame. Nunca antes me había pasado esto.

Así siguen las semanas y el señor Cross no ha dado ni señales de querer cambiar a su guardaespaldas.

Un día más pasa. Vuelvo a la mansión y el señor Cross me despide para que vuelva a casa y así lo hago como cada día, montando mi motocicleta y mirando hacia la ventana de Nicole donde ella me despide con su mano.

Llego a casa y sigo mi rutina con Marte. Vamos a dar un paseo por la calle y luego volvemos a casa. Me doy una ducha y como algo para luego sentarme frente al televisor.

Estoy pasando los canales, la verdad es que no me apetece ver nada cuando de pronto escucho unos golpes rápidos en mi puerta. Marte se levanta, da un ladrido y mueve su cola con felicidad. Miro el reloj que está en la muralla de mi sala y veo que ya pasan de las once de la noche, ¿Quién puede ser a esta hora?

Vuelven a golpear con insistencia y Marte se mueve desesperado, como si la

persona al otro lado de la puerta le resultara conocida. Camino hasta la puerta y la abro y se me cae la mandíbula con lo que veo.

—Nicole... ¿Qué... qué haces aquí? —pregunto un poco aturdido porque no creo en lo que estoy viendo.

—Hola, Lukas —dice ella sonriendo y luego se acerca hasta mi para colgarse de mi cuello y darme un buen beso.

—Nicole —digo de forma agitada y separándome de ella—¿Cómo llegaste hasta aquí?

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos para mirarla fijamente. Aunque estoy feliz de que poder tenerla aquí conmigo, de igual forma estoy enfadado de que haya venido hasta mi casa sola.

—¿Qué pasa? —pregunta ella de forma inocente— ¿Es que acaso no te alegras de verme?

—¿Cómo llegaste hasta aquí? Y lo más importante... ¿Cómo lograste salir de tu casa?

—¿Estás enojado?

—Responde, por favor.

Ella me mira con sus grandes ojos verdes y se muerde el labio inferior. No quiere contarme nada, y por mi mente pasan mil y una cosas que pudieron haberle pasado mientras venía hasta mi casa.

—Nicole —le digo para que sepa que estoy esperando su respuesta.

—Bueno yo... yo... yo me escapé de la mansión — suelto una maldición por lo bajo y sus ojos verdes se oscurecen de repente.

—¿Estás consciente del peligro al que te expusiste? No puedo creer lo acabas de hacer sabiendo que tu vida corre peligro.

—Ya, Lukas, no me regañes así. Solo quería verte...

—Pero te pusiste en riesgo. No sabemos si la persona que los ha atacado los está vigilando y... —me quedo de pronto mirándola fijo otra vez y le pregunto— ¿Se puede saber cómo diablos saliste de la mansión sin que se dieran cuenta?

—Ah... ese es un secreto —dice sonriendo y guiñándome un ojo, pero yo no estoy de humor para el coqueteo.

—Nicole, dime de inmediato cómo lograste salir sin que nadie te viera.

Ella se acerca más a mí, puedo sentir su suave perfume que llega hasta mis fosas nasales y hace que algo dentro de mí se remueva y el deseo por ella se hace presente, pero de la misma manera que la deseo, el pánico me ataca ya

que trato de pensar en cómo es que ha llegado hasta mi casa y en que algo malo hubiera podido pasarle.

Mi corazón se acelera en pensar en eso. Aprieto la mandíbula, tenso al pensar que no hubiera podido hacer nada para evitar que algo le sucediera. No, no quiero seguir pensando en eso, un nudo se forma en mi garganta el cual me cuesta mucho tragar.

Ella alarga una mano y me acaricia el rostro, yo cierro los ojos antes su roce, pero no puedo dejar de pensar en lo que ella hizo para llegar hasta aquí.

—Vamos, Nicole —suelto un suspiro antes de continuar hablando—, dime de una vez cómo es que has llegado hasta aquí.

—Bueno... —dice mordiéndose el labio inferior, nerviosa, como si lo que me fuera a confesar fuera una loca travesura—... yo... me escapé por la parte trasera de la mansión.

La miro ceñudo y con la cabeza ladeada. No entiendo de qué modo lo ha hecho. Sé que la mansión Cross tiene mucha seguridad y que ella la haya burlado es un gran, pero que gran problema.

—¿Cómo es eso posible?

—Bueno, en la parte trasera de la mansión no hay guardias. Hay una valla cubierta por tupidos setos. Hace unos meses, salí a escondidas por ahí, la valla está dañada y nadie se ha fijado. Solo yo sé de su existencia.

—Maldición —digo entre dientes pensando en cómo nadie se ha dado cuenta del estado de la propiedad.

—Salí sin que nadie lo notara. Caminé hacia el otro lado de la mansión y llamé un taxi que me trajo hasta aquí.

Me aparto de su lado y comienzo a caminar de un lado a otro pasándome la mano una y otra vez por la nuca de forma exasperada. Esto tiene que saberlo el señor Cross y todo su equipo de seguridad, pero si digo algo el hombre sabrá de la relación que mantengo con su hija y todo se irá al carajo. Estoy metido en buen lío, pienso para mis adentros y suelto un suspiro cansino.

—Lo siento —dice ella al ver mi actitud—. Pero necesitaba verte. Han sido muchos días sin ti...

—Y yo también quería verte, pero no así, no de esta manera, no poniendo tu vida en peligro.

Ella acaricia nuevamente mi rostro y puedo ver que lleva el brazalete que le diera días atrás. Por lo menos eso me deja un poco más tranquilo, pero no logra quitarme por completo el temor que siento en mi interior.

—Fuiste muy impulsiva e irresponsable.

—Lo sé. Pero no puedo remediarlo, soy impulsiva, quería verte y nadie lo iba a impedir.

Me planta cara con las manos en sus caderas y levantando el mentón en un gesto aniñado y desafiante. Mi corazón da un brinco y sonrío ante su actitud. Aunque estoy muy enojado con ella debo reconocer que esta chica me puede.

Doy un paso más hacia ella, la tomo por la cintura y la pego a mi cuerpo. Ella entre abre sus labios y respira agitada. La miro directo a los ojos y luego paso mi vista a sus labios, los cuales deseo besar con desesperación y así lo hago.

Ella me recibe gustosa y nos fundimos en un beso, el beso que ambos hemos deseado estos días en que nos hemos encontrado alejados .

Mis manos suben y bajan por su espalda y sin ser consciente de nada, solo del deseo que nos condena, ambos nos encontramos de camino hasta mi habitación.

Ambos nos quitamos la ropa con premura, casi con desesperación. El deseo en mí es intenso, puedo jurar que siento lo rápido que corre la sangre por mis venas.

Los jadeos de Nicole son música para mis oídos, trato de pensar, trato de poner en orden mis ideas. Sé que no debería estar haciendo esto y lo que tendría que hacer es tomar a Nicole y devolverla sana y salva a su casa, pero tener su cuerpo bajo el mío hace que solo pueda pensar en ella y solo en ella.

—Te he extrañado tanto —dice cuando me separo de su boca.

—Yo también —digo en un jadeo—, y no te imaginas cuánto.

Nunca pensé que me encontraría en esta situación. Nunca pensé que una mujer se llegara a colar por cada poro de mi piel, a tal grado, de necesitarla como lo estoy haciendo en este momento.

Ese pensamiento hace que se me encoja el corazón, todo esto es muy extraño para mí y no sé muy bien cómo enfrentarlo.

Nos amamos, ella me acoge en su interior y casi pierdo el sentido al sentirla a mi alrededor. Acompasamos nuestros movimientos como una pareja de baile que se mueve en sincronía, hasta llegar a lo más alto. Hasta que el cielo se abre para nosotros, somos uno y luego volvemos a la realidad satisfechos, abrazados y deseando que aquel tiempo juntos no se acabe jamás.

La tengo entre mis brazos. Acaricio suavemente su espalda y pienso que ya es hora de llevarla a casa. Aunque no quiero que ella salga de mi cama tengo que hacerlo. Le beso la frente, ella suspira y se acurruca más a mi lado, me siento

fatal por tener que romper el contacto con ella.

—Nicole, levántate. Es hora de ir hasta tu casa.

—¿Qué!? —dice ella incorporándose rápidamente en la cama—. Pero yo no quiero. Quiero quedarme aquí contigo.

—¿Y cómo le vas a explicar a tu padre que no pasaste la noche en tu casa?

—No se dará cuenta, Lukas.

—Prefiero que no te arriesgues, así es que vamos, vístete y te voy a dejar a la mansión.

Ella me mira ceñuda, enojada porque de seguro piensa que no quiero estar con ella. Pero no es eso, si por mí fuera no me levantaría y estaría con ella, pero si su padre no la ve en casa, se armará la grande para ambos y sobre todo para mí.

Luego de un rato ambos estamos listos para salir en dirección a la mansión Cross. Montamos la motocicleta y ella me indica por dónde es que tengo que conducir para no ser vistos por la seguridad de la mansión.

Me lleva por un camino que está detrás de la mansión. Una parte que nunca me había preocupado por mirar. Este camino lleva a un bosque. Nadie ha pensado en poner una cámara en este lugar.

Llegamos a los setos por donde Nicole me ha dicho que se ha escapado y detengo la motocicleta.

—Muéstrame por dónde saliste —le digo serio y ella camina rápido y airada hasta una parte donde se encuentra un seto.

—Por aquí —dice y abre el seto donde veo que antes había una valla y ahora solo hay un gran hueco.

—Maldición —digo con los dientes apretados—. Tendría que decirle esto a tu padre...

—... ¡Lukas, no!

—Debería, pero no puedo decírselo sin echarme a mí mismo de cabeza. Tendría que explicarle cómo es que lo sé y no creo que a él le guste saber que su hija salió por aquí en medio de la noche para ir a casa de su guardaespaldas.

—Sí, no creo que le guste mucho —dice y se encoje de hombros.

No puedo decirle nada al señor Cross sin dejarme en evidencia, pero algo se me va a ocurrir, alguna mentira inventaré para que se haga una revisión a este lugar de la propiedad y pongan más seguridad.

—Vamos, entra —le digo a Nicole mientras hago un movimiento con mi

cabeza.

—No quiero.

—Hazlo, Nicole. Ya es tarde. Ve a descansar.

—Está bien —dice soltando un suspiro resignada —Nos vemos.

—Sí, nos vemos, pero no volverás a salir por aquí, ¿está bien?

—Está bien.

Se acerca a mí, me toma la cara entre sus manos para luego besarme como solo ella lo sabe hacer. De aquella manera con la cual me será imposible olvidarme de este momento.

Se separa, me sonrío, le sonrío y luego me desea una buena noche para luego desaparecer por un seto hasta el interior de la propiedad.

Veintitrés

Nicole

Ya estoy en mi habitación luego de que Lukas me trajera desde su casa. La verdad es que yo quería quedarme con él en su cama, lo he extrañado tanto, pero él creyó que no era prudente y me trajo de vuelta a la mansión.

Sé que fui impulsiva y no debí de salir de aquella manera para ir a verlo, pero si no lo hacía así, ¿entonces cómo?

Me meto en la cama y cierro los ojos para poder ver el rostro de Lukas. Nunca antes había sentido esto por un hombre y me temo que estoy total y perdidamente enamorada de él.

Abrazo la almohada hundiéndome en ella, recordando el cuerpo de Lukas y es así, que pensando en él, me quedo profundamente dormida.

Abro un ojo cuando escucho el sonido de la alarma del móvil. Hoy tengo que estar temprano en la casa en la que estoy trabajando, hay mucho que hacer en ella y estoy pensando que me llevará mucho tiempo dejarla como la quiero.

Me ducho rápidamente y me visto de igual manera para luego bajar al comedor donde ya está sentado mi padre leyendo la prensa matutina.

—Hola, papá, buenos días —digo mientras él baja el periódico y me mira el rostro.

Le sonrío mientras me acerco a él y le beso la mejilla para luego tomar asiento a su lado en la mesa.

—Hola, hija. ¿Dormiste bien? —pregunta elevando una ceja y escrutándome el rostro.

—Sí, papá, muy, pero muy bien.

—Se nota. Traes... no sé cómo decirlo... tu cara se ve muy descansada, feliz.

Yo tomo un sorbo de jugo y le esquivo la mirada. ¿Tanto se nota en el exterior lo feliz que me siento en el interior?

—Sí, papá. Es increíble lo que una buena noche de sueño puede hacer con una. Tú deberías intentarlo, duermes muy poco.

—Lo sé, hija, pero en este momento no puedo tomarme un descanso, estoy con demasiado trabajo.

—Papá —le digo en tono de regaño—, sabes que eso no te hace bien, no quiero que te enfermes.

Él no dice nada. Sé que su trabajo es muy absorbente, pero no quiero que luego su salud colapse. Un escalofrío me recorre por la espalda al pensar en que algo malo le pueda suceder a mi padre. No lo soportaría, no puedo perderlo a él también.

Desayunamos mientras él me pregunta qué haré en este día. Le cuento lo del proyecto y en todo lo que tengo que hacer en esa casa. Me da algunos consejos y luego se levanta para salir a su trabajo. Yo lo sigo ambos salimos juntos de la mansión.

Veo a Lukas que está al lado del auto de mi padre. Mi corazón comienza a latir más rápidamente, nuestras miradas se cruzan.

Él permanece estoico, sin siquiera mover un músculo de su rostro. Yo no puedo, no soy tan fuerte como él y de mis labios escapa una leve sonrisa que solo él es capaz de ver.

Mi padre se despide de mí con un beso en la mejilla y yo le deseo que tenga un buen día. Lo veo caminar hasta su auto y observo a Lukas cuando le abre la puerta para que mi padre ingrese. Al cerrar la puerta Lukas gira y me da una mirada, sus ojos azules son intensos y le sostengo la mirada hasta que él la baja y se pierde dentro del auto que pronto se pone en marcha, pasa por mi lado y salir de la propiedad.

—Buen día, señorita —Saluda Jacob quien está parado al lado de mi auto con la puerta del piloto abierta para mí.

—Hola, Jacob —lo saludo alegremente y me meto en el Mercedes.

Salimos de la propiedad y nos dirigimos a la nueva casa en remodelación. Me encuentro con el equipo que trabaja junto a mí y nos ponemos a discutir de lo que hay que hacer y los tiempos en lo que todo se debe hacer. Este equipo ya ha trabajado en varios proyectos junto a mí así es que no me cuesta hacerles

entender lo que espero de ellos.

Tomo notas y me pongo en contacto con mis proveedores, el día se pasa muy rápido cuando hay muchas cosas que hacer. Estoy escribiendo algo cuando Jacob, que está cerca de mí, recibe una llamada a su móvil.

Él me mira, como pidiendo permiso para contestar. Yo asiento con la cabeza y mira extrañado el número que le muestra la pantalla.

—¿Qué pasa, Lukas? —Al oír aquel nombre mi atención se centra completamente en mi guardaespaldas —. Sí, todo bien. Esta aquí a mi lado.

—¿Qué sucede? —pregunto, pero Jacob me indica con su dedo índice a que le dé tiempo.

—Está bien. Sí, de inmediato. —Y corta la llamada. Yo me acerco a él para que me diga por qué es que Lukas lo ha llamado.

—Jacob, ¿por qué te ha llamado Lukas? ¿Todo está bien?

—Señorita, tengo ordenes de llevarla de inmediato a su casa.

—¿Qué? ¿Pero por qué? ¿Qué ha pasado? —le pregunto nerviosa. ¿Por qué Lukas querría que fuera de inmediato a casa?

—No haga preguntas y vamos de inmediato.

—Jacob, aún no termino aquí con mi trabajo, no puedo irme así como así, lo mejor es que me digas qué es lo que pasa.

Él abre la boca, luego se calla y luego la vuelve a abrir para decir algo, pero en ese instante mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla y veo que es mi padre, ahora sí que me entra la preocupación y presiento que algo ha sucedido.

—Papá, ¿qué...

—Nicole, no preguntes nada y ve de inmediato a casa, por favor —dice él con la voz agitada.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, hija, estoy bien. Ve a casa, yo llego dentro de poco y hablaremos allá. Pero ve de inmediato, por favor.

—Está bien. Voy a casa.

Corto la llamada, dejo todo lo que estoy haciendo y tomo mi bolso para luego decirle al equipo de trabajo que me tengo que ir y que se pueden tomar libre lo que queda de día.

Salgo a toda prisa de la casa en dirección de mi auto con el sonido de las pisadas de Jacob que va a mi lado. Llegamos al auto, lo pongo en marcha y tomo el camino de vuelta a la mansión.

—Vamos, Jacob, cuéntame qué ha pasado. ¿Por qué mi padre me ha llamado

tan alterado?

—No creo que sea el indicado para contarle, espere a que sea su padre quien lo haga, señorita.

—Por favor, Jacob, solo dame un adelanto. —Él traga en seco para luego tomar una honda respiración.

—Hubo un amago de incendio en el edificio de su padre.

Casi freno de golpe el auto en medio del camino por lo que acabo de escuchar. Un amago de incendio... ¿Otro atentado?

Mi corazón comienza a latir con más rapidez. La mezcla de rabia y miedo se hace presente en ese instante y recorre todo mi ser. Solo quiero llegar a casa y ver cómo se encuentra papá y que me cuente todo lo que está pasando.

Manejo un poco más rápido de lo habitual y dentro de poco ya estoy entrando por el camino de gravilla de la mansión.

Me dirijo a los estacionamientos cuando veo que Lukas está parado al lado del Range Rover caminando de un lado a otro mientras habla por teléfono. Detengo el automóvil, me bajo y camino con rapidez hasta encontrarme de pie frente a él.

Lukas sigue hablando por teléfono. Su ceño está fruncido y puedo notar lo tensa que tiene su mandíbula.

—Nicole —dice cuando termina su llamada.

—Quiero que me digas qué fue lo que pasó y no te guardes ningún detalle —sentencio.

—Creo que es mejor que tu padre te cuente todo.

—No, quiero que me lo digas tú, de inmediato, Lukas.

Él baja la mirada al suelo de seguro que no quiere contarme nada, pero yo lo presiono a que lo haga.

—Hubo un amago de incendio en el edificio de tu padre. Justo en el piso donde él tiene su oficina.

—¿Y encontraron a quien lo hizo? Alguien tiene que haber visto algo —digo subiendo un poco el tono de mi voz.

—No, nada. Los bomberos piensan que fue un cortocircuito. Se está investigando.

—Pero tú no crees esa versión, ¿verdad?

Lukas baja la vista y se muerde el labio inferior. Sabe que esto no ha sido solo una falla en la instalación eléctrica.

—Nicole, lo mejor es que hables con tu padre, no importa lo que yo crea

—dice acercándose a mí y poniendo una mano en mi hombro.

Resoplo sonoramente. Estoy enojada por esta situación. Siento que mis mejillas se calientan y un nudo se forma en mi garganta. Los latidos de mi corazón aumentan en velocidad y empuño las manos que permanecen al costado de mi cuerpo.

—Odio esto —digo tratando de que no se quiebre mi voz y romper a llorar—. Odio perder mi libertad de hacer y deshacer a mi antojo. ¿Por qué aún nadie puede hacer nada para atrapar a la persona que nos quiere hacer mal? Dime Lukas, ¿por qué ha costado tanto atrapar a esta persona?

—Nicole, cálmate...

—No. No me puedo calmar cuando tengo que desconfiar hasta de mi sombra. Hasta que no encuentren al culpable de todo esto no voy a estar calmada.

Digo y me aparto de él para comenzar a caminar a la mansión y ver cómo está papá. Escucho que Lukas me llama, pero yo no giro ni me detengo al oírlo. Entro en casa y voy directo a la biblioteca que es donde se encuentra mi padre. Entro sin golpear. Él está hablando por teléfono caminando de un lado a otro dentro de la habitación. Tiene el ceño fruncido y la mirada cansada, está agotado, lo puedo ver en su rostro.

Al verme él termina la llamada y yo corro hasta su lado para abrazarlo con todas mis fuerzas. Es entonces que permito que mis lágrimas salgan con ganas y hundo mi rostro en su pecho.

Mi padre pasa su mano por mi espalda, como lo hacía cuando yo era una niña y lloraba y él me consolaba con cariño.

—Solo quiero que todo esto termine lo más pronto posible, que el maldito que está haciendo esto sea atrapado y se pudra en la cárcel.

—Pronto pasará todo esto. Ya verás —dice acariciando una de mis mejillas.

—Eso espero, papá.

Lo vuelvo a abrazar y le beso una mejilla para luego despedirme de él. Subo a mi cuarto y me acerco a la ventana. Observo a Lukas. Está hablando con Jacob. Se ve serio y tenso, se nota en la pose casi marcial en la cual mantiene su postura.

Pienso en él y en mí. Pienso en que, de no ser por el primer ataque, tal vez nunca hubiera conocido a Lukas. Él es lo único bueno que ha pasado en toda esta caótica situación.

Quiero que todo esto termine para poder estar junto a él sin mentiras. Gritarle a todos que lo quiero.

Veinticuatro

Los días han pasado y todo sigue igual. No hay noticias de nuestro atacante, es como si todo lo hubiera hecho un fantasma. Mi padre y yo hemos tratado de seguir con la rutina de nuestros trabajos, aunque él me pide que algunos días me quede trabajando desde casa.

Yo lo complazco, sé que así está un poco más tranquilo. A Lukas lo veo cada mañana y por la noche hablamos largamente por teléfono. Aún no he encontrado una forma de que nos podamos ver y eso me está matando. Necesito estar con él. Necesito besarlo. Él me pide calma, pero está claro que yo soy demasiado impaciente y el que me pida calma es una tarea titánica para mí.

Mi padre se ha marchado al trabajo y yo me quedo en la mesa del comedor desayunando tranquila y lentamente. Trato de pensar en qué hacer con respecto a Lukas y a mi padre. Quiero contarle que estoy enamorada de nuestro guardaespaldas, pero no encuentro las palabras por dónde empezar.

Estoy en eso, con mi mente en las nubes cuando mi tío Alan entra en el comedor y me saluda:

—¿Cómo está mi sobrina favorita en todo el mundo?—dice de manera alegre y luego me besa la mejilla— ¿Te encuentras bien? Pareces algo distraída.

—Sí, tío. Estoy muy bien. Solo estaba pensando en cosas que tengo que hacer.

Él se sienta en la silla contigua a la mía y le ofrezco café que acepta de inmediato.

—Supongo que tu padre ya salió para el trabajo.

—Supones bien.

—Y tú. ¿Sales hoy al trabajo?

—La verdad es que no tengo muchas ganas. Creo que será mejor quedarme aquí y ver algo de televisión. ¿Quieres acompañarme? —le pregunto entusiasmada.

—Puede ser. Creo que mi agenda está vacía el día de hoy, así es que puedo compartirlo contigo.

—¡Genial!

Mi tío bebe el café mientras conversamos de cosas cotidianas. Me pregunta por cómo ha estado mi padre y por mi trabajo de remodelación en la casa en la que estoy trabajando. Hablamos por largos minutos hasta que ambos dejamos el comedor y nos vamos al salón.

Él se queda parado en unos de los ventanales mirando hacia el exterior. Tiene la vista fija en algo, eso me causa curiosidad y me acerco a él para ver qué le ha llamado tanto la atención.

—Esa máquina debe correr como el viento —dice mirando el Mercedes que está estacionado fuera de casa.

—La verdad no lo sé, tío. Nunca lo he conducido a exceso de velocidad.

—¿De verdad? —pregunta y mira el automóvil como un niño que mira su juguete favorito en la juguetería —Me encantaría poder conducirlo. ¿Vamos?

—No creo que pueda acompañarte, tío...

—Ah, Nicole. Solo será una vuelta por aquí. Solo para ver cuánto se demora en pasar de cero a cien. Volvemos enseguida, lo juro.

Dice y me da una enorme sonrisa pícara, como la de un chico travieso que me invita a participar en su juego. Lo miro risueña. Hace días que no hago nada divertido, hace días que todo es salir al trabajo y volver a casa. Todo me ha causado demasiado tedio y stress, necesito algo de diversión.

—¿Me prometes que solo será una vuelta aquí cerca? No quiero que mi seguridad llame a mi padre y este se alarme por nada.

—Lo prometo. Será muy rápido.

—Bien. Entonces vamos.

Caminamos rápido hasta salir de la mansión e igual de rápido llegamos hasta el auto. Mi tío se sube en el asiento del piloto mientras yo abro la puerta del lado del copiloto cuando veo que Jacob ya está a mi lado.

—Señorita Cross. No me dijo que iba a salir.

—No iba, pero ahora voy.

—No es necesario que nos acompañes, Jacob —dice mi tío— Solo será una vuelta por aquí. Algo muy rápido para medir el motor de esta hermosura.

—Señor, no puedo dejar a la señorita ni a sol ni a sombra. Usted sabe que son órdenes del señor Gustav.

—Lo sé, pero no te pongas pesado. Nada va a pasar. Iremos y volveremos enseguida.

Veo que el rostro de Jacob se torna rojo. Solo cumple con su trabajo y no lo puedo culpar por eso, pero solo por hoy quiero sentirme normal. Fingir que no necesito que alguien cuide de mi vida. Que nada malo pasa.

—Jacob, estaré bien —le digo mientras pongo mi mano en su hombro—. Iremos y volveremos enseguida, seré cuidadosa. Ni cuenta te darás de qué he salido.

—Señorita, por favor, si su padre se entera de esto es capaz de matarme.

—Jacob, sabes que no es así. Él no te hará nada.

—Jacob —interviene mi tío—, cuidaré de mi sobrina con mi vida. Además el auto es blindado, solo será aquí. Ida y vuelta y ya.

Jacob pasa su mirada de mi tío a mí y viceversa, hasta que al final claudica y me hace jurar que seré cuidadosa y que estaré de vuelta en menos de media hora o si no estará tranquilo.

No escucho más, me subo al auto mientras mi tío pone a rugir el potente motor y pone los seguros de las puertas cosa que Jacob no pueda hacer nada para abrirlas.

Mi tío pone en marcha el auto y veo por el retrovisor que Jacob levanta las manos y nosotros nos alejamos a toda velocidad.

La seguridad de la entrada ve que el auto se les viene encima y abre la reja y así, mi tío conduce el auto pasando de cero a cien en un segundo. Salimos de la mansión, él ríe nervioso como un niño pequeño que acaba de cometer una gran travesura.

Me contagio con su ánimo. Suelto una gran carcajada mientras que el auto sigue subiendo la velocidad. Ni cuenta me doy cuando ya nos hemos alejado bastante de la mansión.

—Este auto es una delicia —dice mi tío que otra vez mete fuerte el pie en el acelerador y yo me aferro apretando muy fuerte las manos en el asiento del copiloto.

Seguimos en el camino hasta que entramos en un camino que nunca antes he visto. Él no baja la velocidad, pero ahora siento algo en mi corazón, como si de un extraño presagio se tratara.

—Tío —digo aclarándome la voz—, creo que nos hemos alejado mucho de la mansión. Será mejor que regresemos.

—Tienes razón. No me he dado cuenta de nada. Este auto es un placer de conducir, pero creo que tienes razón y deberíamos volver. Más adelante se abre el camino y giraré de vuelta a la mansión.

Conduce un poco más y hace como ha dicho. Baja la velocidad y gira el auto para que podamos volver a casa.

Seguimos así hasta que de pronto, y de la nada, un auto se cruza en el camino impidiéndonos pasar.

—Pero qué diablos pasa —dice mi tío frenando de golpe.

—No te detengas, tío...

—Pero es que no puedo seguir adelante. Iré marcha atrás.

Comienza con la marcha atrás cuando un ruido muy fuerte nos detiene. El auto ha chocado contra una camioneta negra que nos ha cortado el paso por el otro lado. De esta última bajan tres hombres que van armados y usando pasamontañas en su rostros.

—Nicole... —dice mi tío como si estuviera pidiéndome una disculpa por estar en esta situación.

—Tío, no bajes. El auto es blindado, no salgas del auto —digo cuando veo que desde el otro auto se bajan dos hombres más cargando armas de alto calibre en sus manos.

Trago en seco y miro hacia todos lados buscando una salida, pero caigo en cuenta de que no la hay.

La cara de mi padre pasa por mi mente al igual que la de Lukas. Mi respiración se vuelve agitada, estoy entrando en pánico.

Los hombres nos apuntan por todos lados, mi tío ha detenido el motor del auto dándose por vencido. Uno de los hombres se acerca hasta la ventanilla del conductor y nos hace señas para que bajemos del auto.

—No, tío —digo cuando veo a mi tío sacarse el cinturón de seguridad—. No te bajes, no lo hagas.

—Nicole, si no lo hacemos estos hombres podrían matarnos aquí mismo. Lo mejor es que conservemos la calma y sigamos sus instrucciones. De seguro solo quieren dinero.

—Tío, no —le digo, pero él ya ha abierto la puerta y el hombre que está afuera lo apunta en la cabeza con su arma.

—Vamos. Tú también baja, ahora —dice el hombre que está apuntando a mi tío.

Yo estoy paralizada. Es como si mis músculos no respondieran a la orden que les da mi cerebro de moverse con prisa. No puedo hacerlo. Solo puedo mirar a mi alrededor como si buscara algo que me pudiera salvar, pero sé que no hay nada, estoy perdida.

—Vamos, princesa. No nos hagas perder tiempo —dice el hombre que ha abierto la puerta del copiloto, que me ha quitado el cinturón de seguridad y que ahora me toma por un brazo para sacarme del auto con mucha facilidad. Es que no puedo resistirme. Podría ser peor, podría morir en este instante si es que a ellos les da la gana.

Nos llevan hasta la camioneta. Mis ojos se comienzan a llenar de lágrimas. Tengo miedo. Mucho miedo.

Uno de los hombres nos ata las manos por delante y luego me pone una capucha negra sobre la cabeza.

—Vamos —dice otro y la camioneta se pone en marcha.

Mi cuerpo comienza a temblar y las lágrimas ahora salen con más fuerzas y en un leve sollozo tratando de que nadie me oiga. De pronto escucho el “lo siento, Nicole” de mi tío que está sentado a mi lado.

La camioneta va a alta velocidad. Nadie ha dicho ni una sola palabra más. Yo solo puedo pensar en cómo se sentirá mi padre cuando se entere de lo que me ha pasado. Eso me entristece demasiado. ¿Por qué fui tan descuidada? Pero ya es tarde para recriminaciones. Ya no puedo cambiar nada, ahora solo queda esperar que estos hombres no quieran otra cosa más que dinero.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero ahora siento que la camioneta baja la velocidad hasta detenerse. Los hombres nos toman con brusquedad y nos dicen que caminemos hasta que estoy sentada en una silla.

Respiro con rapidez lo que hace que la capucha se pegue a mi boca. Tengo sed, necesito beber algo de agua.

—Agua, por favor —pido casi suplicando.

—¡Cállate! —recibo como respuesta.

—Por favor —interviene mi tío— Dele agua a la chica, se lo pido por favor.

El hombre no dice nada, pero puedo oír sus pasos alejándose.

—Nicole, tranquila, todo va a estar bien —dice mi tío para tratar de

calmarme, pero no lo logra, yo estoy muy nerviosa.

De pronto siento que alguien toma mi capucha y me la quita de la cabeza. Me cuesta un poco enfocar a la figura que tengo ante mí hasta que lo logro.

—¿Tío? —pregunto sorprendida— ¿Cómo...? ¿Cómo es que lograste zafarte...? ¿Cómo es que...?

—¿No querías agua? —pregunta mostrándome una botella de agua— Pues toma.

Él me lanza un chorro de agua hacia la cara y suelta una carcajada. Yo estoy confundida, no entiendo por qué él se comporta así. Por qué él está libre frente a mí tratándome de esta manera.

—Tío... ¿Qué haces? ¿Qué pasa?

—Ay, Nicole, Nicole. Si hubiera sabido que era tan fácil convencerte de salir sin seguridad lo hubiera intentado hace tiempo. Ahora gracias a ti tu padre vendrá hasta aquí y así acabare con los dos de una buena vez.

Trago en seco. Mi mente está tratando de procesar lo que acabo de escuchar de boca de mi tío. Esto debe de ser una pesadilla de la cual espero ojalá despertar muy pronto.

—¿Qué es lo que sucede contigo, tío? No... no entiendo.

—No creí que fueras tan lenta, hija —dice acercándose hasta mí y agachándose para quedar a la altura de mis ojos— Te acabo de secuestrar, Nicole. ¿Es que no te das cuenta?

Un miedo que nunca antes había sentido se apodera de mí al ver los ojos de mi tío, tan parecidos a los de mi padre, pero que en este momento desprenden una maldad que nunca antes he visto en mi vida.

—¿Siempre has sido tú? ¿Todo este tiempo? ¿Por qué? —pregunto casi con un hilo de voz.

—¡Bravo! Hasta que al fin descifras el enigma. Sí, todo este tiempo he sido yo.

Se suponía que debían morir la noche de la ópera, pero tu padre me salió con la jugada del auto blindado, eso no me lo había contado y ese intento fracasó. Luego vino lo de la seguridad extra. Tu ex guardaespaldas es un tipo duro, se nota desde lejos, no podía alejarte de él... Si hasta se me escaparon en la persecución por la ciudad.

Pero bueno, no podía tener tanta mala suerte y hoy fue mi día y estás aquí y pronto estará también tu padre y así podré presenciar una hermosa última reunión familiar.

Él esboza una sonrisa maligna, no puedo creer lo que veo. Alan Cross siempre fue una persona cercana y cariñosa conmigo, no es posible que él sea el artífice de todo esto, no lo puedo creer.

—¿Pero por qué? ¿Qué te he hecho yo? ¿Qué te ha hecho mi padre? — no puedo evitar que mis lágrimas comiencen a correr por mis mejillas mientras hago las preguntas.

—¿Te parece poco existir? —dice con un odio en las palabras que se mezcla con un deje de asco—. Gustav siempre fue el chico de oro. Mis padres lo adoraban, siempre apoyaban sus ideas. Se hizo rico rápidamente, se casó con una mujer preciosa y formó una familia próspera. Tiene todo lo que yo siempre quise y ahora, con ustedes dos muertos, lo tendré.

Él se pasea de un lado a otro cuando veo que, desde un rincón del lugar donde nos encontramos, aparece un hombre y le dice que todo está bajo control para luego entregarle un arma.

Vuelvo a pensar en mi padre y en Lukas. Cierro mis ojos y rezo para que esto pase rápido. Si es que tengo que morir, que sea deprisa.

Trato de mover mis manos que están amarradas por delante, pero el nudo está muy bien hecho y solo logro lastimarme más las muñecas con el rose de la cuerda. Tengo que hacer algo para escapar, ¿pero qué? Nada viene a mi mente. Miro a todos lados viendo alguna parte por la cual se pueda huir, pero todo está en penumbras. No tengo salida.

—Tío, no lo hagas, por favor —le ruego llorando.

—¿Qué? ¿Estás loca? He esperado mucho por este momento, desde la muerte de tu madre para ser más exacto. La extinción de la familia Cross... Ah... qué bien suena.

—¿Y qué vas a ganar con eso?

—¡Mucho! —dice entusiasmado. Acerca una silla y la pone frente a mí y se sienta a modo de vaquero— Verás, tu madre murió, al morir tú y tu padre no hay más herederos, solo yo, que soy el último de los herederos consanguíneos, por lo tanto tendré todo lo que es de tu padre, todo lo que siempre quise ¿Ahora lo entiendes, tontita?

Abro la boca, pero nada sale de ella. Solo puedo llorar y llorar y me siento una inútil por no poder prevenir a mi padre, por no poder hacer nada por él.

—Bien —dice mi tío ahora sacando un teléfono móvil desde el bolsillo de su chaqueta—, es hora de que comience el show. Llamaremos a tu padre y él vendrá en busca de su hija adorada. En busca de su propia muerte.

VEINTICINCO

LUKAS

Estamos en el edificio del señor Cross. Ahora me mantengo afuera de su puerta, es así desde el incendio que, según el informe del cuerpo de bomberos, fue intencional.

Miro hacia un lado y hacia otro, el día pasa lento en comparación a como pasaban cuando estaba con Nicole. Ah, Nicole... Apenas si la he podido ver un par de veces esta semana y siento que me hace mucha falta. Estoy realmente mal para reconocer esto, me digo mentalmente, pero de verdad es que me hace mucha falta su compañía.

Estoy pensando en ella, en sus labios y en los días compartidos cuando la puerta de la oficina de Gustav Cross se abre de golpe y el hombre sale con la cara pálida, desencajada y con la respiración agitada, como si acabara de correr una maratón.

—Señor Cross, ¿se encuentra usted bien?

—Nicole... Tienen a Nicole —dice apoyando su mano en mi hombro dándome un buen apretón.

—Señor, cálmese. ¿Qué pasa con Nicole? —digo tragando en seco, pensando lo peor, pero tratando de mantener la calma.

—Acabo de recibir un llamado. Un hombre... Nicole... Un hombre dice que tiene a Nicole.

Siento que mi corazón se detiene. Esto no puede estar pasando. Nicole... Alguien tiene a Nicole.

—¿Quién lo llamó? Debe ser una broma de muy mal gusto. Nicole está en casa con Jacob, no creo que él la descuidara de esa manera.

De inmediato saco mi móvil y marco el número de Jacob para salir de la duda y solo puedo pedir que todo esto sea una broma y ella esté en su casa sana y salva.

—Jacob, dime que Nicole está ahí contigo...—El silencio se hace por un par de segundos y luego escucho que él suelta la respiración que ha estado conteniendo.

—No, Lukas. Ella... Ella salió hace un rato junto a su tío y aún no regresa. Cierro los ojos y siento cómo un escalofrío recorre mi espalda. Ella no está. Se la han llevado y el peor de mis temores se hace realidad.

—¿Por qué la dejaste sin custodia? ¿En qué estabas pensando?

—Salió en su auto con su tío. Casi ni me dejaron opción, salieron con el automóvil a toda velocidad desde la mansión. Solo irían a dar una vuelta.

Me dan ganas de lanzar el teléfono contra la muralla. Siento que una ira se abre paso a través de mi cuerpo, pero tengo que mantener la mente lúcida y actuar de manera calmada para poder salvarla, no puedo perderla. No, a ella no.

—¿Qué pasa, Parker? ¿Ella no está? —pregunta el señor Cross que me toma por las solapas de la chaqueta del traje y me sacude exigiéndome una respuesta.

—No, señor. Salió junto a su tío y sin custodia.

—¡No! ¡Mi hija! —grita el hombre despertando la curiosidad de todos los que trabajan en ese piso— ¿Qué vamos a hacer, Parker? No me dijeron nada más, solo que la tienen y que espere su llamada.

—Cálmese, sé cómo ubicarla —digo marcando un número en mi móvil.

—Pero, cómo...

—Hola, Rick —digo cuando mi amigo Rick Sullivan responde al otro lado del teléfono— Estoy en una situación de urgencia. Necesito que actives mi GPS.

—De inmediato. ¿Vas a necesitar refuerzos? —pregunta él y creo que de verdad voy a necesitarlos.

—Sí, amigo. Los necesito, es un caso de secuestro.

—Bien, reuniré al equipo —luego de un par de segundos me da la ubicación de Nicole. Está en unos viejos almacenes al oeste de la playa.

—Gracias, amigo. Nos vemos allá.

—¿Qué va a hacer, Parker?

—Señor Cross, no tengo tiempo para explicarle. Cada segundo cuenta. Solo le digo que sé dónde está Nicole he iré por ella. Me llevaré su auto.

—Pero yo quiero ir también. Quiero estar con mi hija.

—Le recomiendo que vaya a casa. Sé que quiere estar con ella, pero tengo todo bajo control. El equipo SWAT será mi refuerzo. Por favor, déjeme hacer mi trabajo.

El hombre me deja ir a regañadientes. Me pide que lo tenga informado de todo y yo solo le pido que se vaya a casa y que no haga nada imprudente.

Bajo por el ascensor agradeciendo el que Nicole no se quitara el brazalete que le diera aquella noche que pasó en mi casa y que es un GPS. Mientras bajo los pisos puedo escuchar los latidos de mi corazón en mis oídos. Me quito la corbata porque siento que impide que el aire ingrese correctamente a mis pulmones.

Llego hasta el estacionamiento y corro hasta el Range Rover del señor Cross. Enciendo el vehículo y salgo a toda velocidad del edificio. Saco mi móvil y miro la ubicación que me ha enviado Rick. El lugar no está muy lejos y espero estar muy pronto ahí con ella y sacarla de ahí.

Sé que voy a exceso de seguridad, pero la verdad no me importa, necesito llegar con ella, espero que no sea demasiado tarde, y al pensar en esto, siento como si recibiera un fuerte golpe en el estómago y un dolor en mi corazón. Es como si estuviera reviviendo todo lo sucedido aquel fatídico día en el SWAT. Sacudo mi cabeza, esta vez todo será distinto, no puedo perderla. No puedo perderla.

Ya me estoy acercando al lugar y estaciono el auto en un sitio alejado para no llamar la atención, por si alguien estuviera vigilando. Me giro y puedo ver que el equipo SWAT está llegando también.

Les hago señas con una mano y ellos estacionan al lado del Range Rover. Rick es el primero en bajar y yo salgo a su encuentro.

—Hola, Lukas. ¿Cuál es la situación? —me pregunta con premura mientras estrecha mi mano.

—Nicole Cross ha sido secuestrada. Está en esa bodega según el GPS que le di.

—Bien, ¿Qué vas a hacer?

Me acerco un poco más a él y tomo desde un bolsillo de su chaqueta un par de binoculares. Miro alrededor del lugar donde está Nicole y puedo divisar a dos tipos vigilando una puerta.

No se ve más gente, pero de seguro que no solo son dos los malditos que están ahí.

—Necesito ir por ella, Rick. Necesito sacarla de ahí a como dé lugar —digo apretando mi mandíbula reflejo de la tensión que estoy sintiendo en este momento.

—Sí, lo entiendo, pero tenemos que actuar con cautela. Por lo menos esperar a que anochezca un poco, tener bien vigilado el perímetro —me dice Rick para hacerme entrar en razón y para que no actúe con la cabeza caliente.

—Tienes razón, amigo —digo tomando una honda respiración— Pero entiende mi situación, yo... yo...

—Tú estás enamorado de esa chica. —Abro mucho los ojos por lo que acabo de escuchar, pero no lo puedo negar, no a mi amigo y compañero que me conoce tan bien.

El sonido de mi móvil me evita el tener que responder la pregunta implícita que veo en los ojos de Rick, pero creo que ya no hace falta contestar lo obvio. Veo en la pantalla que es el señor Cross quien me llama, le contesto de inmediato. El hombre me comienza a bombardear con preguntas sobre el estado de su hija y si ya estoy con ella. Le pido calma, cosa que ni yo tengo, pero trato de infundirle confianza al hombre para que se quede tranquilo y me deje hacer lo que tengo en mente.

Le digo que se quede en su casa ante la insistencia de ir hasta el lugar donde me encuentro, que el equipo del SWAT ya se encuentra a mi lado y que, si recibe alguna llamada del secuestrador, le informe de inmediato a Rick. Gustav Cross corta la comunicación a regañadientes luego de que le cuento todo lo que voy a hacer para sacar a su hija sana y salva del lugar donde la tienen encerrada.

Los agentes del equipo me dan información de los alrededores, me indican que se han visto dos hombres más aparte de los que ya estaban en la entrada, así es que pienso rápidamente cómo voy a hacer para quitarme a cuatro hombres de encima sin hacer tanto alboroto y que Nicole salga ilesa de todo.

—Bien, creo que ya es hora —digo mientras reviso que mi arma esté correctamente cargada.

—Toma esto —dice Rick quien me alcanza un chaleco antibalas y un cargador extra para mi pistola.

Le agradezco con un asentimiento de cabeza y comienzo a colocarme el chaleco. Me mentalizo en lo que tengo que hacer. Mi objetivo por sobre todas las cosas es sacar a Nicole de ese sitio a como dé lugar y ponerla a salvo de aquel maldito que, dicho sea de paso, voy a matar con mis propias manos.

Comienzo a caminar hacia la vieja bodega, rodeando el lugar y tratando de no ser visto por ninguno de los vigilantes. Llego cerca y veo a un hombre que está fumando. No lleva arma en su mano, si no que colgando en una pistolera.

Me acerco por su espalda y sin más le hago una llave de karate en el cuello para dejarlo tendido en el suelo. “Uno menos” digo en un susurro y le quito el arma al hombre en caso de que despierte.

Veo al otro hombre que se dirige hacia atrás de la bodega. Lo sigo con mucho sigilo y actúo de la misma forma que lo he hecho con el otro. Le quito el arma y lo dejo tirado en el suelo y ahora tengo que entrar a la bodega. Sé que hay un par de hombres más por ahí así es que tengo que ser muy cuidadoso, no ponerme en evidencia y buscar a Nicole.

Me parapeto tras un montón de cajas que están apiladas ahí. Busco a los hombres, pero no los encuentro, hasta que los veo conversando y bebiendo en uno de los rincones de este lugar.

Tomo mi arma y busco en el chaleco antibalas el silenciador de la pistola. Empuño la pistola y me voy moviendo despacio para llegar hasta aquellos dos malditos que se ríen y beben como si estuvieran en una celebración.

En mi camino desvío la vista al centro de la bodega y la veo. Nicole. Está iluminada por un tenue rallo de luz, sentada en una silla con las manos atadas por delante. Veo su rostro triste, sus ojos hinchados de llorar y dentro de mí la ira se hace más grande. Quiero tener en mis manos a quien sea el causante del llanto de Nicole.

Ahora apuro mi paso y sorprendo a los dos hombres que no alcanzan a sacar sus armas. Lucho con ellos. A uno lo golpeo en la parte de atrás de la cabeza con el mango de mi arma mientras que al otro me cuesta un poco más reducirlo.

Intenta sacar su arma y me abalanzo sobre él para impedirselo. Una vez en el suelo lo golpeo fuerte en el rostro y él trata de zafarse de mí, pero no lo logra. La rabia que siento dentro de mí me hace tener más fuerza que él en ese momento.

Lo vuelvo a golpear fuertemente en el rostro hasta que queda fuera de combate. Le quito el arma como he hecho con todos los demás. Solo espero que no haya más hombres rondando por ahí. Tengo que ir a ver a Nicole y con rapidez me dirijo hacia ella.

—¿Lukas? —pregunta cuando levanta sus vista y me ve acercarme — ¡Lukas!

¡No! ¡Vete, él va a venir! ¡Él va a venir!

—Tranquila, cariño. Te sacaré de aquí —digo he intento desatar las cuerdas que están alrededor de sus muñecas.

—No, Lukas. Vete, él va a venir y tiene un arma... Tiene un arma.

Ella está aterrorizada y se mueve con desesperación lo que me dificulta desatarla. Me detengo por un segundo y le aviso a Rick, por el intercomunicador que está en el chaleco, que ya pueden avanzar, en el caso de que exista otro hombre más por ahí dando vueltas.

—Nicole, voy a sacarte de aquí —digo y a ella se le llenan los ojos de lágrimas y terror.

—Creo que eso será imposible, guardaespaldas —escucho una voz conocida tras de mí y luego un golpe sordo en mi cabeza.

Caigo al piso un poco mareado y escucho la voz suplicante de Nicole como si estuviera muy lejos de mí. Trato de fijar la vista y veo a Alan Cross sobre mí. Le apunto con mi arma, pero él es más rápido y me da un tiro en el brazo lo que me obliga soltar el arma.

Siento un enorme dolor. Como si un fuego me fuera consumiendo la carne y suelto un grito. ¡Maldición! Solo espero que Rick ya esté aquí.

—Tío, no, por favor. No le hagas daño —pide Nicole entre llantos.

—Qué inoportuno, señor Parker. Ahora en vez de dos cadáveres tengo que ver cómo voy a desaparecer a tres. Esto es mucho, hasta para mí.

No puedo creer que este hombre sea el causante de todo lo que ha sucedido a los Cross. Según me había dicho Nicole sentía un gran aprecio por su tío y él siempre demostró su cariño hacia ella abiertamente. Mentira. Todo ha sido una gran mentira siempre.

—Tío, déjalo ir. Él no tiene nada que ver con esto.

—Pero vino hasta aquí, te encontró, claro que tiene que ver con esto.

Lo siento, querida.

Nicole me mira y noto en sus ojos la desesperación. Giro mi cabeza hasta mi brazo y veo la gran mancha de sangre que hay en mi camisa y de seguro que eso la ha asustado mucho. Miro también mi pistola. Está tan cerca de mi mano, pero no me puedo acercar a ella, el dolor no me lo permite.

—Pero tú nos quieres a mi padre y a mí, no a Lukas. Por favor, está herido, deja que se vaya —suplica ella y yo le pido que no lo haga.

—¿Estás loca? Ya vio mi cara, sería un tonto si lo dejo vivo —dice el hombre y levanta su arma apuntándome directo a mí.

—¡No, por favor! —grita Nicole quien se levanta de su silla y luego se arrodilla frente a mí.

Trato de infundirle confianza. Quiero decirle que no se preocupe por mí, que pronto llegará el SWAT y todo esto habrá terminado.

—Nicole, tranquila...

—Lukas, no debiste venir.

—Ah... Qué flojera esta escena de amor. Nicole, vuelve a tu lugar —pide Alan Cross, pero Nicole no le obedece y veo que su mirada fija en algo. El arma.

—¿Nicole? —le pregunto en un susurro, pero ella no me responde, no me mira, sigue con sus ojos puestos sobre la pistola.

—Vamos, arriba. Aléjate de él. Quiero terminar con este problema antes de que llegue tu padre— le grita el hombre y pareciera que Nicole no escuchara nada.

Todo pasa muy rápido. No alcanzo a detener a Nicole. Aunque tiene las manos atadas logra llegar hasta el arma, la toma, pasa el seguro y se gira con una velocidad digna de una súper heroína para luego apretar el gatillo y disparar a su tío. La bala va a dar justo al centro del pecho del hombre, que mira su cuerpo por donde comienza a salir la sangre. Luego de eso cae. El Hombre está muerto.

Veintiséis

No puedo creer lo que acabo de ver. No puedo creer que ella lo haya hecho. Nicole le ha disparado a su tío y lo ha matado.

Ella aún sigue de pie con el arma en la mano y mirando el cuerpo inerte de Alan Cross.

—¿Nicole? —pregunto cuando veo que su cuerpo comienza a temblar

—Nicole, mírame.

De pronto escucho un estruendo. Es la puerta trasera que se abre y el equipo SWAT hace su ingreso. Comienzan a revisar el lugar y Rick llega hasta mí, pero se queda mirando a Nicole. Lentamente se acerca a ella que está en shock.

—Deme el arma, señorita —pide Rick en un tono suave. Ella se gira y lo mira

—Tranquila, ya todo terminó.

Nicole se deja quitar el arma y pestañea muy rápido un par de veces. Es como si volviera a la realidad.

—Necesito una ambulancia. Tengo a un hombre herido —pide Rick y se acerca hasta mí para ver mi estado. Le digo que no se preocupe, que estoy bien y que saque a Nicole de este lugar.

Rick se da a la tarea de desatar las manos de Nicole. Una vez que ella se encuentra libre llega a mi lado. Su mirada es triste y preocupada y comienza a llorar.

—¿Estás bien? ¿Te duele? —pregunta rápidamente— ¿Por qué viniste, Lukas? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Tenía que venir por ti. No podía permitir que te hicieran daño. No lo soportaría. —Trato de incorporarme un poco aunque siento un gran dolor en el

brazo

—¿Cómo sabías que estaba justo aquí?

—Tu brazalete... es un GPS.

Ella mira su muñeca donde se encuentra el brazalete y lo acaricia lentamente para luego mirarme y sonreírme levemente. Se nota que aún está en shock. Necesita descansar. Necesita salir de este lugar de inmediato, sentirse segura y saber que todo va a estar bien.

—Señorita Cross. Venga conmigo —interrumpe Rick, pero ella lo mira a él y luego a mí —No se preocupe, la ambulancia ya viene por él y por usted. Necesito que salga de aquí.

—Pero... pero yo... —dice ella como queriendo protestar.

—Ve, Nicole. Yo estaré bien. Te veré pronto.

En ese instante ingresa un equipo de emergencia que llega hasta donde estoy con una camilla. Me suben en ella y me llevan con prisa hasta la ambulancia. Me siento bien, sé que estoy bien aunque se vea mucha sangre a mi alrededor. Ha llegado mucha gente hasta el lugar. La policía tiene cercado todo el perímetro y varios equipos de investigación ya están aquí. Veo que han sacado a los hombres que eran cómplices de Alan Cross y de ahí me suben hasta la ambulancia que se pone en marcha para salir camino hasta el hospital.

No sé bien qué hora es. Sé que me he quedado dormido, o más bien me han inducido el sueño cuando entré al quirófano para que me extrajeran la bala.

Ahora estoy en una habitación de hospital mirando el blanco e inmaculado techo de esta, cuando de pronto se abre la puerta y giro mi cara para encontrarme con el preocupado rostro de mi madre.

—¡Querido! ¡Despertaste! ¿Cómo te sientes?

—Bien, mamá. Pero ¿qué haces aquí? No era necesario que vinieras.

—Claro que era necesario. Vine apenas me avisaron de que estabas herido. Rick me contó todo lo sucedido —dice para luego acariciarme el rostro—. No sabes el susto que he pasado.

Trago en seco porque sé que, por la cabeza de mi madre, han pasado miles de pensamientos trágicos. De seguro que hasta ha pensado en mi padre y en que yo acabaría mi vida de la misma forma que él.

Ella me cuenta lo que le ha dicho el médico sobre mi estado de salud y doy gracias a Dios que la bala no me causó complicaciones. Solo estaré un par

de semanas sin poder usar mi brazo, pero si todo va bien, volveré a la normalidad dentro de poco. Así es que espero este mismo día dejar el hospital.

La cháchara de mi madre es interrumpida por dos golpes en la puerta de la habitación. Ella pide que quien sea que está al otro lado que entre y la puerta se abre. Gustav Cross está delante de nosotros.

Se queda parado por un par de segundos sin emitir ni media sílaba. Está mirando fijo y, cuando sigo su mirada, noto que la ha posado sobre mi madre. Ella debe de haberlo notado también, ya que puedo ver que se sonroja un poco.

Me siento un poco incómodo en esta situación. Ambos se miran y nadie dice nada. Mi madre se acomoda su rubia melena tras la oreja y yo, que no aguanto más esto, me aclaro la garganta para que ambos no se olviden de que estoy presente.

—Señor Cross —digo y el hombre parpadea con rapidez para luego mirarme.

—Lamento haber interrumpido. Quería saber cómo estabas, Lukas.

—Él está muy bien, señor —se adelanta a responder mi madre.

—Qué bien. Y disculpe mi mala educación —dice él y da un paso para quedar más cerca de mi madre que sigue de pie a mi lado —Soy Gustav Cross... ¿y usted es?

—Liliane Parker, la madre de Lukas. Un placer, señor Cross —dice ella y le extiende la mano que él estrecha con la suya a modo de saludo que se alarga demasiado para mi gusto.

Sé que mi madre es joven y bella. Siempre que salimos juntos puedo ver cómo los hombres la miran, pero ser espectador en primera fila de un coqueteo entre mi madre y el señor Cross es demasiado para mí. Vuelvo a aclarar la garganta y mi madre suelta la mano del hombre. Se vuelve a sonrojar y luego me mira.

—De seguro que quieren hablar en privado —dice un poco nerviosa buscando su bolso que ha dejado en una silla —. Los dejo a solas.

Ella sale mientras que el señor hace una especie de delicada reverencia con su cabeza, luego que ella sale de la habitación él vuelve a poner toda su atención en mí. Se arregla la corbata y suelta un suspiro.

—Bien, Lukas. Yo quería agradecerle por todo lo que hizo por salvar a mi hija. Nicole me contó lo del brazaletes y tengo que decir que fue usted muy

inteligente y previsor.

—No tiene nada que agradecer, señor Cross. Era mi deber. Y... ¿y cómo está ella?

—Aún está conmocionada y no es para menos. Mi pobre hija vivió una película de terror.

Algo dentro de mí se estremece al pensar en ella y en lo que debe estar sintiendo en este preciso momento. Me entran unas enormes ganas de salir de esta habitación y llegar hasta donde está ella para consolarla, para abrazarla, para decirle, hasta convencerla, de que todo irá bien. Que siempre estaré a su lado.

—Bueno, creo que es tiempo de dejarlo descansar. Espero que se recupere pronto y cuando lo haga, creo que será bueno que ambos tengamos una conversación.

No me gusta el tono que ha usado al decir aquella última frase. Una conversación... Bueno, supongo que Nicole ya le ha contado todo y lo mejor será hablar ya de una buena vez con él de todo lo que siento por ella.

—Señor Cross... Yo quisiera...

—No gaste saliva, Parker. Ya hablaremos. Lo estaré esperando —sentencia dejándome con la palabra en la boca y se despide para luego salir de la habitación.

Suelto la respiración que ni me había dado cuenta que estaba reteniendo y cierro los ojos para pensar en lo que acaba de suceder. Y ahora tengo más ganas de ver a Nicole y hablar con ella.

Mi madre vuelve a entrar en la habitación y me pregunta que tal ha ido la charla con el señor Cross. Le digo que bien para que no se preocupe de nada y además porque no quiero hablar con ella de Nicole. No en este momento.

Luego de un momento llegan un par de agentes de la policía a tomar mi declaración sobre lo sucedido. Volver a recordar todo y eso hace que mi estómago se revuelva. Pensar en el peligro que corrió Nicole, en el canalla de su tío y en que estuve a punto de perderla por la ambición de este.

Cuando todo el interrogatorio termina mi madre me dice que va a arreglar todo para mi salida del hospital. Me quedo en la cama esperándola, con la mirada pegada en el techo tratando de poner mi mente en blanco cuando la puerta de la habitación se abre nuevamente.

Mi mirada se queda fija en la diminuta figura que se ha quedado parada en el quicio de la puerta. Ella está aquí. Nicole ha venido a verme.

Veintisiete

Nicole

Entro en la habitación en la que se encuentra Lukas y me quedo paralizada en la puerta. Él está en una cama de hospital y gira su rostro al verme llegar.

—Nicole —dice y yo me acerco rápidamente al lado de la cama.

—¿Estás bien? ¿Te duele? —pregunto y acerco mi mano hasta su brazo que ha sido herido por mi tío.

Trago en seco al recordar lo que hemos pasado y aún no puedo creer que todo eso sucediera. Que mi tío, a quien yo quería con el alma, fuera quien quería hacernos daño. Hacernos daño no... nos quería bien muertos.

—Estoy bien —dice de manera pausada—. Quiero saber cómo estás tú.

Yo miro el piso y las lágrimas comienzan a correr por mis mejillas sin que pueda hacer nada para poder detenerlas. Con su mano Lukas me levanta el mentón haciendo que nuestras miradas se encuentren.

Me acerco más a él y lo abrazo. Necesito sentir su calor cerca de mí. Me aferro a su cuerpo hundiendo mi cara en su cuello, él me va acariciando la espalda con su mano, subiendo y bajando suavemente. Eso me tranquiliza. Quisiera estar toda mi vida aquí y sentirme de esta manera.

—Tranquila —dice Lukas con voz suave y cariñosa—. Todo va a estar bien.

Vuelvo a soltar el llanto mientras él me consuela. Sé que lo peor ha pasado, pero también sé que me costará mucho olvidar la pesadilla que hemos vivido. Aún tengo miedo.

Si cierro mis ojos, puedo ver el rostro de mi tío mientras caía frente a mí. Creo que esa imagen me acompañará el resto de mi vida.

Nos quedamos así por un momento. Ambos en silencio sin decir nada. No hace falta.

— No sé que habría hecho sin ti, Lukas. Salvaste mi vida...

—No hablemos de eso, ¿quieres? —me pide mientras me mira fijo a los ojos y acaricia suavemente mi mejilla con su mano—. Quiero saber cómo estás. ¿Ya te vio el médico?

—Sí, ya me vio y físicamente no tengo nada. Ahora tengo que esperar a que me vea un psiquiatra. Yo... no creo poder... olvidar. — Nuevamente no logro contener mis lágrimas.

Lukas me dice que todo irá bien. Que soy una mujer fuerte y que podré superar todo. Que solo hay que darle tiempo al tiempo. Me gustaría poder creerle. Que sea verdad lo que él me dice, pero yo siento que me costará mucho dejar atrás este episodio.

Me vuelvo a aferrar a él como si fuera mi tabla de salvación. Sé que si lo tengo a mi lado nada malo puede pasarme. Las lágrimas vuelven a salir, ahora con más fuerzas y Lukas se vuelve mi contención.

—Dime que siempre estarás conmigo, Lukas. No quiero separarme de ti.— Él no dice nada, solo me acaricia y me besa la mejilla para luego hacer que me separe de él y así quedamos cara a cara.

—¿Hablaste con tu padre? ¿Te ha dicho algo sobre nosotros?

—No. Solo le conté cómo me rescataste. Luego llegó el doctor que me examinó y después vino la policía a tomar mi declaración y ya no hablamos nada. Yo aproveché que él fue a la cafetería por algo de comida para venir hasta aquí.

Él traga en seco y lo noto preocupado y le pregunto el porqué de su preocupación. Él me cuenta que mi padre ha estado en su habitación y que le ha dicho que, una vez que ya esté recuperado, quiere hablar con él.

—¿Crees que sospeche algo?

—No lo sé, pero si es así solo queda hablar con él y contarle todo —dice y me dedica una leve sonrisa.

No quiero ni pensar en cuando llegue ese día. ¿Cómo voy a enfrentar a mi padre para decirle que amo a Lukas? ¿Qué pensará él de todo esto? De seguro que no le va a gustar mucho esta situación, pero no se puede oponer a mis deseos. Ya soy mayor de edad y es mi vida. De momento no quiero pensar en eso.

Sigo hablando con Lukas. Le acaricio el rostro con una mano mientras

que la otra la mantengo entrelazada con la suya.

De pronto alguien entra en la habitación. Giro mi cabeza y veo que una mujer muy bella se nos va acercando. Ella va vestida de jeans oscuros y una camisa blanca. Lleva su cabello impecablemente peinado en una lustrosa melena rubia y sus ojos me miran fijo y me son muy parecidos a los de alguien.

—Lamento la interrupción —dice ella que se va acercando a la cama mientras en su cara se dibuja una hermosa y amable sonrisa—. Tú debes ser Nicole, ¿verdad?

—Sí, yo... —digo medio titubeando y apartándome de Lukas para ponerme de pie ante la mujer.

—Soy Liliane Parker... la madre de Lukas. Es un verdadero placer conocerte, linda. —dice ella y se acerca más a mí para abrazarme con fuerza.

Yo quedo sorprendida por la efusividad del saludo. Miro a Lukas y veo que él cierra los ojos mientras niega con su cabeza.

—Te vi en el periódico. La verdad es que las fotos no te hacen justicia, eres mucho más linda en persona.

Yo le agradezco el cumplido y ella me hace sonreír por primera vez desde que estoy en el hospital. Es tan cariñosa y alegre que es imposible no contagiarse de su buen humor.

Ella toma mi cara entre sus manos y me mira directo a los ojos para preguntarme si estoy bien. Mis ojos se fijan en los de ella que son tan parecidos a los de su hijo. Con ese azul tan peculiar y tan amable que me hace confiar en ellos.

—Estoy muy bien. Bueno, gracias a su hijo estoy viva —digo y no puedo evitar volver a llorar otra vez. ¡Qué horror! Estoy muy sensible a todo. No lo soporto, esta no soy yo, pero no hay manera de que lo pueda evitar.

—Ay, cariño, no llores —me dice ella mientras me vuelve a abrazar—. Ya pasó todo, estás bien, estás segura.

Esas palabras me confortan. Ella me sigue abrazando y lo hace de la manera en que lo hacía mi madre. Ah... mamá, cómo me haces falta en este momento.

—Lo siento —me disculpo separándome del abrazo de la mujer y secando las lágrimas que no dejan de salir desde mis ojos.

—No tienes porque disculparte, querida —dice ella posando una de sus manos en mi mejilla—. Es normal todo lo que estás sintiendo. Si quieres hablar o si solo necesitas un abrazo solo tienes que llamarme.

—Gracias —digo y no puedo evitar volver a llorar otra vez. Tengo las emociones a flor de piel, me es imposible contener el llanto.

La madre de Lukas saca un paquete de pañuelos desechables y me lo entrega. Le doy las gracias casi en un susurro y luego ella se gira para hablarle a su hijo.

—El doctor vendrá dentro de una media hora a hacerte la última revisión y luego de eso podremos irnos a casa.

Siento como si un puño se hundiera en mi estómago y me dejara sin habla. Lukas se irá pronto a casa y tal vez no nos podremos ver hasta dentro de unos días. Sé que él estará por algunos días de reposo en su casa y que mi padre me mantendrá encerrada en la mía mientras me recupero del todo, mientras trato de olvidar la pesadilla vivida, aunque sé que me costará y que, si estuviera al lado de Lukas, todo sería más llevadero.

—Nicole —me dice Lukas con voz suave y giro mi rostro hacia él—. Creo que deberías volver a tu habitación. Si tu padre no te encuentra se va a preocupar mucho.

—Tienes razón —digo y me acerco a él para despedirme— Creo que será mejor que me vaya.

Siento que un nudo se forma en mi garganta. Creo que voy a comenzar a llorar otra vez. Tengo las emociones a flor de piel y odio esto. No me gusta sentirme así de vulnerable y sobre todo no me gusta estar así y que Lukas no esté a mi lado.

Respiro hondo para calmarme, para que Lukas no se preocupe más. Miro directo a sus ojos que me escrutan con detenimiento.

Tengo que volver a mi habitación, con mi padre y dejar a Lukas, eso me produce una gran desazón, solo tengo que pensar en que el tiempo pasara muy rápido y pronto podremos estar juntos de nuevo.

—Llámame a la hora que quieras —dice él mientras toma una de mis manos y la acaricia con delicadeza. Yo solo asiento afirmativamente con la cabeza y luego me acerco a su rostro para dejarle un suave beso en los labios.

No importa que su madre esté presente, mi deseo por besarlo es más grande que cualquier pudor que pueda sentir. Él me responde el beso con ternura, como si quisiera que ese beso se grabara en mí y me sirviera para compensar su ausencia en los días que se vienen.

Le digo adiós aunque me cuesta mucho esta despedida. Miro a sus ojos para que esa azul mirada me entregue calma. Me alejo de él para comenzar a salir

de la habitación, pero la madre de Lukas me intercepta tomando una de mis manos entre las suyas.

El tacto de su piel es suave y reconfortante. Me acaricia la mano y me dice que si quiero hablar de cualquier cosa que sea que solo la llame y ella estará dispuesta a escuchar.

Me sonrío y yo trato de devolverle la sonrisa aunque sé que de seguro solo me ha salido una mueca que no llega a ser la sonrisa que quisiera mostrarle.

Le doy una última mirada a Lukas y salgo de su habitación para comenzar a caminar por el pasillo que me lleva hasta la habitación que me han asignado.

Me siento en la cama mirando el piso y mis ojos comienzan a llorar sin que nada pueda hacer para detener las lágrimas. Me regaño mentalmente, quiero ser fuerte, quiero que todo este estado de angustia en el que estoy sumergida deje mi cuerpo.

La puerta de la habitación se abre para ver ingresar a mi padre que viene acompañado por una mujer de mediana edad y que usa una bata blanca. Se acercan hasta mí, la mujer me sonrío dulcemente y luego mi padre dice:

—Nicole, ella es la doctora Harrison. Viene para hablar contigo.

—Es psiquiatra, ¿verdad? —le pregunto a mi padre y él asiente con la cabeza.

—Sí, Nicole —responde ella con una voz serena—. Soy psiquiatra y estoy aquí para hacerte una evaluación. Estoy aquí para ayudarte.

—Bien —digo soltando un suspiro de resignación ya que no tengo remedio más que hablar con ella.

—Está bien. Las dejaré a solas para que hablen tranquilas —dice mi padre para luego salir de la habitación.

La doctora se sienta en una silla que está frente a la cama y desde su bolsillo extrae un lápiz y una libreta pequeña. Todo esto me trae malos recuerdos.

Sé que ahora me tocará contarle detalladamente todo lo que ha pasado. Tendré que recordar cómo es que mi tío se volvió en aquel monstruo al que maté de un disparo.

Veintiocho

Respiro hondo cuando la doctora Harrison me pide que le cuente lo sucedido. Cierro mis ojos y lo primero que veo es el rostro de mi tío mientras caía al suelo luego de haberle disparado.

Aprieto las manos que tengo sobre mis muslos. La doctora me pide que me tranquilice y que le vaya contando lo que yo quiera con calma.

Yo he pasado antes por esto. Cuando mi madre murió estuve por un año en terapia psiquiátrica y ya sé todo lo que me va a preguntar la mujer frente a mí. Pero antes de que ella siga con su interrogatorio me adelanto a preguntar.

—¿Cree que podré olvidarlo algún día? ¿Podré sacar de mi cabeza el recuerdo de mi tío ensangrentado y cayendo a mis pies?

—Nicole, han pasado solo una horas desde el incidente, pero creo que con el tiempo lograrás que todo vuelva a la normalidad. Es algo que tienes que trabajar. Tienes que pensar que en ese momento él era tu enemigo, te estabas defendiendo.

Trago en seco al pensar que Lukas estaba en peligro, que mi tío le había disparado y que reaccioné solo pensando en que no le hiciera daño a él, ni siquiera pensé en que yo podía morir.

La doctora sigue preguntándome cosas sobre lo sucedido, y sigue anotando en su libreta cada respuesta que le doy. Yo no quiero seguir con esto, solo quiero volver a mi casa y refugiarme en mi cama para sentirme segura. Aunque lo que realmente me encantaría es refugiarme entre los brazos de Lukas, es ahí donde me siento más segura.

Luego de una hora, la entrevista con la doctora termina y antes de despedirse me extiende una receta con medicación que debo tomar si no puedo dormir por la noche y otra por si siento ansiedad durante el día.

Luego de eso ella se despide y sale de la habitación. A los pocos

minutos ya estoy en compañía de mi padre nuevamente.

—¿Ya nos podemos ir de aquí? —le pregunto mientras me abrazo como si hiciera mucho frío en la habitación.

—Sí, ya tengo tu alta. Nos podemos ir enseguida si quieres.

—Genial —digo y me levanto de la cama.

Mi padre me mira, puedo ver la preocupación en sus ojos. Me acerco a él y le tomo la mano como cuando era una niña y salíamos a pasear por el parque junto a mamá.

Siento la tibieza de su mano, él me da un apretón y me sonrío levemente, como si con ese gesto tratara de infundirme confianza y seguridad. Trato de devolverle la sonrisa, pero solo logro que mis labios hagan una mueca.

Salimos de la habitación, afuera de esta nos espera uno de sus guardaespaldas y a mi mete viene Jacob. ¡Oh no! De seguro que mi padre la ha tomado contra él por permitirme salir con mi tío. Pero no estoy dispuesta a que pague por mi error.

—Papá... ¿Dónde está Jacob? —pregunto mientras nos encaminamos hasta al ascensor.

—Le pedí que me esperara en casa. Tengo una conversación pendiente con él.

—No le digas nada, papá. No fue su culpa todo lo sucedido. Yo me escapé de él. Yo fui la culpable de todo.

Él no dice nada y en ese instante una campanilla nos indica que el ascensor ha llegado. Entramos juntos al receptáculo y el guardaespaldas nos sigue parándose delante de nosotros, solo puedo ver su espalda.

—Papá, por favor, promete que no despedirás a Jacob...

—Nicole, no puedo...

—Promételo. Él es solo una víctima de una niña terca y mimada que no era consciente del peligro que corría.

Mi padre me mira y suelta un suspiro. Solo espero que todo salga bien con Jacob y no resulte despedido.

La campanilla del ascensor vuelve a sonar y las puertas de acero se abren. Estamos en los estacionamientos del hospital. El guardaespaldas sale primero y luego lo hacemos mi padre y yo.

Aún vamos tomados de la mano, caminamos en total y completo silencio hasta su auto, tanto así, que nuestros pasos resuenan en aquel espacio

tan grande.

De pronto algo a mi derecha llama mi atención. Alguien es llevado en una silla de ruedas hasta un auto. La silla es llevada por una mujer de una lustrosa melena rubia. Fijo más la mirada y puedo ver que es Lukas llevado por su madre.

Me detengo de golpe haciendo que mi padre también se detenga a mi lado. Lukas debe de haber sentido el peso de mi mirada y, cuando se levanta de la silla de ruedas, gira su cara para encontrar sus ojos con los míos.

El tiempo se detiene. En ese estacionamiento no existe nadie más que él y yo. Quisiera correr hasta él, abrazarlo y quedarme ahí para siempre.

Su madre le dice algo y él asiente suavemente con la cabeza. Mi padre me aprieta la mano para que yo reaccione y siga mi camino hasta su automóvil.

—Él estará bien, Nicole —dice mi padre mientras veo cómo Lukas se despide con sus ojos cargados de cosas que aún tenemos que decirnos.

—Lo sé, papá. Lo sé —respondo y veo que Lukas ha desaparecido dentro del automóvil que lo llevará hasta su casa.

Mi padre vuelve a tirar suavemente de mi mano y yo comienzo a caminar, más bien dicho me dejo llevar por él, porque mis pies lo siguen, pero mis ojos siguen pegados en el auto donde está Lukas, hasta que este se pone en marcha para salir del lugar y lo pierdo de vista.

Siento una enorme opresión en el centro de mi pecho. Como si aquello hubiese sido una despedida, como si nunca más lo fuera ver otra vez. Sacudo la cabeza para alejar ese pensamiento de mi mente. ¡Claro que lo volveré a ver! Lo veré y podremos estar juntos, ya no como guardaespaldas y protegida, si no como un hombre y una mujer que se quieren.

Llegamos a casa y apenas pongo un pie dentro de la mansión Helen se desvive en atenciones. Le digo que estoy bien y que solo quiero ir a mi habitación y descansar un poco. Ella me deja ir sin decir nada.

Subo el primer escalón, pero antes de pisar el segundo me giro y miro a mi padre y le vuelvo a pedir que sea comprensivo con Jacob.

Subo corriendo las escaleras hasta llegar a mi habitación. Entro y camino hasta la cama dejándome caer en ella como si fuera un peso muerto. Cierro los ojos y comienzo a respirar profundamente para tratar de relajarme. Quisiera poder dormir y despertar mañana y que todo lo ocurrido fuera una terrible pesadilla.

Dos golpes en la puerta me sobresaltan y Helen entra en mi cuarto. Me

incorporo para mirarla a la cara.

—Nicole, te traje el medicamento para que puedas dormir esta noche.
— Ella deja una bandeja con el medicamento y un vaso de agua sobre la mesa de noche para que me tome la píldora.

—Gracias, Helen —digo y ella no se mueve desde donde está. Eso quiere decir que no saldrá de la habitación sin que antes no se cerciore de que me he tomado la dichosa medicación.

Ella me sonrío cuando ve que ya he tomado la píldora y luego se acerca hasta las almohadas mientras las mueve y las acomoda para que yo me recueste. Me pregunta si quiero algo de comer o cualquier otra cosa, le digo que no, le doy las gracias por su preocupación y ella sale de mi habitación dejándome sola.

Busco mi teléfono. Necesito saber algo de Lukas. Saber si llegó bien a su casa. Sé que deberá estar unos días en reposo y yo no podré salir aún de casa y eso será un martirio, no verlo será un verdadero martirio.

Tomo el teléfono, pero no lo llamo, decido enviarle un mensaje. Solo quiero preguntarle cómo está, si necesita algo y decirle que ojalá el tiempo pase rápido para verlo a los ojos otra vez.

«¿Estás bien? ¿Necesitas algo?» le pregunto y su respuesta no tarda en llegar

«Estoy bien. ¿Y tú?»

«Estoy bien. Ya en la cama... te extraño tanto»

«Yo también., Nicole»

Seguimos conversando. Él me cuenta que está en la casa de su madre. Que ella no le dejó opción de irse a su casa solo. Que ahí tendrá que estar hasta que se recupere del todo o hasta que ella decida que ya está bien al ciento por ciento. Sonrió al imaginarme lo que me está contando y no puedo evitar echar de menos a mi madre. De seguro que ella haría lo mismo conmigo.

Me comienza a dar sueño producto del medicamento y decido dejar de enviar mensajes y dejar que Lukas también descansa.

Con un “espero verte pronto” me despido y caigo profundamente en brazos de Morfeo.

Ya han pasado dos semanas desde que pasara el episodio con mi tío. He

estado en casa sin salir y solo visitada por la terapeuta que me ha traído mi padre y la cual me ha estado ayudando mucho.

Con Lukas nos hemos seguido hablando o mensajando por teléfono y juro que ya no puedo más. Solo quiero escapar de esta gran casa y correr hasta él para besarlo y para que me estreche entre sus brazos.

Hoy es un día soleado en Los Ángeles, un día que me encantaría poder pasar en la playa. Aún sigo en la cama y me estiro con ganas tratando de sacar toda la pereza de mi cuerpo.

Me levanto y me acerco a la ventana para admirar el hermoso día. Ya deben pasar de las nueve de la mañana y de seguro mi padre está en medio de su desayuno y luego se irá a su biblioteca a trabajar desde casa. Lo ha hecho desde que yo estoy aquí recuperándome.

Sigo parada en la ventana mirando el cielo y el horizonte. De pronto un movimiento llama mi atención. Algo viene entrando a toda velocidad por el camino de gravilla de la mansión. Para ser más exacta es un hombre en una motocicleta. Para ser aún más exacta ese hombre es Lukas.

Mi corazón se acelera. Él está aquí y una sonrisa cruza mi rostro. Me voy corriendo a la ducha. Quiero ponerme decente para poder verlo.

Él está aquí, de seguro ha venido a buscarme. Él ha venido a enfrentar a mi padre. Él ha venido para que por fin podamos estar juntos.

Veintinueve

Lukas

Estoy en la casa de los Cross ya que el señor Cross me ha llamado para tener una conversación conmigo.

Me bajo de la motocicleta, dejo el casco sobre esta y me encamino hacia la entrada de mansión donde la puerta se abre y Helen me da la bienvenida.

—Buenos días, Lukas —dice sonriendo amablemente—. El señor Cross lo espera en la biblioteca.

—Gracias, Helen —le digo y comienzo a caminar hasta llegar a la biblioteca.

Trago en seco, estoy nervioso por tener esta conversación con este hombre. De seguro que va sacar el tema de Nicole, me va a llenar de preguntas y de seguro que saldré de este lugar con una carta de despido.

Tomo una honda respiración y doy dos golpes en la puerta para luego escuchar la voz de Gustav Cross que me invita a pasar.

Entro en la habitación y lo veo que está detrás de un gran escritorio de madera caoba sentado en un sillón de cuero negro como si esto fuera su trono. Me quedo parado, mirándolo fijo hasta que él se levanta y me habla.

—Buenos días, Parker. Qué bueno que pudo venir. ¿Cómo va su recuperación?

—pregunta mientras se acerca a mí y me saluda extendiendo su mano para estrecharla con la mía.

—Estoy muy bien, señor. Mi recuperación ha sido rápida.

—Qué bien, qué bien. ¿Algo de beber? —le digo que no y él me pide que me siente frente al escritorio mientras el vuelve a tomar su lugar tras él.

Me comienzo a poner nervioso. Él se aclara la garganta, se acomoda en su gran sillón y me mira directo a los ojos. Yo me comienzo a tronar los dedos de puro nerviosismo.

—Bueno, Lukas, lo llamé porque quiero hablar con usted. Creo que ya se imagina por qué lado irá esta conversación.

—Me imagino que por el lado de Nicole —le digo sin dudarlo y manteniéndole la mirada.

—Exactamente... Nicole.

—Bueno, señor Cross, qué le puedo decir. Yo... no... yo solo...

—No me explique nada y escuche. Quiero que se aleje de mi hija.

Dice sin rodeos y yo suelto una risa nerviosa mientras niego con la cabeza. El hombre abre los ojos con desmesura ante mi actitud.

—Con todo respeto, señor, pero su hija ya es una mujer que puede decidir por ella misma con quien estar, ¿no le parece?

Él toma una honda respiración como si quisiera calmarse antes de decir lo que quiere decirme. Se vuelve a acomodar en el sillón y echa su cuerpo un poco hacia adelante, yo me sigo tronando los dedos cada vez más nervioso de pensar en cómo puede terminar todo esto.

—Sé que mi hija ya es mayor de edad, pero eso no implica que no me preocupe por ella. Usted es un joven que no entiende la preocupación de un padre.

Le estoy muy agradecido de que le haya salvado la vida a Nicole, esa es una deuda que tendré con usted de por vida, pero eso no quiere decir que le vaya a entregar a mi hija, así es que quiero que se aleje de una buena vez y por todas de ella. Usted no es el hombre que le conviene.

Mi corazón empieza a latir con más fuerza, con rabia por lo que escucho, pero me esperaba que este hombre sería un hueso duro de roer.

—Señor Cross, yo quiero a su hija...

—¿Y de qué sirve eso? Querer, amar, eso solo dura un tiempo. Nicole está acostumbrada a un estándar de vida que usted no le puede ofrecer.

—Creo que en realidad usted no conoce a su hija. Ella es una mujer maravillosa que puede ser feliz con las cosas más sencillas.

—Y yo le digo, porque la conozco, que en este momento usted es la novedad, pero luego de un tiempo ella se aburrirá.

Además, usted es un policía, un SWAT, ¿ha pensado que va a pasar con eso? ¿Dejará que ella se enamore más de usted? ¿Y si llega a pasar algo en su

trabajo? ¿Qué será de mi hija? ella quedará destrozada. No usted no es el hombre que quiero para mi hija. Entiéndame.

Cuando él dice eso a mi mente viene mi madre y lo mal que lo pasó cuando murió mi padre haciendo su trabajo en la policía. ¿Quiero eso para Nicole? Y me respondo de inmediato que no.

Las dudas comienzan a hacer mella dentro de mí. ¿Será ella capaz de dejar todo su lujo y venir a vivir conmigo a mi pequeña casa? ¿Haría eso aunque su padre se oponga?

—Lukas, quiero que Nicole olvide todo lo que pasó con su tío. Aunque ella me diga ya está mucho mejor sé que no es así. Ella aún piensa en todo y quiero que ella se vaya del país por un buen tiempo. Que siga con su vida, que estudie o viaje, que comience una nueva vida y usted no tiene cabida en esta nueva vida que quiero para ella.

Dices que la quieres, ¿no quieres que ella sea inmensamente feliz? ¿Sin preocupaciones ni malos recuerdos?

Trago en seco antes las palabras de este hombre. ¡Claro que quiero que Nicole sea feliz! Haría cualquier cosa por su seguridad, por su felicidad. Es ahí que tengo la respuesta a todas las interrogantes que me invaden. Tengo que dejarla ir.

Me duele el alma de solo pensar en que jamás la volveré a ver. Pero no podría soportar que me pasara algo y que ella sufriera más de lo que ya lo he hecho. Suelto un suspiro cansino asumiendo mi inminente derrota ante el padre de Nicole. Miro a Gustav Cross que se acerca a mí quedando frente a frente.

—Sabes que esto es lo mejor, Lukas.

—Lo sé —digo tratando de convencerme de lo que estoy haciendo.

—Gracias, sabía que eras un hombre inteligente —dice el señor Cross poniendo su mano sobre mi hombro y apretándola ligeramente—. Te estaré eternamente agradecido por todo. Ahora bien, tu pago está listo en tu cuenta bancaria, además incluí un pago por indemnización de despido.

Lo miro asombrado. No sé cómo este hombre puede pasar tan rápidamente de un tema importante como es su hija al tema del dinero. No me importa el dinero, lo único que me importa es el dolor que le voy a causar a Nicole con mi rechazo. Tendré que huir como un vil delincuente, sin despedirme, sin dar explicaciones, sin contestar a sus llamadas. Un maldito y total cobarde.

No digo nada más, necesito salir de aquella habitación que en este momento siento que se me viene encima. Ni siquiera me despido del padre de Nicole. Abro la puerta y con prisa comienzo a caminar hacia la salida de la mansión. Llevo mis manos a cada lado hechas un puño que aprieto con fuerza y rabia deseando estrellarlos en alguna parte. Estoy a punto de llegar a la puerta, tomo el pomo para abrir la barrera que me separa del aire que necesitan mis pulmones en este instante. De pronto escucho una voz a mis espaldas.

—¡Lukas! —la voz de Nicole me hace estremecer. Giro lentamente mi cabeza y la veo a los pies de la escaleras mirándome con una sonrisa en su bella boca la que se borra al ver mi rostro —¿Estás bien? Lukas, dime, ¿pasa algo? Niego con mi cabeza. Trago fuertemente el nudo que tengo en la garganta, y mirándola una última vez, me giro y abro la puerta y salgo de la casa sin dirigirle una sola palabra.

Camino hasta mi moto mientras puedo escuchar como los pasos de Nicole vienen detrás de mí. Saco mis gafas de sol desde el interior de mi chaqueta y me las coloco de prisa, no quiero que vea mis ojos, no quiero que escrute mi mirada mientras le estoy mintiendo.

—¡Lukas! ¡Lukas, espera! ¿Es que acaso te vas a ir sin hablar conmigo? —me pregunta mientras que yo me voy montando en mi motocicleta.

—¿Y de qué quieres hablar, Nicole? —digo tratando de que mi voz suene fría e inexpresiva.

La miro y en sus ojos puedo ver que está confundida por mi actuar. Me siento fatal. Me siento como la peor persona del mundo. No quiero mentirle, pero tengo que hacerlo. Por su bien. Por su bien, me digo mentalmente para convencerme de que es verdad.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho mi padre?

—Nada, solo hablamos de mi indemnización. Ya no trabajo para la familia Cross.

—Y eso es bueno, ¿no? Así podremos estar juntos —me dice acercándose un poco más a mí brindándome una bella sonrisa. Un dolor se anida en el centro de mi pecho. Dios, qué estoy haciendo.

—No, Nicole. Yo vuelvo al SWAT y tú... bueno, tú vuelves a tu cómoda vida de lujos.

—¿De qué estás hablando, Lukas? ¿Qué es todo esto?

—Es lo que es, Nicole. Cada uno vuelve a lo suyo. ¿Qué pensabas? ¿Qué lo nuestro podría llegar a ser? Reconócelo, para ti solo fue una aventura, algo

nuevo que experimentar, ligarte al guardaespaldas.

Ahora la furia se apodera de ella, lo puedo notar por qué ha cambiado su forma de respirar. Ahora lo hace de forma rápida y las aletas de su pequeña y respingona nariz, se abren y cierran con rabia. Creo que si pudiera me daba un buen golpe para dejarme noqueado.

Aprieta las manos y sus ojos se tornan vidriosos, está a punto de llorar. No, no quiero que lo haga. Maldita sea, no quiero hacerla sufrir más de lo debido. Espero que esta conversación termine pronto.

—¿Eso fue para ti, imbécil? —me escupe a la cara. Gracias al cielo que llevo mis gafas puestas o si no vería lo que me está costando hacer esto— ¿Así que solo fue un juego para ti? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿No significó nada para ti?

Quiero gritarle que sí. Que ella es mi mundo. Que no se cómo logró colarse en mi corazón con tanta rapidez.

—¡Dime algo, maldita sea! —Yo sigo en silencio como el cobarde que soy— Bien, como quieras. Toma —dice y se quita el brazalete que le di y me lo lanza a la cara— No quiero nada que me recuerde a ti.

Abro mi boca para decir algo, pero nada sale de ella. Lágrimas comienzan a rodar por sus mejillas. Soy la peor persona del mundo por hacerle esto.

Ella da un paso atrás y luego otro para luego girar sobre sus talones y caminar con prisa hasta que la pierdo de vista cuando entra en la mansión.

Suelto el aire que había estado reteniendo. Pongo en marcha la motocicleta y salgo de la propiedad de los Cross. Conduzco a gran velocidad, no pienso en nada, solo en cómo estará en este momento Nicole.

¿Qué fue lo que hice? ¿Por qué me dejé convencer por Gustav Cross? Estoy muy confundido y las preguntas de Nicole y las aseveraciones de su padre se mezclan en mi cabeza formando un gran caos dentro de mí.

Quiero gritar. Quisiera poder retroceder el tiempo. La he herido, la he hecho llorar, eso nunca me lo voy a perdonar. Solo espero que ella pueda olvidar todo rápido y que sea feliz como quiere su padre. Inmensamente feliz como deseo yo que sea aunque no esté presente en su vida.

Conduzco hasta llegar a mi lugar especial. Llego al mirador y detengo la moto. Miro la ciudad a mis pies y es ahí, en soledad, donde me permito llorar.

Creía que el peor día de mi vida había sido cuando dejé el SWAT, pero me equivocaba. Este día ha sido mucho peor. Dejar a Nicole ha sido mil veces peor.

Treinta

Estoy frente al televisor pasando canales sin quedarme en algo en específico. Hace poco que he llegado a casa y aquí estoy, lamiéndome las heridas.

Tanto mi teléfono móvil como el teléfono de casa no han parado de sonar. De seguro que es mi madre, pero yo no quiero hablar ni ver a nadie. Solo quiero estar solo y pensar en la gran estupidez que cometí al dejar a Nicole.

El teléfono vuelve a sonar, me levanto y lo desconecto para no escucharlo más. Apenas termino de hacer eso mi móvil suena y veo el nombre de mi madre iluminando la pantalla. Lo apago, aunque sé que se quedará preocupada, pero no quiero tener una conversación con ella en el estado en el que me encuentro. Solo quiero que la tierra se abra y me trague de una maldita vez.

Camino hasta el congelador y saco una cerveza. Me vuelvo a sentar en el sofá, frente a la televisión, mirando la pantalla, pero sin ver nada. Marte se acerca a mí y apoya su gran cabeza en mi muslo, como si supiera que necesito consuelo. Lo miro y luego poso mi mano en su cabeza.

No soy consciente del tiempo que pasa. Ya voy por la segunda cerveza cuando escucho unos golpes en la puerta. Marte ladra mientras que yo cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

No quiero ver a nadie. Ni siquiera hago el intento de levantarme del sofá para ver quién está detrás de la puerta. Supongo que la persona se cansará de golpear y luego se marchará.

Un par de golpes más y luego se hace el silencio. ¡Qué bien! Solo espero que nadie más venga a molestarme.

De pronto escucho que la cerradura de la puerta se mueve. Alguien la está tratando de abrir. Me levanto tratando de no hacer ruido. Llego hasta la cocina y saco el revólver que guardo en la alacena dentro de la caja del cereal.

Me pongo al lado de la puerta. El que quiera entrar a la casa se llevará el susto de su vida. La cerradura hace un clic y de pronto, la puerta se abre. Me muevo rápido y me acerco al personaje que ha osado entrar en mi propiedad, lo tomo por el cuello y pongo el cañón del arma en su cabeza.

—¡Santo cielo! Soy yo, loco de mierda. Soy Rick —suelto de inmediato al intruso y luego él me mira de frente.

—¡Maldita sea, Rick! ¿Qué haces entrando así en mi casa? Pensé que era un ladrón —digo y suelto la respiración que había estado reteniendo—. Pero cómo... ¿Cómo es que abriste la puerta?

Rick me sonrío y me muestra un pequeño estuche donde guarda una llave maestra que usamos en el SWAT.

—No quería tirar la puerta de una patada. Además del escándalo, te saldría muy caro reponerla. Así es que opté por usar mis herramientas —dice sonriéndome burlón.

—Imbécil. Estuve a punto de meterte una bala en la cabeza... ¿Y se puede saber qué haces tú aquí?

—Si estoy aquí es por tu culpa y por la maldita manía que tienes de no contestar el teléfono. Tu madre pensó que te había sucedido algo y me mandó a ver si estabas bien.

Resoplo por lo escucho decir a Rick. Mi madre aún cree que soy un niño pequeño que requiere de supervisión.

—Bueno, ya me viste. Ya te puedes ir.

—No, no, no —dice y camina hasta la sala y mira el par de botellas sobre la mesa— Estás bebiendo. Es muy temprano para ti ¿Qué pasa, amigo?

Cierro mis ojos. No quiero hablar con él en este momento. Con él ni con nadie. Lo que quiero es que me dejen solo para seguir sufriendo y recriminándome por mi estupidez.

—No pasa nada. Solo quiero estar en mi sofá, bebiendo cerveza y ojalá sin nadie a mí alrededor.

Él me mira ceñudo. Se cruza de brazos y niega con la cabeza. Está visto, por su actitud, que no piensa moverse de aquí.

—Vamos, suelta qué es lo que te tiene así. —No le contesto. Tomo la botella de cerveza y le doy un gran sorbo— Esto tiene pinta de ser pena de amor... ¿o me equivoco? Estás así por la chica Cross.

Suelto un gran resoplido y cierro los ojos. No quiero mirarlo a la cara, pero Rick me conoce bien y puede darse cuenta perfectamente de qué es lo que me

tiene de esta manera.

—¿Qué pasa con ella? —insiste ante mi silencio— Vamos, Lukas, hablar te hará bien.

Sé que si no hablo Rick seguirá insistiendo hasta que, por cansancio, le diga todo lo que me pasa.

—La cagué, Rick. La cagué como no te imaginas y ahora no sé qué hacer con mi vida.

Rick me mira con preocupación en los ojos y luego camina de prisa hasta la cocina. Escucho que mueve cosas dentro de los muebles. Unos segundos después, aparece ante mí con dos vasos en una mano y una botella de Bourbon en la otra.

La botella está nueva. Nunca antes he necesitado un trago de ese licor para calmar o dejar de sentir algo. Rick la abre y comienza a servir dos dedos del ambarino licor en cada vaso, me extiende uno y, mientras yo miro el vaso, él se toma de golpe el licor del suyo.

—¿Esto fue lo que te enseñaron en tus clases de psicología? —le pregunto elevando una ceja para luego comenzar a beber el licor que va calentando mi paladar y garganta.

—No. Esto me lo enseñó mi hermano mayor. Bébetelo pronto ese vaso, así más rápido comenzarás a soltar la lengua.

Suelto una sonrisa por lo que acabo de escuchar. Tal vez y pensándolo mejor, no es tan mala idea que Rick esté aquí en este momento. Así es que me tomo lo que queda de Bourbon en el vaso y luego él me vuelve a servir otro poco esperando que de una buena vez le cuente todo.

—Bien, Rick... —digo acomodándome en el sofá. Él toma asiento frente a mí en un sofá más pequeño— Te lo contaré todo.

Comienzo con mi relato, Rick no me interrumpe en ningún momento. Deja que me desahogue por completo.

—Vaya, vaya, amigo —dice Rick una vez que ya le he contado todo lo que me aqueja— Tú sí que estás metido en tremendo lío. La cagaste, pero bien, bien.

—Dime algo que no sepa —digo y tomo la botella para volver a llenar el vaso.

—Tienes que remediarlo, idiota.

—¿Y qué hago, Rick? Lo eché todo a perder con Nicole. Debí quedarme con ella. Aunque también pienso que, la amo tanto y no quiero que siga sufriendo más. Que se enamore más de mí. ¿Y si me pasa algo en el SWAT? No, no

puedo hacerlo.

—Lo harás, te juro por lo más sagrado que encontraré la forma de que lo hagas hasta que vuelvas con ella. Si vuelves al SWAT no pretendo ver tu cara de alma penitente todos los santos días.

—¿Crees que el capitán me acepte de vuelta? —pregunto medio arrastrando las palabras efecto del alcohol ingerido.

—Por supuesto. Deja y lo llamo y de seguro que mañana estás de vuelta en la unidad.

—Gracias, Rick.

—Para eso están los amigos —dice y se pone de pie para entrar en la cocina nuevamente.

—¿Qué estás haciendo en mi cocina?

—Bueno, has bebido mucho, necesitas comer algo. Veré que hago con lo poco que tienes por aquí.

—Gracias, cariño —le suelto risueño y de vuelta recibo un misil en mi cabeza. Algo me ha lanzado el muy cabrón.

—Si le cuentas a alguien del SWAT que me metí en tu cocina y cociné para ti eres hombre muerto, lo sabes, ¿verdad?

Muevo afirmativamente mi cabeza y él se pierde otra vez dentro de la cocina donde escucho que abre y cierra muebles y saca tiestos. Yo cierro los ojos pensando en qué estará haciendo Nicole a estas horas. De seguro odiándome con todas la fuerza de su alma. Si es así, no me puedo quejar, me lo merezco por idiota.

La amo. Amo a esa mujer cabezota y divertida que es Nicole. Esa mujer sensual y que me hace sentir mil emociones solo con un beso. La necesito. Necesito arreglar todo este embrollo en el que me he metido sin la ayuda de nadie.

Dejaré que las aguas se aquieten un poco y, con la ayuda de mi buen amigo Rick, de seguro se me ocurrirá algo para volver a ella y para que me acepte de vuelta en su vida... Eso espero.

TREINTA Y UNO

Nicole

No puedo creer lo que acabo de escuchar de los labios de Lukas. Luego de todo lo que pasamos, luego de todo lo vivido, él decide marcharse de mi vida sin más, dejando mi corazón roto en mil pedazos.

Entro en la mansión con un dolor en mi alma que se mezcla con una enorme rabia que comienza a brotar en mi sangre. ¿Tan equivocada estaba con él? ¿Tan ciega me tenía el amor que no me di cuenta de que él no sentía lo mismo?

Subo el primer peldaño de la escalera que lleva hacia mi habitación, pero me detengo de golpe. Necesito hablar con mi padre ya que me imagino y presiento que él tiene mucho que ver con la actitud de Lukas.

Me dirijo casi corriendo hasta la biblioteca y entro en ella sin siquiera tocar a la puerta. Mi padre está hablando por teléfono y levanta sus ojos desde los papeles que están en su escritorio y dirige una mirada sorprendida hacia mí. Yo le sostengo la mirada mientras me voy acercando hasta el escritorio. Él le dice a quien sea que está al otro lado de la línea, que luego le llamará y cuelga el aparato.

—Nicole. ¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? —pregunta y se pone de pie ante mí.

—¿Qué hiciste, papá? ¿Qué le dijiste a Lukas?

—Yo solo hablé con él, hija. No entiendo tu actitud.

Trato de respirar hondo, porque tengo un gran nudo en mi garganta y mi respiración se ha agitado. No quiero comenzar a llorar, no en este momento cuando tengo que saber de boca de mi padre qué ha sucedido con Lukas. Debo serenarme, me digo mentalmente y aprieto con fuerza mis manos formando dos puños que expresan la ira que llevo en mi interior.

—¿Qué fue lo que le dijiste? Él era otra persona al salir de aquí. Dime, papá.

—Hablamos sobre ti...

—¿Y? —le pregunto entre dientes

—Bueno, yo ya me sospechaba el interés que sientes por Lukas. Le dije que se alejara de ti. Que tú y él no tienen nada en común...

—¿Y qué te hace pensar eso? No sabes nada de mí ni de él.

—Sé lo que tengo que saber, Nicole. Él es un hombre que no te conviene para nada. Eres Nicole Cross mientras que él es solo un policía mal pagado. ¿Crees que serás feliz con él?

No puedo creer lo que escucho de la boca de mi padre. Ni siquiera puedo imaginarme aquella conversación.

—Papá, yo amo a ese hombre. ¿Es que no entiendes eso?

—Nicole, eres joven, no sabes nada del amor. Lo que tú sientes es solo un capricho. Es como si tuvieras un juguete nuevo. Juegas un rato y luego te aburres y lo dejas

—NO. Lo que siento por Lukas es más profundo que todo. Va más allá de todo. Veo que mi padre traga en seco y luego rodea su escritorio para llegar a pararse frente a mí. Me mira fijo y puedo notar algo extraño en su mirada.

—¿Y te has preguntado si él siente lo mismo por ti?

Aquella pregunta es como una bofetada. Nunca hablamos abiertamente de nuestros sentimientos con Lukas, pero sé que él siente algo. Estoy convencida de eso.

—No lo sabes, ¿verdad? —pregunta ante mi silencio—. Pues deja decirte que él no siente ni una pisca de amor por ti.

—¡No puedes saber eso!

—Hija, le he dicho lo mismo que te estoy diciendo a ti. Él no puso objeción alguna a mis palabras. Ni siquiera peleó conmigo. Solo aceptó su paga y se fue. ¿No crees que si él te quisiera tan solo un poco habría luchado por ti?

Me quedo petrificada. Siento mi corazón latir en mis oídos. Lo que me ha dicho mi padre me vuelve a herir como una espada en el centro de mi corazón. Pienso en Lukas y en que en algo mi padre tiene razón. Si él de verdad me amara no hubiese salido de la casa casi sin hablarme. Si él de verdad sintiera algo por mí, hubiera enfrentado a mi padre. No puedo creer lo tonta que he sido, me enamoré de quien no sentía nada por mí y lo peor es que me hizo pensar que entre nosotros si existía algo grande que podría contra todos.

No puedo evitar que las lágrimas acudan a mis ojos. Volver a la realidad es

doloroso. No puedo creer que estuviera tan ciega y enamorada que no me di cuenta de los reales sentimientos de Lukas.

—Hija —dice mi padre poniendo sus manos en mis hombros—, quiero que te recuperes bien. Quiero que hagas un viaje, a la ciudad que tú quieras. Si quieres estudiar fuera del país te apoyaré cien por ciento. Quiero que solo pienses en ti y solo en ti.

—¿Crees que es así de fácil, papá? No soy de las que huyen de los problemas.
—Pero irte de aquí por un tiempo te hará muy bien, Nicole. Dime que al menos lo pensarás.

Me quedo mirando al hombre frente a mí. El único hombre que nunca me ha fallado, el único que me ama incondicionalmente .

No le digo nada. Me separo de él y me giro sobre los talones para comenzar a caminar en dirección a la puerta de la biblioteca.

—Lo siento, hija —dice mi padre cuando tengo la mano en el pomo de la puerta.

—Yo también, papá —digo con la voz que indica que voy a llorar— Yo también.

Salgo de la habitación y corro por la casa hasta llegar a las escaleras. Subo los escalones de dos en dos y luego llego a mi habitación. Cierro la puerta tras mi espalda y me deslizo por la puerta hasta quedar sentada en el piso.

Ahora sí me permito llorar con ganas. Nunca pensé que una desilusión doliera tanto en el corazón. ¿Qué voy a hacer ahora?

¿Y si mi padre me mintió? La pregunta se formula en mi mente abriéndose paso entre los pensamientos de tristeza. Pero de inmediato me respondo que no. Si así hubiera sido, Lukas me habría dicho algo. Él no me quería, nunca lo hizo. Solo disfrutó de lo que se le entregaba tan fácil mente. Soy una total y completa idiota. Ahora la que sufro soy yo.

Pensé que, luego de todo lo sucedido, tendría un poco de felicidad. Podría vivir mi amor con Lukas, pero los sueños no siempre se hacen realidad.

Sigo llorando y de pronto siento dos golpes en la puerta. Es Helen al otro lado de esta que me pregunta cómo estoy y si necesito algo.

—Solo quiero estar sola. Déjame en paz. —le digo un tanto grosera.

—Nicole, déjame entrar, hablemos —me pide ella con ternura.

—No. Ya te dije que quiero estar sola. Vete ya.

—No puedo irme cuando sé que está ahí adentro llorando. Quizás pueda ayudarte.

—Helen, no quiero hablar, no puedes ayudarme, nadie puede hacerlo. Soy una tonta que se enamoró del hombre equivocado.

—¿Lukas? ¿Lukas el hombre equivocado?

—¡Ni lo nombres! No quiero escuchar su nombre nunca más en mi vida.

Helen se queda callada. Yo sigo llorando, de rabia, de tristeza. No puedo creer que me esté pasando esto. Mi vida se ha vuelto en una verdadera telenovela. Primero lo de mi tío y ahora Lukas... Ah Lukas, ¿por qué me tuve que enamorar de ti?

—Nicole —Helen vuelve a ataque—, no sé lo que tu pienses, pero yo sé que Lukas siente algo por ti. Pude notarlo siempre, desde los primeros días que estuvo aquí.

—Nada, Helen. Él no siente nada. Solo vino hoy a buscar su paga y me dejó sin darme más explicaciones. ¿Qué significa eso?

—No sé, no entiendo su actitud...

—Yo tampoco. Y ahora déjame sola, no quiero hablar más de él. Solo quiero estar sola. Si necesito algo te avisaré.

—Está bien —dice ella y puedo oír sus pasos que se alejan por el pasillo.

Me levanto del piso y camino hasta mi cama. Agarro mi almohada y hundo mi rostro en ella ahogando así el grito que suelto. Quiero que este dolor pase pronto, quiero irme a dormir y despertar mañana sin sentir nada. Volver a mi vida. Y pienso que quizás no sea tan mala idea lo de hacer un viaje.

No soy de las que le den la espalda a los problemas, pero todo lo que me ha pasado en estas semanas me tiene agotada, necesito cambiar de aire.

Creo que debería pensar en irme por un tiempo. Mañana buscaré un lugar en el mundo al cual ir y en donde permanecer unos meses, lejos de todo y de todos. Lejos de Lukas y espero que el cambiar de paisaje, cambien también mis emociones y pensamientos.

Me acerco a mi mesa de noche y saco el frasco de pastillas para dormir. Saco dos píldoras, de seguro que dormiré hasta bien entrado el día de mañana, pero no importa, si duermo no pienso y el dolor disminuye un poco.

—¿Por qué nos hiciste esto, Lukas? ¿Por qué no puedes amarme?

Me meto en la cama y cierro los ojos esperando que el medicamento no se demore en hacer efecto y me transporte al mundo de los sueños. Ha pasado un rato y puedo notar que mis párpados se hacen cada vez más pesados.

—Lukas...—digo antes de caer en un pozo negro donde no existe nada, donde no se siente nada. Donde deseo con todas mis fuerzas permanecer.

Treinta y dos

Ha pasado más de una semana desde la última vez que viera a Lukas. Si bien el dolor en mi corazón ha disminuido un poco, no ha cedido por completo y creo que me costará un buen rato dejar de sentir todo lo que siento por él.

Estoy en mi cama, ya es de día. Un nuevo día soleado en Los Ángeles. Me acerco a la venta para disfrutar de este clima, ya que estaré por mucho tiempo lejos de esta ciudad.

Luego de meditarlo a conciencia un par de días, decidí que me iré a Alemania. Mi padre consiguió una visa para mí, así es que estaré en Europa por casi un año.

Mis maletas están listas al pie de mi cama. Las miro y siento que un escalofrío me recorre toda la columna vertebral. Mi padre dice que es lo mejor para mí, y en parte sé que tiene razón.

Como dicen por ahí “la distancia es el olvido” y espero que esta distancia me ayude para olvidar a Lukas.

Me meto a la ducha, dentro de un par de horas el chofer de mi padre me llevará hasta el aeropuerto. Suelto un suspiro antes de dejar que el agua caiga sobre mi cabeza, una mirada azul celeste se cuelga en mis pensamientos al cerrar los ojos. De pronto en mi mente nace la pregunta de ¿y si estoy haciendo lo correcto?

—Estás haciendo bien. Estás haciendo bien —me digo en voz alta como para terminar de convencerme del todo.

Pero si estoy haciendo bien, ¿por qué siento como si el pecho se me fuera a desgarrar?

—Pronto todo pasará —me digo dándome algo de ánimo y sigo con mi ducha hasta que el agua me calma por completo.

Salgo del baño y tomo la ropa que he dejado prevista anoche. Comienzo a vestirme sin apuro. Ahora toca secar un poco mi pelo. Estoy en eso cuando golpean a mi puerta, de seguro que es Helen, así es que le pido que entre.

—¿Ya tienes todo listo? —pregunta mientras se va acercando a mí.

—Sí. Todo listo.

Cuando digo esto veo cómo a Helen le cambia el rostro y de la nada comienza a llorar. Me lanzo a ella y la abrazo fuertemente.

—No llores, Helen —le pido ya que me ha contagiado y ahora yo también comienzo a llorar como una niña pequeña.

—No me digas eso —me dice en medio de un hipido—. Te voy a extrañar demasiado, mi niña. ¿Por qué no lo piensas un poco más? No creo que estar al otro lado del mundo te haga olvidar todo.

—Cuando esté en los brazos de un alemán guapísimo y musculoso te digo si se puede o no —le digo con una media sonrisa y tratando de distender la triste despedida.

—Ay, Nicole. Me gustaría tanto ayudarte a ser feliz. —Helen me acaricia el rostro.

—Has estado conmigo toda mi vida, Helen. Ya me has ayudado demasiado.

La vuelvo a abrazar, ahora con más fuerza que nunca. Es hora de nuestra despedida. Helen me besa una mejilla y me deja sola para que termine de arreglarme.

Me maquillo muy poco, solo con algo de rímel y bálsamo labial. Tomo mi bolso, reviso que esté mi billetera y mi pasaporte en su interior, tomo mis gafas de sol y me encamino hacia la puerta.

Tomo el pomo para abrir la puerta, pero me quedo paralizada. Mis pies giran y me quedo mirando todo a mi alrededor. Miro las paredes de mi habitación, extrañaré este espacio que es solo mío. Que ha sabido de mis penas y alegrías. Tomo una honda respiración y al mismo tiempo cierro los ojos. Sacudo mi cabeza para sacar todo mal pensamiento que quiera hacer su aparición. Me digo un par de veces que voy a estar bien, que, de ahora en adelante, todo irá mejor en mi vida.

Abro la puerta al fin y salgo de mi habitación para llegar hasta la sala principal. Ahí se encuentra mi padre junto a George, su chofer.

Mi padre le pide que vaya por mi equipaje y ambos nos quedamos en el gran salón, solos, mirándonos a los ojos y sin saber muy bien qué decir.

—Quiero ir contigo —dice y toma una de mis manos entre las suyas.

—No hace falta, papá. Estaré bien, George me ayudará con todo en el aeropuerto.

Hay algo extraño en su mirada. Algo que podría percibirse como

tristeza.

—Apenas pueda dejar el trabajo iré a verte a Alemania.

—Está bien. Te espero —digo y de pronto él se acerca a mí y me abraza con mucha fuerza besándome la frente.

Yo lo aprieto fuerte. Deseo llevarme ese recuerdo para que me haga compañía en mis días de nostalgia. Suelto una lágrima que va a parar a la chaqueta del traje de mi padre.

—Prométeme que te cuidarás y que, si necesitas algo, me llamarás enseguida.

—Papá, descuida, estaré muy bien. ¿Olvidas que ya no soy una niña?

—Para mí siempre serás mi pequeña, Nicole. Nunca podré dejar de verte así, hija.

Sonrío por lo que me ha dicho mi padre. Él me acaricia el rostro y yo le dejo un beso en la mejilla para luego pedirle que se cuide mucho en mi ausencia. Él me promete que lo hará y es ahí cuando me separo de él y le digo que ya es hora de que me vaya.

Ambos salimos a la entrada de la mansión donde George ha dejado estacionado el Range Rover. Él termina de subir mi equipaje y me dice que ya está todo listo. Mi padre camina a mi lado y me abre la puerta del auto para que entre en él. Antes de entrar lo vuelvo a mirar y me vuelvo a lanzar a sus brazos para despedirme de una buena vez.

—Llámame apenas llegues —me pide mientras se aclara la garganta.

—Lo haré. No te preocupes —le doy una última mirada y me subo al auto que George pone enseguida en marcha.

Mientras el auto comienza a avanzar muchas imágenes pasan por mi mente y con la última que me quedo es con la de un hombre rubio, de hermosos ojos azules entrando por el camino de gravilla montado en una motocicleta negra.

Me pongo las gafas de sol para que George no note que estoy llorando en este momento y me pregunte qué me pasa. El camino hasta el aeropuerto se me hace muy corto. George estaciona el auto y me ayuda bajar para luego sacar mi equipaje.

Entramos al aeropuerto. El LAX está repleto de gente que camina en todas direcciones, que habla y que pareciera que estoy en un panal de abejas.

Me despido de George que se despide de mí deseándome un buen viaje y yo se lo agradezco.

Con mis maletas en un carro me acerco al counter de la aerolínea donde he

comprado el pasaje. Me acerco y hago mi check in. Luego voy a la sala de espera. Ya queda poco para dejar mi ciudad. Ya queda poco para dejar atrás lo vivido y tratar de olvidarlo todo o eso espero de todo corazón.

Por los parlantes nos llaman para embarcar. El momento ya ha llegado. Es hora de subir a ese avión que me llevará al otro lado del mundo para comenzar una nueva vida.

Treinta y tres

Lukas

Hace tres días que he vuelto a la unidad SWAT y nunca pensé que me iba a sentir tan feliz de retornar.

Rick habló con el capitán de la unidad y este se mostró más que complacido con mi regreso.

Los días han pasados lentos y dolorosos. No he tenido ni una sola noticia de Nicole. Aunque he estado tentado, en más de una ocasión, de llamar a la mansión solo para escuchar su voz. Solo para saber que está bien, pero como soy un cobarde, no le he hecho.

La voz de Gustav Cross resuena en mi mente cada vez que pienso en ella. Las palabras que dijera la última vez que nos vimos me hieren en lo más profundo, pero al mismo tiempo sigo pensando, aunque a veces sin mucho convencimiento, que apartarme de ella ha sido lo mejor para su vida.

Rick me ha dicho que soy un soberano idiota, un tonto que debería entrar a la mansión, derribar sus puertas y sacar a Nicole de ahí y llevármela hasta mi casa para que nunca más pueda separarme de ella.

Han habido noches en que lo he pensado seriamente, pero sé que es una tremenda locura. Ella debe pensar lo peor de mí y con justa razón y de seguro no le gustaría nada que la anduviera secuestrando. No luego de haberla apartado de mí con aquellas excusas tan absurdas.

En este momento estoy en la unidad junto a Rick. Revisamos la camioneta del equipo para ver que todo esté en orden. El sonido de mi teléfono móvil me saca de golpe de mis pensamientos.

Mis manos comienzan a sudar cuando veo de qué número se trata. La llamada viene desde la mansión Cross. ¿Será Nicole? Trago en seco antes de contestar.

—Hola —digo aclarándome la garganta que de pronto se me ha quedado seca.

—Hola, Lukas, soy Helen. Te llamo por Nicole. Mi niña —dice y se suelta a llorar.

—Helen, cálmense. Dígame que ha pasado con Nicole. ¿Ella está bien?

—Rick, que está al otro lado de la habitación, se acerca hacia mí al escuchar el nombre de Nicole.

—Lukas, Nicole se va del país —logra decir la mujer entre el llanto que se ha apoderado de ella.

Mi estómago se contrae al escuchar a Helen. Por un segundo me quedo en blanco y no sé qué decir. Rick debe notar lo pasmado que estoy y se hace del móvil y lo escucho hablar con Helen.

—Hola, soy Rick, compañero y mejor amigo de Lukas. Dígame con calma qué es lo que ha pasado con Nicole.

Rick comienza a escuchar lo que la mujer le dice y mientras mueve la cabeza de forma afirmativa, va diciendo sí y entendido. Ya quiero saber qué le ha dicho Helen.

—Bien, ¿y a qué hora salió de su casa? —Silencio. La espera se me hace eterna— ¿A qué país? —Silencio otra vez. Me trueno los dedos en señal de nerviosismo— ¿Por cuánto? Está bien. Muchas gracias por su información, Helen.

Rick me entrega el móvil y se me queda mirando con atención. No puedo aguantar el silencio que hace entre nosotros y le pregunto:

—¿Y bien?

—Nicole va a tomar un avión a Alemania. Helen dice que va pasar un buen tiempo antes de que vuelva a poner un pie en Los Angeles otra vez. — siento un frío que corre por mi espalda.

—Mierda —digo casi en un susurro. Mi mente se va a blanco. Nicole se va del país. Se va y quizás nunca más la vuelva a ver.

—Vamos —dice Rick que me saca a golpes de mi ostracismo— Si corremos llegaremos a tiempo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No hagas más preguntas. Sube.

Rick se sube a la camioneta del SWAT. Yo me lo quedo mirando, aún sin darme cuenta de lo que pretende hacer.

—¿Quieres que te envíe una invitación por correo certificado? Vamos, se te acaba el tiempo.

—Pero, Rick. ¿Qué estás haciendo?

—Ayudándote a que, la mujer de tu vida, no se te escape.

—Pero... pero la camioneta, Rick, te meterás en un gran lío con el capitán

—le digo mientras que él arranca la camioneta y mete el pie en el acelerador.

Además de eso, pone en acción las balizas y la sirena.

—Tranquilo, ya me las arreglo yo con él —dice con una sonrisa divertida en los labios—. Además, esto califica como una emergencia para el SWAT, ¿o no?

Vamos por la autopista hacia el aeropuerto esquivando a los autos que se cruzan en nuestro camino. Llevo el corazón en la garganta pensando en Nicole y esperando que su vuelo no haya salido. Rick habla por su intercomunicador pidiendo información sobre el vuelo.

Puedo divisar a lo lejos el aeropuerto. Ya estamos más cerca. No sé qué haremos una vez estemos haya y le pregunto a Rick que cuál es el plan que tiene en mente.

—Rick, ¿qué vamos a hacer una vez lleguemos?

—Bueno entraremos y correremos hasta el avión antes de que salga.

Llegamos. Rick estaciona la camioneta casi hasta dejarla sobre la calzada. Nos bajamos y entramos corriendo al aeropuerto. La gente se nos queda mirando alarmada. Claro, no es normal ver a dos hombres con el uniforme del SWAT corriendo entre la gente.

Rick se acerca al counter de la aerolínea y pregunta por el vuelo a Alemania. La mujer detrás del mesón le dice que este sale dentro de diez minutos.

—Comuníquese con la cabina y dígame al piloto que dos agentes del SWAT necesitan entrar en ese avión.

—Pero señor, no puedo hacer eso...

—Hágalo de inmediato. Detenga el despegue de ese avión. Una terrorista lleva una bomba. Por eso estamos aquí.

Miro a mi amigo con los ojos muy abiertos al igual que la mujer frente a nosotros, que además, se ha puesto blanca como una estatua de mármol. No puedo creer la historia que se ha inventado Rick para detener el avión.

Al final la mujer llama por teléfono y luego de unos segundos nos dice que el avión está esperando por nosotros. Corremos hasta las puertas de embarque. Pasamos velozmente por el lado de la policía internacional que nos corta el paso, le mostramos las credenciales y Rick les grita que se pongan a salvo por que hay sospecha de bomba. Presiento que por culpa del loco de mi amigo,

estaremos en suspensión de la unidad SWAT hasta que termine el año.

Caminamos por la manga hasta que por fin tenemos la puerta del avión ante nosotros.

—Rick, esto es una locura —le digo mientras veo que la puerta se abre y una azafata nos mira muy asustada—. ¿Sabes que el capitán nos puede dar de baja por esto?

—Sí —responde y se para en la puerta para mirarme antes de ingresar al avión—. Por eso haz que valga la pena, Lukas. Ahora entra y busca a Nicole. Trago en seco. Mi corazón late a mil por hora y puedo sentirlo en mis oídos. Entro en el avión y llego a primera clase. Miro a cada persona que está ahí sentada. Busco el rostro de Nicole, pero solo me encuentro con caras de terror a mi paso.

¿Será posible que estemos en el avión equivocado? Porque no creo que Nicole esté viajando en clase económica. Su padre no lo permitiría, así es que vuelvo a mirar a cada una de las personas de primera clase, por si los nervios me han jugado una mala pasada y no hubiese visto la cara de Nicole, pero nada. Ella no está aquí.

Miro a Rick y niego con la cabeza. Él me hace un gesto con la suya para que vaya a la parte que sigue del avión. Entro y puedo ver las cabezas de la gente que se mueve en sus asientos curiosa mientras susurran entre sí comentando el porqué de nuestra irrupción tan inoportuna.

Hago un lento barrido con mi mirada y por el lado del ala derecha del avión, al lado de la ventanilla, veo a alguien que se esconde en su asiento.

Miro a Rick. Le señalo con la mano dónde está Nicole y él asiente con la cabeza y se acerca a la fila de asientos y juntos llegamos hasta donde se esconde la señorita Cross.

Me la quedo mirando fijo mientras que ella sigue con la cabeza gacha, como si se quisiera hundir más en el asiento para no ser vista.

Me aclaro la garganta, el hombre que va sentado a su lado la mira con preocupación y miedo, de seguro que ha pensado que, la linda chica con cara de ángel sentada a su lado, es una terrorista talibana.

—Señorita —dice de pronto Rick tratando de aguantar que una sonrisa se dibuje en sus labios—, sería tan amable de acompañarnos.

Ella hace como que no ha escuchado la petición de mi compañero. Ahora gira la cabeza y mira por la ventana, como si no fuera a ella a la que le hablan.

—Señorita —le digo acercándome más al asiento y el hombre que va sentado

ahí, me mira casi con terror—, ya escuchó a mi compañero. ¿Podría ponerse en pie y acompañarnos?

Todo el avión está en total y nervioso silencio ahora que han descubierto quién es la tan buscada terrorista. Ella comienza a girar lentamente su cabeza hasta que sus ojos se posan en los míos y siento que mi cuerpo se estremece de pies a cabeza.

He extrañado tanto esos ojos con vetas verdes. Quisiera pasar por encima del hombre que ocupa el asiento que nos separa, pero noto en sus ojos molestia y desafío. Creo que no me será fácil sacarla de este avión.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? —pregunta y se levanta del asiento. Veo su gesto aniñado, con el entrecejo fruncido y las aletas de su nariz abriéndose y cerrándose con rapidez.

—Necesito que vengas conmigo —pido con voz calma haciéndole la invitación.

—¿Y por qué debería ir contigo? —responde cruzándose de brazos.

—Porque tenemos que hablar —le digo y me cruzo de brazos imitando su postura—. Hay algo que necesito decirte.

—Creo que ya hablamos todo lo que teníamos que hablar hace unos días. Por lo menos para mí quedó todo muy claro.

Resoplo al recordar aquellas malditas palabras dichas hace unos días. Está visto que Nicole es la mujer más terca que he conocido en mi vida y que no va a venir conmigo así como así.

Él hombre que está en medio de los dos nos mira alternadamente, de seguro piensa en quién sacará primero un arma .

—Nicole, he venido a buscarte porque ese día no lo dije todo. En realidad, no dije nada de lo que quería decir y he estado todos estos días sufriendo por mi silencio.

—Puedo dar fe de eso —interrumpe Rick— Ha sido como un alma en pena. Por favor, Nicole, acaba con esta angustia.

Me giro para mirarlo y fulminarlo con los ojos y así pedirle que no se inmiscuya en la conversación.

—Pero yo no quiero hablar contigo, Lukas —me dice y puedo ver cómo traga en seco—. Tengo un viaje que hacer, así es que te rogaría que pares el espectáculo y dejes que el avión salga del aeropuerto.

La gente a nuestro alrededor comienza a comentar. Ya se han dado cuenta de que esto no se trata de un avión en peligro de bomba y espero a que me dé

tiempo de convencerla antes que la gente nos linche por retrasar su vuelo.

—Por favor, Nicole. Solo te pido unos minutos...

—Te hubiera dado mucho más que eso, lo sabes. Pero tú me dejaste bien en claro que no teníamos nada que ver, que no podíamos estar juntos. ¿Sabes cómo me sentí ese día? Tonta, me sentí como la mujer más tonta del planeta por pensar en que tú sentías algo por mí... pero claro, me equivoqué. Yo creo que tengo un imán para atraer a los hombres equivocados...

—Pero es que yo sí siento algo por ti —digo de pronto interrumpiendo su retahíla y ella se queda en silencio mirándome fijamente. También lo hace su compañero de asiento—. No te lo pude decir ese día. No podía...

—¿Cómo que no podías?

—Ese día tu padre... tu padre me hizo ver que yo no era para ti. Que no lograría que fueras feliz a mi lado y yo me dejé convencer como un tonto. Me alejé de ti y no sabes lo que he sufrido por mi idiotez.

Ella no dice nada. No hay replica, nada. Solo me mira y no parece estar cien por ciento convencida de lo que le estoy contando. No quiero pensar que la he perdido. Tengo que lograr que ella vuelva a mí.

Me muerdo el labio inferior en desesperación. Qué más puedo decirle para que entienda que la amo y que no la quiero perder. De pronto se me enciende la ampollita en mi cabeza. Eso es justamente lo que tendría que haberle dicho desde que use un pie en el avión. Decirle que la amo.

—Nicole, me he sentido fatal por mentirte ese día. Quería que fueras feliz, porque sé que yo no puedo darte el lujo y las comodidades a las que estas acostumbrada. Sabes que tengo una casa que no es ni la milésima parte de la tuya, que soy un SAWT que ama su trabajo, a su madre, que adora a su perro, pero que sobre todo, te ama con todo el corazón.

Ella me mira con los ojos muy abiertos. Abre y cierra la boca como un pez que está fuera del agua.

—¿Qué acabas de decir? —pregunta cuando logra sacar el habla.

—Que te amo, Nicole. Ni yo me lo puedo explicar. Te has metido en mí hasta la médula y por eso estoy aquí. Cometí un gran error ese día en tu casa, y hoy no podría permitirme el error de que tomaras este avión y pusieras todo un gran océano entre nosotros. Quiero que me perdones, que vuelvas a mí, que sigas en mi vida. ¿Qué dices?

Escucho un murmullo a mis espaldas. La demás gente del avión ha escuchado la declaración de amor que he hecho y algunos se hacen partícipes de esta

historia.

—Vamos, niña —dice una mujer mayor que está tras el asiento de Nicole—. Dile que sí a este guapetón. Si tú no lo quieres me lo quedo yo.

Escucho la risotada de Rick a mis espaldas así como también la de las personas en el avión.

Nicole solo me mira. Quizás ya no quiere nada conmigo y he perdido mi oportunidad. Trago en seco el nudo que se ha comenzado a formar en mi garganta ante la idea de salir de este avión sin Nicole a mi lado.

La miro suplicándole con mis ojos a que me de otra oportunidad. De pronto ella se mueve. Le pide al hombre que, ha estado sentado a su lado y que ha sido espectador en primera fila de todo este espectáculo, la deje pasar para salir al pasillo. Ella llega a mi lado y se para frente a mí.

—A si es que me amas...

—Sí, te amo —le digo y aprieto mis manos en un puño para aguantarme las ganas que tengo de abalanzarme sobre ella, tomarla entre mis brazos y besarla hasta perder el sentido.

—¿Y qué podemos hacer al respecto, Lukas? —pregunta mordiéndose el labio inferior.

—Bueno —le digo acercándome más a ella y regalándole una media sonrisa—, podríamos empezar por salir de este avión y luego podemos ir hasta mi casa y seguir con esta conversación.

—Esa es una oferta muy tentadora. Pero no sé si debería aceptar...

—No me hagas sufrir más —le digo y paso mi mano con rapidez por su cintura, la atraigo a mi cuerpo y, sin poderlo evitar más, asalto su boca con un beso.

Ella pasa sus manos por mi cuello y me devuelve el beso con pasión, con amor y de pronto puedo escuchar los aplausos de las personas que todo este tiempo nos han hecho compañía.

Nicole se separa y sonrío al ver a la gente a nuestro alrededor. Yo también le sonrío y me acerco a ella para dejarle un beso en la punta de su nariz.

—Ya está bien, está bien —dice Rick alzando la voz por sobre el bullicio de la gente— Esto se acabó. Vuelvan a sus asientos. Nos llevamos a la señorita y ustedes pueden seguir con su vuelo. Disculpen las molestias.

Tomo de la mano a Nicole y salimos del avión con Rick siguiendo nuestros pasos. Estamos en la mitad de la manga cuando me detengo y me paro frente a mi amigo.

—Gracias, Rick. Te debo todo esto. Aunque reconozco que fue una locura, te debo un gran favor.

—No me agradezcas nada y haz que valga la pena todo esto que pasamos. En este momento —saca su móvil desde el bolsillo del pantalón y me lo enseña—, nuestro capitán me está llamando.

—Mierda, vamos a tener problemas.

—Ya cállate y volvamos a la unidad.

Nicole me mira con una gran sonrisa en los labios. Le digo a Rick que la dejemos en mi casa y luego seguimos hasta la unidad.

Nuestro jefe nos hace entrar en su oficina y nos regaña fuertemente. Está muy enojado, de una manera que nunca antes lo había visto. Rick le explica todo con pelos y señales y apela al corazón de este hombre que pocas veces he visto que se conmueva con algo.

Nada, ni el amor más grande del mundo, nos salva de la suspensión. Un mes en las bodegas, limpiando botas y armas de los demás compañeros. Siento que la sacamos barata, Rick opina lo mismo, y me dice que el capitán es un romántico empedernido debajo de esa coraza de hombre rudo.

Dejo a mi amigo y tomo mi moto para ir hasta mi casa. Llevo una sonrisa de oreja a oreja en todo lo que dura el camino. Estoy ansioso de ver a Nicole. Quiero volver a besar esos labios voluptuosos, perderme en su cuerpo. Quiero que ella no se aparte más de mi lado.

Llego a casa y me la encuentro en la cocina con Marte revoloteando a su alrededor. Sonríe al verme y mi corazón da un brinco al ver esa sonrisa que es solo para mí. La tomo entre mis brazos, la aprieto fuerte contra mi cuerpo y le beso los labios con locura.

—¿Cómo les fue con el capitán? —pregunta mientras le estoy dejando un camino de besos por el cuello.

—Bien. Estamos destinados por un mes a la bodega. Pudo haber sido peor. Rick dice que el capitán es un romántico y que por eso no fue tan duro con el castigo.

—Ahh... ¿me estás diciendo que los rudos hombres del SWAT tienen su corazoncito? ¿Incluso ese hombretón de Rick?

—Sobre todo él—sonríe al pensar en la locura que pasé hoy con mi amigo—. Él hizo todo para que yo estuviera contigo. Le debo mi vida y ahora le debo el amor.

—Y ese Rick, ¿tiene novia? Creo que podría presentarle a alguien.

—No tiene y creo que es algo que no le preocupa. Él dice que no quiere enamorarse, que eso es para los tontos...

—Solo palabras, ¿no crees?

—Puede ser. Pero no hablemos de Rick. Quiero que hablemos de nosotros.

—Bien, hablemos.

—Sé que tu padre no quiere que estés conmigo —digo y siento un nudo en mi garganta—, y no sé cómo lidiar con eso, porque no quiero ponerte en la situación de que tengas que elegir...

—Tranquilo, amor —dice con voz sensual mientras que delinea mi labio inferior con su pulgar—. Hablaré con mi padre y estoy segura de que entenderá todo. Él solo quiere que sea feliz y mi felicidad eres tú.

—Bien.

—Bien. Ahora, quiero que me lleves a tu cama y me hagas el amor como solo tú sabes hacerlo.

—No se diga más —le digo tomándola en andas y ella enrolla sus piernas en mi cintura—. Para mi será todo un placer.

Esa tarde nos amamos hasta que caímos rendidos en la cama. Al día siguiente despierto con ella pegada a mi cuerpo. Totalmente desnuda, despeinada, aún duerme y tiene la boca entreabierta. Me encanta tenerla aquí. Me encanta despertar y que ella sea lo primero que vea.

Quiero tenerla aquí para siempre. Quiero que sea feliz, quiero hacerla feliz y me propongo que esa será mi meta cada día.

Epílogo

Un año después

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Beso suavemente a Nicole mientras escuchamos los vítores de los invitados a nuestra boda.

Sí, luego de unos meses de noviazgo, no pude aguantar más y le pedí matrimonio a Nicole. Ella dijo que sí y hoy es nuestro gran día.

Luego de que Nicole bajara del avión que estaba a punto de alejarla de mí, ella y yo fuimos a hablar con su padre. A Gustav Cross no le agradó mucho la idea en un principio, pero luego de que viera lo feliz que era su hija a mi lado, supongo que no le quedó más remedio que dar su brazo a torcer y aquí estamos con nuestros amigos más cercanos, con Rick Sullivan oficiando como mi padrino y con mi madre y el padre de Nicole a nuestro lado.

La música comienza a sonar, nuestro primer baile como marido y mujer comienza. De fondo suena *Perfect* de *Ed Sheeran* y yo la tomo por la cintura. Ella me sonrío mientras que yo le sonrío de vuelta. Este es el mejor día de nuestras vidas.

Seguimos bailando hasta que de pronto Gustav Cross nos interrumpe, pide bailar con su hija y yo la dejo ir, pero siento una mano en mi brazo, giro y veo a mi madre que luce tan hermosa el día de hoy.

—¿Puedo bailar con el novio? —dice sonriendo y con un brillo especial en sus ojos azules.

—Por supuesto. No puedo negarme a la invitación de una hermosa mujer.

Nos comenzamos a mover por la pista, hace mucho tiempo que no bailaba con mi madre. Ella sonrío cuando la suelto y la hago girar. Luego vuelve a estar entre mis brazos y noto que ella mira hacia la pareja de Nicole y su padre.

—Daría todo lo que tengo porque tu padre estuviera aquí en este día, hijo —dice y veo que por su mejilla comienza a rodar una lágrima.

—Mamá, no llores, por favor. Además, yo creo que mi padre sí está aquí entre nosotros.

—Tienes razón, Lukas —dice mientras yo le seco la lágrima con mi dedo pulgar— No quería llorar, pero es que lo hago de emoción. Estoy tan feliz por ti, querido. No sabes cuánto. Y espero que pronto me hagan abuela.

—Mamá —le digo a modo de regaño—, es muy pronto para comenzar a hablar sobre niños. Además, ¿no crees que eres muy joven para ser abuela?

—Soy joven, pero soy una abuela moderna. ¿Te imaginas con un pequeño entre tus brazos? Yo sería la abuela más consentidora que existe en el mundo.

—Ya me lo estoy imaginando, madre.

Ella sonrío y en ese momento se nos acercan Nicole y su padre y él me pide que hagamos cambio de pareja. La música ha cambiado y otras parejas han salido a la pista de baile. Giro mi cabeza y veo a mi madre y al señor Cross bailar.

Él le habla y ella lo mira embelesada y noto que un leve rubor cubre sus mejillas. La duda entra en mi cabeza... ¿podrá ser posible?

—¿Qué pasa? —pregunta Nicole de pronto haciendo que vuelva a la realidad mientras que niego con la cabeza —¿No crees que hacen una linda pareja?

—Nicole... —digo con cierto tono de advertencia en mi voz. No quiero pensar en mi madre con otro hombre que no sea mi padre.

—¿Qué tiene de malo? ¿No quieres que tu madre sea tan feliz como nosotros?

—Claro que sí, pero...

—Yo también quiero que mi padre sea feliz y me encantaría si se da algo entre él y tu madre.

Yo trago en seco ante lo que escucho decir a Nicole. Tener a Gustav Cross como suegro ya es una hazaña, pero no me lo puedo imaginar teniéndolo como padrastro. Niego con la cabeza como para sacarme la imagen del señor Cross y mi madre como pareja.

—Mira —dice Nicole para que me fije en la pareja que está a unos pasos de nosotros—, ambos se sonríen, se ven tan lindos.

—Nicole, no veas cosas donde no las hay —digo tratando de poner fin al tema de la parejita, pero sé que mi mujer no cesará hasta que ella diga la última palabra.

—Lukas, ¿te opondrías a que tu madre rehiciera su vida? ¿Y si lo hace con mi

padre? Me encantaría que ella fue mi madrastra.

Pienso en lo que me dice Nicole. Nunca me había puesto a pensar en lo sola que debe sentirse mi madre. Ella nunca me ha dicho nada y claro que es obvio que no quiera compartir esa clase información con su hijo.

Vuelvo a mirar a la pareja y debo de aceptar que se ven muy bien juntos. Mi madre sonrío a algo que le dice el hombre, es como si no existiera más gente a su alrededor. Una extraña sensación me inunda por completo. Quiero que ella sea inmensamente feliz.

—Ya, cariño —dice Nicole y ahora mi vista esta fija en su rostro— Deja de pensar y de darle vuelta al asunto. Lo que tiene que ser será.

Asiento con mi cabeza. Tengo que dejar de pensar en la vida amorosa de mi madre y esperar a que la vida me sorprenda. Sonrío por mis pensamientos y ahora dejo de bailar porque Nicole quiere comer algo.

La recepción sigue y comemos entre los brindis y buenos deseos de nuestros amigos. Cortamos el pastel y ahora ha llegado el momento para que Nicole lance el ramo de novia.

Un grupo no menor de mujeres en edad casadera se acerca haciendo un semicírculo cerca de la novia y cuál es mi sorpresa cuando, entre todas aquellas mujeres, puedo ver que está mi madre.

Quisiera correr hasta el grupo y sacarla de ahí por un brazo, pero no creo que sea adecuado hacer semejante cosa ante tanta gente.

Nicole se prepara a lanzar su ramo de flores, las mujeres se empujan unas a otras tratando de hacerse con el gran premio que, según ellas, las llevará a ser las próximas en casarse.

Nicole cuenta hasta tres y lanza el ramo por el aire. Muchas manos se estiran para tratar de tocarlo, hasta que, una de tantas manos, es la que triunfa y se queda con él.

Hay pucheros, hay quejas y aplausos. Trato de ver quién fue la ganadora y me llevo una tremenda sorpresa al ver que el ramo se encuentra en las manos de mi madre.

—Wow —dice Rick que está a mi lado— Creo que no guardaré este traje de pingüino ya que tendremos una nueva boda pronto.

—Cállate, idiota —digo un poco enojado.

Veo a mi madre que se abraza con Nicole. Ambas sonrían y reconozco es la imagen más bella que se puede ver.

Así como hay una voz en mi cabeza que se niega a pensar en que mi madre

tenga una vida amorosa, hay otra que me dice que no sea un cabrón egoísta. Que mi madre siempre ha estado conmigo y que se merece una vida llena dicha.

Así es que sacudo mi cabeza y como dijo Nicole, “lo que tiene que ser será”. Si mi madre quiere rehacer su vida solo me queda apoyarla.

Nicole llega a mi lado y me besa para luego decirme que ya es hora de irnos. Nuestra luna de miel ya comienza. No vamos primero a un hotel a pasar la noche de bodas y mañana partimos de viaje al Caribe.

Entramos en la habitación. Ni siquiera me doy cuenta de qué hay a mí alrededor ya que agarro a mi mujer y la pego contra la pared para comenzar a besarla y a tratar de quitarle el vestido de novia.

Ella sonrío ante mi desesperación y deja que me coma los sesos buscando por dónde se quita la bendita prenda, hasta que por fin encuentro el dichoso cierre y lo bajo para ir quitando el immaculado vestido.

La llevo hasta la cama y comienzo a recorrer con mi boca cada centímetro de la piel de mi mujer. Ella se entrega como siempre y ambos nos dedicamos a buscar el placer del otro.

Una vez que ella descansa sobre mi pecho vuelvo a recordar el primer día en que la vi. En lo atraído que me sentí hacia ella aunque no lo quisiera reconocer.

Nunca imaginé que dejar por un tiempo la unidad SWAT y conseguir un trabajo de guardaespaldas me llevaría a encontrar al amor de mi vida. Ahora todo tiene un nuevo color y motivo para mí.

Quiero hacerla feliz por el resto de mi vida. Feliz como ella me hace feliz a mí.

Fin.

Agradecimientos

Quiero comenzar por agradecer a Dios y a la vida por dejarme poder compartir otra vez, una de mis historias con los lectores.

A Catalina Salvo quien hizo el arte de la portada. Creo que me leyó el pensamiento porque era tal como la tenía visualizada en mi mente. Gracias Cata.

Gracias a todas las personas que me fui encontrando en el camino mientras escribía esta historia. Gracias por sus palabras y apoyo.

Gracias a mi grupo de “Lectoras de Carolina Paz”, que siempre esperan pacientemente a que publique aunque esta vez me haya demorado más que otras veces.

Gracias a ti, que estás leyendo esta hoja, te agradezco que me dieras la posibilidad de contarte la historia de Lukas y Nicole. Gracias por leer.

Gracias por todo y espero me acompañes en lo que viene.

Carolina Paz